

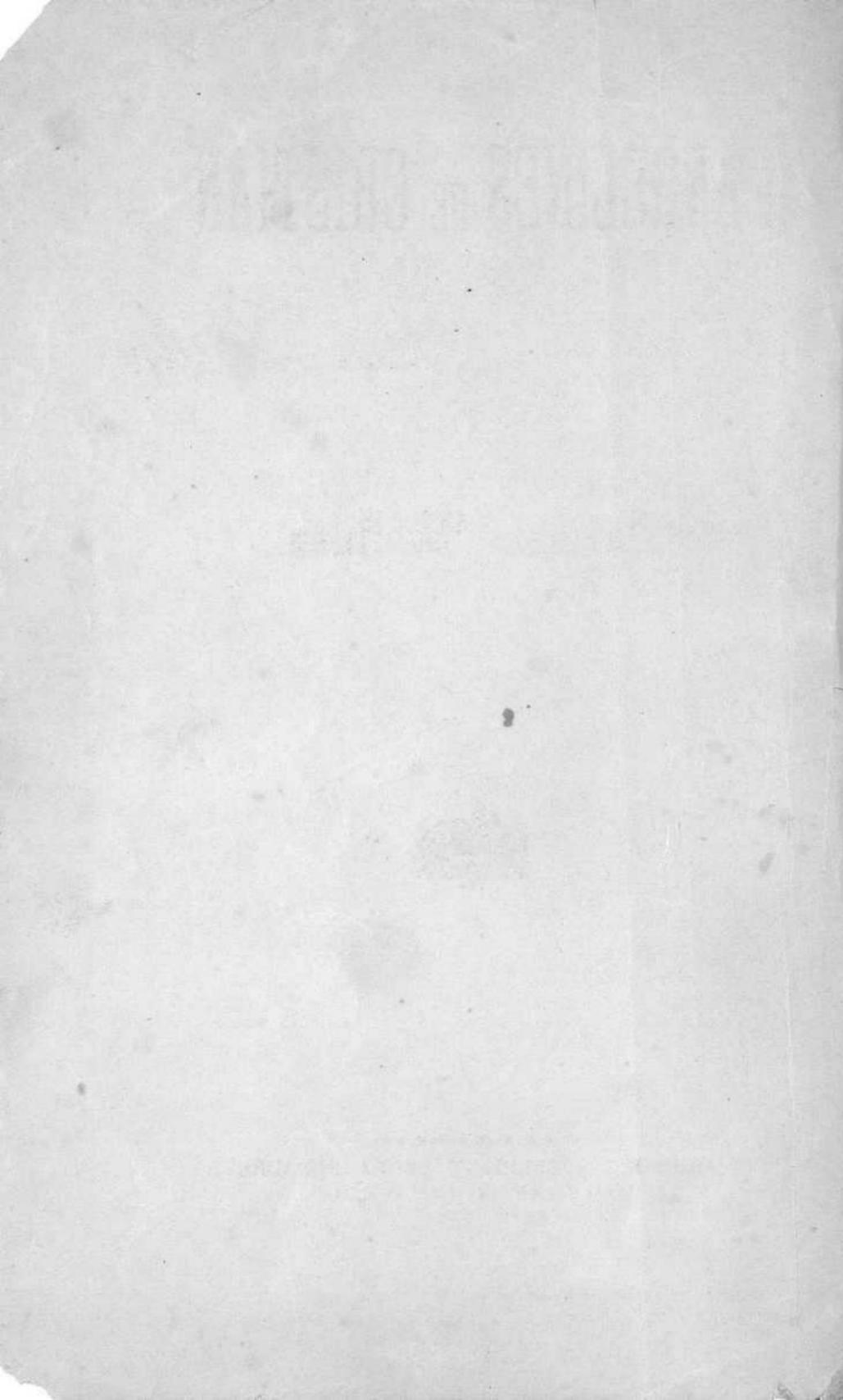
ANGELINES DE CRISTIAN



POR

CARMEN DIBILDOS

VALLADOLID.



DG
A

ANGELINES DE CRISTIAN

POR

Carmen Dibildos.



VALLADOLID.

IMPRENTA, LIBRERIA Y ENCUADERNACION
DE AGAPITO ZAPATERO.

1890



C. 1144745
L. 115145

UNIVERSITY OF CHICAGO



R.89769

Reciban VV queridos Tios este pequeño
recuerdo y el gran cariño de su sobrina
Carmen

A MI MADRE.

Al dedicarla esta novela, querida mamá, no es para demostrarla mi talento ¿qué talento puede tener una niña de catorce años? sino para probarla una vez más mi inmenso cariño.

Hay unas caricias en este mundo que no encuentran rival más que en el cielo; son esas que con tanta razón se llaman maternas, porque efectivamente, ¿qué cariño puede compararse al de una madre?

¡Ay! aún era yo muy pequeña cuando me vi privada de aquél sér nacido para convertir mis lágrimas en sonrisas, de aquél angel todo de abnegación, y al ver que Dios me había arrebatado lo que más quería en este mundo, creí ya no habría dicha para mí sobre la tierra. Lloré, y mi madre desde el cielo se compadeció sin duda de mis lágrimas inocentes, pues me envió para reemplazarla un angel no menos bello, no menos cariñoso. Entonces yo la entregué mi corazón; pero me callé porque en muchas ocasiones el silencio dice más que las más elocuentes palabras; me

callé, porque me hubiera sido imposible traducir los diversos sentimientos que se agitaban en mi alma; me callé, porque no encontré palabras dignas de expresar mi cariñoso agradecimiento; pero, madre mía, la di á usted con toda mi alma ese nombre tan dulce, deposité en V. un verdadero cariño, un cariño imperecedero, que solo la muerte podrá destruir.

¡Ay! así como el marinero después de una gran borrasca, dá gracias á la Estrella del mar por haberle salvado del furor de las olas, así repito yo todos los dias á Dios mi agradecimiento, pues después de haber creído que merecería toda mi vida el nombre de huérfana, he encontrado á una cariñosa madre sin más ambición que la de hacer mi felicidad, pero vuestras bondades no han caído sobre una ingrata, madre, vuestra abnegación inspirará cariño y respeto hasta la tumba, á esta, que al dedicarla su primera obra, jura no vivir más que para complaceros, no desear más que vuestra felicidad sobre la tierra.

CÁRMEN.

La familia del Duque.

EN el año 1865, había en las cercanías de Madrid un castillo muy antiguo, llamado la Roca, habitado por la familia del Duque de Cristian, valiente brigadier que merecía las simpatías de cuantos le rodeaban.

Antes de pasar más adelante, querida mamá, voy á hacerla la descripción de la familia de Cristian, que se componía del Duque, su mujer y cinco hijos.

El brigadier, como ya hemos dicho, era un excelente sugeto, amado y admirado por los unos, temido y respetado por los otros, pero por todos querido y mirado á justo título como el más bondadoso de los padres. Bien que no fuera todavía muy viejo, se conocía, á primera vista, que haba sufrido mucho, por sus encanecidos cabellos y la triste expresión de sus miradas.

Su mujer tenía cuarenta y nueve años, su tipo era esbelto y elegante, su rostro moreno y aunque ya no conservaba todos los hechizos de la juventud, se comprendía sin embargo que debía de haber sido extraordinariamente hermosa. El carácter de ésta era altivo y orgulloso, y no obstante también se notaba en ella

una expresión de tristeza que debía de nacer de alguna causa importante.

Pilar, la hija mayor, era el retrato de su madre, tanto en carácter como en fisonomía. Sus ojos negros como la mora, sus labios de coral, sus facciones perfectísimas y sus mejillas cual el nacar, la hacían verdaderamente seductora. Su tipo era elegantísimo y vestía con sumo gusto. Lo único que criticaban en la hija del brigadier era su carácter imperioso, del que tenían que sufrir constantemente sus pobres hermanos.

Mariano, joven de diecinueve años, era moreno, con pelo negro y ojos azules, delgado y muy esbelto. Su carácter, aunque brusco, encantaba á sus padres que le querían con delirio.

Después seguía Enriqueta, la madre de los desgraciados, que aunque no era muy guapa sabía atraerse el cariño de todos, por su buena educación y modales.

Carlitos, el cuarto hijo del Duque, tenía el porte distinguido de su padre, su mayor distracción era montar á caballo, lo que hacía perfectamente.

La más pequeña de las hermanas era Esperancita, preciosa niña de once años de edad; ésta tenía un genio muy vivo, pero un corazón de oro y unas ocurrencias que hacían reír á carcajadas á su mamá, que la llamaba el diablillo de la casa.

Creo la será á V. simpática esta familia, uno de los principales elementos de nuestra historia.



II.

Una «soirée» en casa de los Duques.

EL Duque de Cristian, como ya hemos dicho, ocupaba una posición importantísima.

Esto le obligaba á obsequiar de vez en cuando á la aristocracia madrileña dando brillantes *soirées*.

Como se puede comprender, la Duquesa estaba encargada de hacer las invitaciones de señoras, Pilar de señoritas, el brigadier de caballeros, y por último, Mariano invitaba á los jóvenes.

Aquellas reuniones eran esperadas con ansia por la buena sociedad de Madrid, que siempre quedaba muy satisfecha de la brillantez con que el Duque y su esposa procuraban complacer á sus invitados.

En la presente noche vá á tener lugar una de ellas, á juzgar por la agitación de los habitantes del castillo.

Pilar estaba en el *boudoir* arreglando á su hermana y arreglándose ella misma; Enriqueta tenía un vestido *fraise ecresée*, adornado con encajes blancos y una preciosa diadema de granadinas. Sus cabellos caían en bucles sobre sus espaldas, y tenía un aire de modes-

tia y candor que casi la hacían encontrar guapa, lo que en honor de la verdad no era.

Pilar lucía un precioso traje blanco rayado de oro y hecho con muchísima elegancia. La chaqueta, ligeramente escotada, dejaba ver un cuello blanco como el alabastro, peinada admirablemente y toda ella muy compuesta estaba radiante de hermosura. En el brazo izquierdo llevaba una pulsera oro mate con su nombre en brillantes, último regalo de la Duquesa, y sobre sus negros cabellos estaban prendidas dos lindas rosas.

Cuando entró con su hermana en la sala donde iba á tener lugar la reunión, la Duquesa ya estaba esperándolas para que la ayudasen á hacer los honores.

Entre otras de las distinguidas personas que estaban reunidas en aquél precioso salón, se hallaba la Marquesa de Sarins con sus tres hijos, ó por mejor decir, con sus dos hijas y su hijo.

En cuanto vió Pilar á la hija mayor, llamada Teresa, un rayo de satisfacción iluminó su semblante; Enriqueta también se alegró al hallarse con Juanita, y Luis, el más pequeño, se marchó con Mariano y Carlitos, después de haber saludado con la más fina elegancia al brigadier y su familia.

A las once y media estaba ya el salón lleno de gente; las risas y las exclamaciones se cruzaban en los aires, y tanto jóvenes como ancianos parecían animados del mismo entusiasmo.

Por fin empezó el baile, que duró hasta las cuatro y media de la mañana, hora en que fueron servidos á todos los concurrentes los más exquisitos manjares.

Después bailaron de nuevo hasta las seis de la madrugada, y por último, se fueron todos á su casa muy contentos de la *soirée*, y no hubo persona alguna que no admirara la belleza de Pilar.

Esta quedó también altamente satisfecha de los elogios que había recibido durante toda la noche, y su madre que la idolatraba, gozaba al ver gozar á su orgullosa hija.

El Duque, Mariano, Carlitos y Enriqueta se fueron á acostar, de modo que quedaron Pilar y su madre juntas, las cuales tuvieron el siguiente diálogo.

—¿Qué te ha parecido la reunión, querida Pilar?

—Bastante bien, mamá.

—La verdad es que ha sido una de las más brillantes que hemos dado.

—Qué traje más antiguo traía la baronesa de la Barrera.

—Sí, pues su hija.....

—¡Calla mamá, calla! si esa gente no sirve para el gran mundo.

—Figúrate tú, como que dicen que si descienden de Marqueses tronados.

—Sí, y si no fuera más que eso!.....

—Y qué tal la Marquesita de Alar?

—Tan tonta como siempre..... ¿No sabes lo que me ha dicho hoy?

—¿Qué?

—Nada, que tiene vocación de monja.

—¿De veras? Pues que la vaya bien con su nueva vida, que yo también estoy contenta con la mía.

Una hora después del precedente diálogo se separaban la madre y la hija para irse cada una á su aposento.



III.

Las Huérfanas.

LARGO y profundo debió de ser el sueño en que los habitantes del castillo quedaron abismados después de toda una noche de baile.

Aprovechémonos de él para entrar en conocimiento con otras nuevas personas que creo la serán simpáticas.

A poca distancia del castillo había una pobre choza, construida con adobes; su aspecto era tan triste y miserable que no parecía vivienda de persona humana, y sin embargo estaba habitado por una viejecita y dos desgraciadas niñas de nueve años de edad.

¡Pobrecillas! tan pequeñas y ya sin apoyo en este mundo! sin un amigo que las tienda la mano, y lo que es más triste todavía, sin un pedazo de pan que llevar á la boca!

La vieja Casimira tenía un genio intolerable y maltrataba con crueldad á las pobres niñas cuando decían que tenían hambre.

Casilda llevaba tres meses á Fernanda (así se llamaban las niñas); esta última no tenía nada que ver ni con la vieja, ni con Casilda, y sin embargo á la una la llamaba abuela y á la otra, hermanita.

Fernanda no se acordaba nada de su histo-

ria; solo sabía, gracias á la vieja que siempre se lo estaba echando en cara, la habian recogido por caridad en aquella choza y creia la pobre niña no tener familia en este mundo.

Casilda no conoció á su padre, que se habia muerto cuando ella era muy pequeña; su madre, de una salud debil, se habia empeñado en trabajar mucho, y después de una enfermedad larga y penosa, habia dicho un eterno adios á este mundo, dejando sobre la tierra á una criatura sin amparo ninguno. Esto sucedió un año después de recoger á Fernanda en su casa, y á la hora presente, no las quedaba más apoyo que la abuela de Casilda que, como ya hemos dicho, las hacia sufrir mucho.

Fernanda tenia el pelo en tirabuzones negros, los ojos azules rasgados, rodeados de pestañas del mismo color que sus cabellos, y un caracter angelical.

Casilda, por lo contrario, era fea y ordinaria, pero poseia un alma blanca como la azucena, que es el mayor tesoro de este mundo.

Las dos hermanitas, llamémoslas así, se levantaban á las cinco de la mañana, iban á oír misa y después se separaban para pedir limosna, hasta por la noche que siempre se volvian á encontrar cuando se dirigian á la choza para dormir.

La vieja las esperaba con impaciencia, pero el día en que las desgraciadas no llevaban tanto como ella quería, las pegaba y arañaba hasta hacerlas sangre.

Un dia en que según su costumbre habian ido á pedir limosna al pueblo inmediato, las sorprendió la noche en medio de un bosque muy espeso, y como la oscuridad era profunda tuvieron que resignarse á quedarse allí á dormir; pero á las cuatro y media de la madrugada se despertó Fernanda, y viendo que su hermana estaba aún dormida, se fué á pasear por el bosque para poder contemplar á su gusto la espléndida Naturaleza; pero cuando estaba ella

más entretenida, vió venir á un perro que tenía todos los síntomas de los animales rabiosos: quiso huir, pero el perro la persiguió, y como Fernanda le tiró un canto, la mordió la pierna, dejándola dando gritos. Al oír voces, acudió su hermana más muerta que viva, pero se repuso pronto al ver que la mordedura era poca cosa y que el perro no tenía nada de rabioso.

Desde aquel día siempre iba á dormir á la choza; Casimira, aunque parecía no poder ver á las niñas, las quería sin embargo, y cuando sucedía un caso así, estaba muy preocupada, y ellas como tenían buen corazón no querían hacer pasar malos ratos á nadie.



IV.

Historia atrasada.

UN día, la Duquesa parecía estar más triste que de costumbre y hasta tenía los ojos enrojecidos, lo que probaba que había llorado. Sus hijas, que la veían frecuentemente pesarosa, no sabían á qué atribuir esa continua tristeza, y Pilar, que era la que ejercía más influencia sobre su madre, se arriesgó á ir á su cuarto á preguntárselo.

Cuando la Duquesa estaba más abismada en sus tristes meditaciones, oyó llamar á la puerta de su gabinete, preguntó que quién era, y como la respondió Pilar, la mandó entrar, no sin manifestar un ligero mal humor.

Pilar se sentó en un precioso silletín de terciopelo azul gendarme, y después de un corto rato de pausa, durante el cual estuvo acariciando con la barba uno de los extremos de su abanico, dijo con acento tímido y cariñoso:

—Te voy á pedir un favor, mamita.

—Bien hija mía: ¿y cuál? respondió la Duquesa con melancólica sonrisa.

—Ya sabes que siempre has tenido mucha confianza conmigo.

—Lo sé.

—Pues bien, quisiera que me contaras qué es lo que tienes para estar tan triste, sobre todo hoy.

—Lo sabes demasiado, hija mia.

—¿Yo?

—¿No conociste á tu hermana Angelines?

—Si; por cierto recuerdo que era monisima; pero no comprendo lo que ella tiene que ver con lo que te pregunto.

—Vaya, voy á ser franca contigo.

La Duquesa reflexionó unos instantes como para recojer sus ideas, y después empezó en estos términos:

—Hace cinco años recordarás que fuimos tu papá y yo á Suiza para arreglar unos negocios.

Signo afirmativo de Pilar.

—Como la más pequeña de todos mis hijos era Angelines, la llevamos con nosotros; la niña iba siendo cada vez más lista y graciosa, cuando un lunes ¡oh, día fatal! la dió á la niñera que tenia cuidado de ella un accidente, por lo menos así creo, en medio de un bosque, en donde se pasaban tardes enteras, sin que una sola persona viniera á interrumpir el silencio que reinaba en aquella espesura. La niña se aprovechó del desmayo de su protectora para irse yo no sé á donde, y cuando por la noche no vi venir ni á la niñera ni á Angelines, me asusté, mandé que las buscaran, pero como nadie sabia qué dirección habian tomado, no las hallaron. Renuncio á decirte qué noche pasaríamos tu padre y yo; en fin, al otro día por la tarde nos trajeron á la niñera muerta; pero Angelines habia desaparecido! Y desde aquel día no he tenido yo ningún placer. Voy á bailes por llevaros á vosotras, doy *soirées* porque no puedo menos; pero guardo luto en mi corazón por aquella niña cuyo paradero ignoro, por más que haya hecho todo lo posible para encontrarla.

Cuando acabó de hablar, la Duquesa estaba

bañada en llanto y permaneció así durante diez minutos sin que Pilar supiera lo que hacer para consolarla; por fin rompió ésta el silencio.

—Pero no me dijiste que se había muerto, querida mamá?

—Sí, hija mía, porque quiero ocultar á todo el mundo el pesar que tengo dentro de mí. Cuando volvimos de Suiza seis meses después de la pérdida de Angelines, mis amigas me preguntaron por ella, extrañándose mucho de no verla volver con nosotros; pero yo les dije á todos que se había muerto porque no me acusaran de haber tenido poco cuidado de mi hija.

—¡Ay, mamá querida, cuánto has debido de sufrir, dijo Pilar sollozando.

—He sufrido mucho, Pilar, pero todavía sufro y sufriré.

—¿Cuántos años tenía yo cuando sucedió aquello?

—Doce, hija mía.

—¿Así es que Angelines tendría ahora nueve años y medio?

—Sí, querida.

—Vamos, mamá, no llores, dijo Pilar esforzándose por sonreír. ¿No ves que yo ya te sirvo de consuelo?

—Sí que es cierto, pero mi dolor siempre será el mismo..... ¿Dónde está mi hija?..... Dios solo lo sabe..... quizá ya haya muerto! quizá esté mendigando un pedazo de pan, mientras yo gozo del fausto y la opulencia.

Un golpe brusco dado á la puerta del gabinete vino a interrumpir esta triste confidencia. La Duquesa se enjugó los ojos y procurando tornar un semblante risueño mandó que entraran.

En el mismo instante se abrió la puerta y un joven con los ojos encendidos de cólera y la fisonomía amenazadora apareció, teniendo en la mano izquierda un precioso paisaje, que representaba á Venecia, todo echado á perder.

Era Mariano.

—¿Qué te sucede? exclamó la Duquesa al ver la expresión estendida sobre el semblante de su hijo.

—Pues, ¿qué me ha de suceder? Ves este cuadro que estaba yo pintando tan cuidadosamente para mi amigo el Marqués de Sarceda?

—Sí, hombre.

—Pues bien; después de haberle acabado del todo, le puse á secar en mi gabinete de pintura, y Esperancita que ha entrado, yo no sé por dónde, me lo ha echado á perder por completo.

La Duquesa prometió reñir á la culpable, lo que intentó hacer; pero Esperancita la dijo con su gracioso acento de siempre:

—Estaba aprendiendo á pintar.

Su madre la dió un cariñoso beso en la frente y la llamó preciosa, en castigo.



V.

Una visita.

SERÍAN las tres y media de un hermoso día de verano, cuando se paraba una elegante carretela ante el gótico castillo de la Roca, dejando bajar á tres damas y á un jóven; Md. de Sarins y sus hijos, á quien conocimos el día de la *soirée*.

El Duque y su familia salieron á recibir á los recién venidos, que á juzgar por las apariencias, eran amigos de bastante intimidad. Después de los saludos de etiqueta y de haber pasado juntos una hora en el salón, cada uno se fué por su lado. El Duque, la Duquesa y Md. de Sarins se quedaron juntos; pues esta última era viuda, de modo que el brigadier tenía que estar con ellas para no quedarse solo.

Luis se marchó con Mariano y Carlitos, Teresa con Pilar y Esperancita, y Juanita con Enriqueta.

Dejemos hablar á cada uno de sus cosas y ocupémonos de la conversación que tuvieron estas dos últimas.

—Cuántos deseos tenía de verte, querida Juanita.

—Te aseguro que yo también, pero no hemos podido venir antes.

—¿Qué me cuentas?

—Nada de particular? ¿Y tú?

—Tengo que pedirte un favor.

—¿Cuál, Enriqueta?

—Una cosa muy sencilla; ¿conoces á las monjas de la Asunción?

—Perfectamente.

—Pues bien, ten la bondad de dar á la madre María del Buen Socorro, esta carta de mi parte.

—Y no es nada más que eso?

—Nada más, Juanita.

—Pues bien, pierde cuidado, esta misma noche estará en sus manos.

Ignoro lo que encerraba esa carta; supongo solo debía de ser de gran importancia su contenido, pues Enriqueta vaciló algunos momentos antes de entregarla. Una mirada de su amiga bastó para decidirla á dársela.

A las seis de la tarde, cuando iban á montar en el coche Md. de Sarins y sus hijos para volver á su casa, se levantó un nublado espantoso; los truenos y los relámpagos se sucedían sin interrupción y el viento crujía cual furioso ladrón escondiéndose tras las vecinas sier-
ras.

Al ver eso, la Duquesa no quiso de ningún modo que se marcharan del castillo sus amables huéspedes é insistió con tan agradable empeño, que, por fin, la Marquesa consintió en quedarse á dormir en el castillo donde estaban al abrigo de la inclemencia del tiempo. A la mañana siguiente hubo gran algazara entre la juventud; los chicos se disponían á ir de caza y las jóvenes querían improvisar una comida campestre para pasar el día en una deliciosa quinta propiedad del brigadier. Solo faltaba que Md. Sarins consintiera en quedarse algunas horas más en la Roca; Enriqueta se encargó de implorar ese favor, y al poco tiem-

po volvió con el rostro radiante de alegría y con el consentimiento de la Marquesa.

A las once de la mañana salían tres coches del castillo y se dirigían á la quinta. Cuando llegaron allí, Pilar se apresuró á mandar á un criado que pusiera la mesa, y después todos comieron con gran apetito.

Durante el día corrieron, saltaron, rieron, hablaron, y por último, como todas las cosas tienen fin en este mundo, se hizo tarde y las dos familias se separaron para irse cada una á su casa.

Mientras caminan unas y otras, te haré conocer más intimamente á Md. de Sarins y sus hijos, que hasta ahora no hemos tratado más que en visita.

Isabel de Salmoyedo, hija de una distinguida familia, se casó á los diez y nueve años con un capitán francés, á quien debía su fortuna y su título. El nacimiento de Teresa aumentó la alegría en aquel dichoso matrimonio; luego vino al mundo Juanita que fué acogida con igual entusiasmo, y por último Luis, el más pequeño, hacía las delicias de su padre.

Cuando Md. de Sarins y su esposo gozaban de la mayor felicidad conyugal, la muerte, que no tiene consideraciones ni á la fortuna, ni á los títulos, ni á la edad, arrebató en pocos días al capitán, dejando á su esposa en el más profundo dolor. Pero según pasaba el tiempo, madama de Sarins iba consolándose y llegó el día en que solo se acordaba de su esposo, cuando la faltaba una compañía, un amigo con quien partir sus placeres y penas.

La Marquesa de Sarins, mujer frívola y orgullosa, no se ocupaba nada de la educación de sus hijos, y estos, aunque buenos de por sí, iban tomando gusto al vicio y horror al deber. Solo Juanita se conservaba pura é inocente, y, al través de su límpida mirada, se leía la candidez de su alma.

Teresa, además de ser verdaderamente her-

mosa, poseía en alto grado lo que antes se llamaba gracia, y á lo cual hoy se dá el nombre de salero; rubia, con ojos azules y un porte elegantísimo, siempre encontraba numerosos entusiastas que la colmaban de flores y elogios. Naturalmente, ella se dejaba llevar por aquel torrente de aduladores, y llegó el día en que la orgullosa Teresa creyó ser el fénix de Madrid. Por eso congeniaba tan bien su carácter con el de Pilar que era aún más vanidosa que ella. Cuando las dos amigas estaban juntas, toda su conversación consistía en hablar de trajes, sombreros, bailes y placeres. ¡Pobres jovencillas, cuántas decepciones las esperaban al avanzar en el sendero de la vida: no pensaban cuán amarga es y qué trabajo cuesta recorrerla hasta llegar á su término; con esa ilusión de la juventud, creían que no hay más que risas y placeres cuando todos los mortales estamos condenados á padecer en este valle de lágrimas.

Por el contrario, Juanita, estaba desilusionada; ella no hacía aprecio del fausto que la rodeaba, escuchaba con indiferencia los elogios que la dirigían y quería con delirio á la sencilla Enriqueta, que no buscaba que la admirasen, y sin embargo todos se fijaban en la bondad de su carácter.

Esas dos modestas jóvenes tenían un trato tan amable, que hacían olvidar por completo las desigualdades de sus hermanas.



VI.

Teresa y Pilar.

EL verano tocaba á su fin, y Pilar con la sed de placeres que la devoraba, no queria dejar pasar esa hermosa estación del año sin otra fiesta mundana que fuera, por decirlo así, como la corona de las muchas que la habían precedido. Para eso consultó con su mamá, que la aconsejó fuera á pasar quince dias á Madrid en casa de su amiga Teresa, puesto que ella siempre la estaba convidando con tanta insistencia.

Pilar acogió con gran gusto esa proposición y, después de haber empaquetado trajes de baile, flores, brazaletes, pendientes y otras muchas cosas de capricho, salió de la Roca acompañada de su hermana Enriqueta, cuya maleta no pesaba ni la cuarta parte que la suya.

Durante el camino, las dos jóvenes hablaron alegremente; por fin Pilar se impacientó, y dijo dando un golpecito con su lindo pié sobre la moqueta que cubría el suelo del carruaje:

—Siempre estás con lo mismo, tonta; ¿para qué sirven las riquezas si no se goza de ellas?

—Para socorrer á los desgraciados que no

tienen que comer, y procurarles lo necesario á la existencia.

—Eso sí que está bueno; ¿conque tú quieres desnudar á un santo para vestir á otro?

—No, Pilar; pero nosotros podríamos vivir muy bien sin llevar encajes, diamantes y rubíes, mientras que á ellos les es indispensable comer y abrigarse en el invierno.

—Otra sandez; ¿quieres que vayamos vestidas de percal, cuando podemos llevar trajes de terciopelo? ¿qué diría la gente? Nos tratarían de locas y roñosas.

—Y qué nos puede importar, si cumplimos con nuestro deber? Los honores de este mundo son pasajeros, pero obrando como es debido mereceremos la corona de los cielos y seremos eternamente dichosas.

Pilar iba á responder, pero el coche se detuvo delante de una casa de apariencia elegante y risueña; dos jóvenes salieron corriendo y se precipitaron á abrazar á sus amigas. Eran Teresa y Juanita, la una vestida con lujo deslumbrador, la otra con elegancia escogida, pero modesta.

—Qué despeinada estás, dijo Teresa después de haber echado una rápida mirada sobre los negros cabellos de su amiga: mandaré á la doncella que vaya á buscar á la peinadora, para que nos dé un golpe de mano, pues esta noche iremos al teatro Real y desde allí al baile en casa de la señora de Rogle, que nos ha convidado y se incomodaría si faltáramos.

—¡Ay, cuánto nos vamos á divertir, querida Teresa: cuando vengo á tu casa, estoy segura de pasar muy bien el tiempo, ¡eres tan amable!

Teresa solo contestó á su amiga con una sonrisa de satisfacción, y luego volviendo la cabeza, dijo á Enriqueta, que estaba hablando con su Juanita:

—¿Querrás venir al baile?, dijo á la hija del Duque.

—¿Porqué no?, respondió ella; donde vá Juanita ya sabes que no falto yó.

Cuando la conversación estaba más animada, llamaron á la puerta y apareció la peñadera.

—Gracias á Dios, dijo Teresa, creía que no iba V. á venir hoy!

—¿Pues qué tanto he tardado?

—¿No sabe V. que tenemos prisa?

—Entonces, siéntese y empezaré á peinarla sin pérdida de tiempo.

Teresa obedeció y al cabo de un cuarto de hora su hermoso cabello rubio flotaba sobre sus espaldas en graciosos tirabuzones.

Después llegó la vez de Pilar, luego la de Enriqueta y por fin la de Juanita.

—Ahora que estamos peinadas, dijo Teresa, la cuestión es vestirnos: ¿qué traje te piensas poner, Pilar?

—Verdaderamente no sé; estoy en duda, pero creo que llevaré el vestido rosa pálido cubierto de encaje blanco; no me le he puesto todavía ninguna vez; ¿y tú, Enriqueta?

—A mi lo mismo me dá, me pondré el de surá azul y blanco.

Teresa se sonrió irónicamente: ¿y tú, Juanita?, dijo dirigiéndose á su hermana.

—Yo el de muselina bordada.

—Y yo el de fular verde mar; es un color tan elegante!

—Vamos, vamos, niñas, dijo Md. de Sarins, entrando en el tocador; ya es muy tarde y no hemos cenado todavía.

—Enseguida bajamos, mamá, respondió Juanita.

Efectivamente; ella y Enriqueta entraban en el comedor al cabo de cinco minutos, pero las otras dos se hicieron esperar casi media hora.

Cuando bajaron, Md. de Sarins estaba impaciente, pero se hizo violencia para que no la conocieran las hijas del Duque; después de

haber cenado con gran precipitación, montaron en el coche y al poco tiempo entraban en el teatro Real.

Después de haber presenciado la función, las cuatro amigas y Md. de Sarins estuvieron en el baile, pero cuando llegaron á casa y cada una marchó á su cuarto, Pilar notó que Teresa estaba triste.

—¿Qué tienes, querida Teresa?, la dijo.

—Nada, respondió ésta bruscamente.

Pilar intentó aún hablarla; pero su amiga no le contestó, más que fijando en ella con profunda expresión de desprecio, sus azuladas miradas.

Entonces viendo Pilar que todos sus esfuerzos eran inútiles y solo servían á avivar el pesar de Teresa, se retiró á su alcoba murmurando:

—¿Es conmigo con quien está enfadada? ¿Qué le habré hecho para ponerla tan seria?

Cuando Teresa se halló ya sola, dijo sollozando:

—Ella ha destruido toda mi dicha: ¿para qué ha venido á mi casa? ¿Por qué será tan bella? ¡Oh, Dios mio! Pilar hará toda mi vida desgraciada.

¿Qué había sucedido entre las dos amigas que estaban siempre tan unidas? ¿Cuál era la causa del dolor de Teresa?

Lo veremos en el siguiente capítulo.



VII.

Lord William.

Ya hemos dicho que Teresa estaba rodeada de numerosos entusiastas, pero entre ellos habia uno á quien correspondía y amaba; era William Barclay, rico inglés de unos 24 años de edad, rubio, alto y elegante.

Teresa le quería; pero si hay que decir la verdad, no era por la belleza de su rostro ni la esbeltez de su tipo, sinó por la brillante posición en que la hubiera colocado la realización de sus esperanzas. ¡Pobre Teresa, qué decepción la esperaba!

La noche en que la hemos visto entrar en el baile con Pilar, era en la que se debia decidir su suerte: William Barclay la amaba; eso es la verdad, y hubiera creido ser el más feliz de los hombres teniéndola por esposa, si la encantadora Pilar con aquellos ojos que gritaban «¡fuego!» y aquel tipo, bajo el cual toda la elegancia parecia estar sumergida, no hubiera arrebatado en una sola noche todo su cariño.

Al ver á Teresa, con quien habia tenido tanto tiempo relaciones, William Barclay decia, «ella será mi esposa:» pero cuando se aperci-

bía de la presencia de Pilar, no podía menos de exclamar: «¡Qué bella es!»

Esa fué la causa de la tristeza de Teresa: se fijó en que lord William había estado muy galante con Pilar, y la hija del Duque amable con él.

Tuvo miedo que la abandonara por su amiga; redobló de elegancia para vestirse, de gusto para arreglarse, pero todo fué inútil; el inglés estaba enamorado de Pilar, y en pocos días rompió los lazos amorosos que tenía con Teresa para no pensar más que en la hija del Duque, á quien se declaró sin vacilar. Ella le correspondió con mucho gusto, de modo que la pobre Teresa se vió humillada por la que llamaba su amiga.

Desde aquél dia, Teresa y Pilar, que estaban siempre tan unidas, hacían todo lo posible por no hallarse juntas; la una porque odiaba con todo su corazón á la que había destruido sus esperanzas; la otra porque temía las preguntas indiscretas á las cuales no hubiera tenido valor de responder; así es que Pilar aunque fué con la intención de quedarse en Madrid bastante tiempo, se marchó al cabo de una semana, prometiendo á Lord William escribirle todos los dias y hablar á sus padres de él.

En efecto, cumplió su promesa; pues nada más llegar á la Roca dijo á su mamá que tenía que estar sola con ella y la comunicó sus secretos, á lo cual respondió la Duquesa, que si las cualidades de Barclay, respondían á su posición y fisonomía, no veía ningún inconveniente en confiarle á su hija; pero el Duque no quería de ningún modo tener por yerno á un inglés, pues sabía la brutalidad de la mayor parte de los habitantes de ese pais. Pilar insistió, rogó, y por fin, atormentó tanto á su padre que éste la dejó continuar sus relaciones, aunque le causara un gran disgusto.

Por el contrario, la Duquesa creyendo que la dicha consiste en las riquezas y los honores,

estaba contentísima de la suerte de su hija y decía sin cesar: «será feliz».

Mientras tanto Enriqueta y Juanita se seguían queriendo como siempre, y no pudiéndose visitar por causa de sus hermanas, se escribían frecuentemente. En el día en que estamos, Juanita recibió la siguiente carta:

«Querida amiga:

Hoy esperaba carta tuya y me ha extrañado mucho no tenerla, pues sabes te quiero tanto, Juanita, que la menor tardanza me preocupa; así pues, ruégote me respondas lo más pronto posible, diciéndome la causa de tu silencio.

Hoy, hablaré largo rato contigo, pues tengo muchas cosas que contarte: por ellas sabras cuán desgraciadas somos, aunque todo el mundo nos envidia y cree que las hijas del brigadier son las más dichosas de Madrid.

Ayer, al comer, papá estaba serio; su cara más sombría que de costumbre, expresaba la tristeza que tenía dentro de sí; sus ojos erraban por el comedor como si no se atrevieran á mirar á las personas que estaban en torno suyo. ¡Ay, Juanita! cuánto sufría yo al ver á ese padre tan querido, pálido, descompuesto por un padecimiento moral, del que no podía adivinar el impenetrable secreto! ¡Cuánto hubiera dado por cicatrizar esa llaga cuyos dolores atormentaban á mi padre amado! Pero me tuve que resignar á verle sufrir durante toda la comida, sin tener ocasión de dirigirle una palabra de consuelo! Por fin, cuando acabamos de almorzar y que mamá y mis hermanos se levantaron de la mesa, mi padre abrió la puerta del jardín y al poco tiempo le vi atravesar el bosquecito llamado «La bella Enriqueta,» hasta llegar á lo más frondoso de él; instintivamente le seguí sin que me viera, me senté en un banco de piedra resguardado por numerosos y copudos pinos y desde allí observé que el duque de Cristian, el valiente brigadier

que nunca había temblado ante las balas, lloraba á lágrima viva, la frente oculta entre sus manos.

No pudiendo resistir ya más tiempo, salí de mi escondite, y precipitándome en sus brazos, confundí mis lágrimas con las suyas..... Esto le consoló, pues cogiéndome las manos, me dijo con cariñoso acento:

—Enriqueta mía, tu serás mi consuelo, siempre te he querido mucho, pero hoy más que nunca, pues hoy sufro lo que jamás sufrí!...»

No pudo continuar, estaba sofocado por los sollozos; entonces yo me senté á su lado y después de dirigirle algunas palabras de consuelo, le invité á confiarme la causa de su dolor.

—Consiento en ello, respondió mi padre; tu sabrás siempre lo que me aflige; para tí, querida Enriqueta, nunca tendré secretos y al mismo tiempo me imprimió un beso en la frente como para confirmar lo que acababa de decir. Yo le devolví sus caricias, no sin que el corazón me latiera con violencia: por fin, después de diez minutos de silencio, durante los cuales el viento crujía con ira tenaz, las hojas de los árboles alfombraban la tierra y los pájaros cantaban un adiós á nuestra bella España, papá bajó la voz, me miró y dijo:

—Ya sabes que Pilar está en relaciones con William Barclay; pues bien, te voy á contar la historia de ese inglés para que veas si tengo razón en afligirme.

Cuando supe la decisión de tu hermana, escribí á un amigo mio que habita la Inglaterra desde hace largo tiempo y conoce perfectamente á lord William; le pedi informes sobre él, rogándole no me ocultara nada de la verdad; le dije me describiera cuáles son sus costumbres, su religión, y por último, si es digno

de la posición que ocupa y de la mano de mi hija.

Antes de ayer me llegó su respuesta; lo primero que vi sobre William Barclay, fué que éste, como la mayor parte de los ingleses, es protestante, sus costumbres viciosas, su corazón insensible y su dureza para con los pobres le han hecho aborrecer de cuantos le rodeaban, y por estas razones y otras no menos vergonzosas, ha tenido que decir adiós á la Inglaterra y venir á establecerse en Madrid donde oculta bajo modales elegantes lenguaje adulator y un genio risueño, un corazón duro cual la peña. ¿Comprendes ahora por qué estoy triste, querida Enriqueta?

—Sí, papá, respondí yo; pero ¿cómo no se lo dices a Pilar?

—Eso es precisamente lo que causa mi aflicción; he leído la carta á tu hermana con todos sus detalles, más ella me ha contestado que William es rico y con eso la basta.

—Pero no profesa la religión católica, la dije.

—Yo me encargo de hacérsela abrazar, respondió ella magestuosamente.

—¿Y si te dà mala vida?

—Con siete millones nunca se es desgraciada.

—Quiera el cielo que se cumplan tus palabras, hija mía; mas si te casas con ese hombre, ten entendido que me das un gran disgusto, y...»

No pudo acabar; cuando pronunciaba estas palabras, un elegante carruaje pasó por delante de nosotros, un hombre se asomó á la ventanilla, nos saludó con gran cortesía y al poco tiempo se apeaba ante el parque de la Roca. Mi padre precipitó el paso y dijo con voz sorda: «Es él, es él.» En efecto, era Barclay que venía á hacernos una visita. Papá le cogió por la mano, le introdujo en su estudio y allí encerrados, permanecieron durante tres horas.

Después salieron; lord William saludó á mamá, habló con Pilar y se alejó del castillo. Esto sucedió ayer; desde entonces cada uno anda por su lado, mamá y Pilar tienen largas conversaciones, Mariano y Carlitos están como bobos; ya no van á caza, ni pintan, ni se hacen rabiarse uno al otro. Papá está triste, Esperancita llora sin saber por qué, y yo, querida amiga, yo me consuelo contándote mis penas!...

Adios Juanita, compadécenos, acuérdate de tu amiga, y ella, por su parte, sabes jamás te olvidará.

Enriqueta de Cristian.



VIII.

Las dos amigas.

MIENTRAS ocurrían los sucesos que acabo de contar en el castillo, los habitantes de la pobre choza, de los que ya te he hablado, vivían tranquilos como siempre; Casimira seguía maltratando á Fernanda y Casilda; pero éstas ofrecían sus sufrimientos á Dios, pues estaban en esa época de la vida, hermosa cual no hay ninguna; en ese año dichoso al cabo del cual debían de recibir á su Criador, al Dios de bondad, padre de los huérfanos, consuelo de los afligidos, amigo de los niños!

Fernanda no se cansaba de rezar; se levantaba temprano y se dirigía á una iglesia aislada. Allí, de rodillas ante la santísima Virgen, rogaba por Casimira y Casilda, sus bienhechoras, suplicaba á Dios concediera largos años de vida á la primera y para la segunda, pedía la conservara siempre tan buena como había sido hasta entonces. Después rezaba por ella misma, por su madre á quien no había conocido ni sabía si sufría aún en este mundo.

A veces sentía la tristeza apoderarse de ella al contemplar un precioso medallón en el que estaban grabadas dos letras, al pie de las

cuales varios dibujos representando las armas de nobleza, parecían decirle que ella debía su nacimiento á una distinguida familia; pero después, rechazando esos pensamientos, exclamaba:

—Vos también habeis sido pobre, Dios mio, ¿por qué no lo he de ser yo? Vos habeis sufrido por mí, ¿por qué no he de sufrir yo por Vos?

Un dia en que habían ido á pedir Casilda y Fernanda, según su costumbre, ésta última volvía á la choza triste; en todo el dia no la habían dado más que medio real y temblaba al pensar en Casimira, pues la vieja no dejaría de pegarla por su falta involuntaria; pero esto no era lo que más la importaba, tenía el corazón demasiado sensible para quejarse de sus penas, y la pobre niña, al acordarse de Casimira, á quien había dejado un poco enferma, hubiera sufrido los mayores tormentos para olvidarla.

De pronto se detuvo antes de entrar en su miserable aposento; había levantado los ojos, y el castillo de la Roca, con toda su magnificencia, acababa de ofrecerse á sus miradas.

Fernanda titubeó, nunca se había atrevido á llegar hasta aquella morada señorial cuyos majestuosos torreones de piedra esculpida parecían dominar al mundo entero.

Sin embargo, la noche estendía sus sombras, el sol se escondía rápidamente y una hermosa luna quería abrirse paso entre las nubes azuladas...

La choza estaba á un cuarto de hora de distancia del castillo, de modo que Fernanda se tenía que dar mucha prisa para volver á su casa antes que anoheciera del todo.

Por fin se decidió á ir, y después de haber dirigido una corta plegaria al cielo, apretó el paso y al poco tiempo se halló ante aquella gigantesca habitación que tanto la imponía. Cuando llegó allí, estaban Enriqueta y Mariano

paseándose. Fernanda se sonrojó algún tanto, y acercándose á ellos, les dijo con timidez:

—¿Me dán ustedes una limosnita, por Dios?

—Sí, hija mia; respondió Enriqueta con cariñoso acento. ¿Cómo te llamas?

—Fernanda, para servir á Dios y á usted, señorita.

—Y ¿cuál es tu apellido? la dijo Mariano acariciándola.

Fernanda bajó la cabeza y respondió tristemente:

—No sé.

—Pobre niña, repuso Enriqueta. ¡Qué mal vestida estás! ¿Tienes hermanas?

—No... si... tengo una.

—Vamos, habla sin miedo, añadió Mariano; cuéntanos tu historia, y nosotros te socorreremos.

—¡Oh! son ustedes muy buenos, exclamó Fernanda, y Dios les recompensará de seguro, pues me ha contado mi abuela que un dia dijo que lo que se hacía por los pobres se hacía por él mismo, y que no quedaría sin recompensa un vaso de agua dado al mendigo en su nombre.

—Eso es verdad, niña, se apresuró á decir Enriqueta. ¿Te quiere mucho tu abuela?

—Sí, señorita; pero como somos tan pobres no me puede regalar nada y por eso me enseña el catecismo; pues dice que conociendo á Dios nunca se es desgraciada.

—Tiene razón, hija mia, ¿y tu mamá, qué te dice?

Al oír pronunciar ese dulce nombre, los ojos de la huérfana se llenaron de lágrimas; pero luego levantando su límpida mirada hácia Enriqueta, la dijo:

—No tengo familia en este mundo, soy una pobre niña perdida y recogida por caridad en una choza. Casimira no es nada mio, pero yo me complazco llamándola abuela, y ella es tan buena, que también me dá de vez en cuando

el dulce nombre de nieta... Me gusta mucho estar con ustedes, pero tengo que marcharme porque ya va anocheciendo.

—Espera un poco, dijo Enriqueta, enseguida vengo; y al mismo tiempo desapareció del parque.

Mientras tanto metía Mariano una moneda de oro en las manos de Fernanda, diciendo:

—Toma, para que comais hoy.

—Oh! Dios se lo pague á V., señorito, pero esto es mucho dinero.

—No, no hija mia; cuando te se concluya vienes por más; ¿me lo prometes?

—Sí, señor; pero esto nunca se nos acabará.

Mariano no pudo menos de sonreirse, al ver la infantil alegría de Fernanda; al mismo tiempo, apareció Enriqueta cargada de toda clase de provisiones, las que entregó á la huérfana, diciéndola:

—Toma, y cuando necesites algo, ya sabes que nosotros te socorremos con muchísimo gusto.

Fernanda dió mil gracias á sus generosos bienhechores, y se marchó á la choza con el corazón penetrado de agradecimiento.

Al dia siguiente, una doncella de los duques, mandada por Enriqueta, llevó á Casimira y sus dos nietas toda clase de vestidos de abrigo, y unas cuantas varas de lienzo para confeccionar ropa blanca.

Casimira lloraba de alegría y no cesaba de dar las gracias por tan inesperada caridad.

Cuando se disponia la doncella á volver al castillo, estrechó á Fernanda entre sus brazos, diciéndola:

—De parte de aquellos señores con quien estuviste ayer, que no dejes de volver á la Roca, pues te quieren ver.

—No faltaré, respondió la niña con alegría.

Cuando se hallaron solos los habitantes de la choza, se entregaron á todos los transpor-

tes de alegría, que hasta entonces no habían conocido, y Casimira dijo á Fernanda pasando sus morenas manos entre los bucles rizados de sus negros cabellos:

—Hija mia, á ti te debemos, después de Dios, el no estar hoy sumergidas en la más horrorosa miseria: ya me voy convenciendo de que sirves para algo, y veo con entusiasmo no eres tan tonta como creía.

Un cariñoso beso fué la respuesta de Fernanda. En cuanto á Casilda, estaba también muy contenta de la suerte de su hermana, y no cesaba de dar gracias á Dios que las había mandado un socorro cuando menos lo esperaban.

En la siguiente tarde, antes de que fuera Fernanda al castillo, su abuela la lavó y peinó con esmero; también la puso uno de los vestidos que Enriqueta las había dado, de modo que la nieta de Casimira quedó trasformada en una encantadora princesita.

Cuando llegó a la Roca, Enriqueta salió á su encuentro y la dijo:

—Ola, Fernanda; ¿qué tal estás?

—Muy bien, señorita; ¿y V?

—Perfectamente, hija mia; pero te voy á decir para lo que te he mandado venir hoy. Tengo yo una hermana, que se está preparando á la primera comunión, y me dijo hace pocos días, que quería dar la mitad de sus ahorros á un pobre, para agradar al niño Jesús. Yo la respondí que haría muy bien, y cuando te vi ayer me acordé del deseo de Esperancita; la conté la visita que nos habías hecho, y ella contentísima de poder dar la limosna á una niña de su edad, dijo que quería estar contigo: ¿te parece bien eso?

—¿Si me parece bien señorita? ¿Cómo puede usted hacerme tal pregunta? Sería una ingrata si no agradeciera lo que están haciendo por nosotras.

—Vén, Fernanda, dijo Enriqueta cogiendo

por la mano á su protegida; te voy á subir con mi hermana, allí os entenderéis las dos.

Y al mismo tiempo la hija del Duque abrió la puerta del Castillo é introdujo á la huérfana en el cuarto de Esperanza, después de haber cruzado por riquísimos salones, que transportaban de admiración á la pobre niña.

Cuando Fernanda se halló en presencia de Esperancita, se avergonzó, y la dijo bajando la cabeza:

—Buenas tardes, señorita.

—Vén rica, respondió con cándida sencillez Esperanza; siéntate á mi lado, quiero estar contigo.

Fernanda obedeció; la bondad de su pequeña bienhechora la encantaba.

—¿Te hace falta algo, diablillo? preguntó Enriqueta, riéndose, á su hermana.

—Nada, nada, respondió ésta; sólo quiero que te marches de aquí.

Enriqueta se alejó; Esperancita cerró cuidadosamente la puerta, y dijo á su protegida:

—Me ha contado mi hermana tu historia, y puesto que no tienes ni padre, ni madre, yo quiero socorrerte y ser para ti una verdadera amiga; toma estos quince duros, la mitad de mis economías, y prométeme, en cambio, que rezarás por mí de vez en cuando.

—Todos los días, señorita, exclamó Fernanda; pero no puedo aceptar tanto dinero, es usted demasiado caritativa.

—No, no, respondió Esperancita con viveza; pero si quieres demostrarme tu agradecimiento, empieza por llamarme de tú, y prométeme ser mi amiga.

—Oh! eso es demasiado señorita; yo no puedo prometerlo, no soy digna de ello.

—Vamos, vamos, á fuera esas frases, si no quieres afligirme.

—Bueno, pues obedeceré por no afligirla á usted...

Esperancita hizo un gesto de impaciencia,

Fernanda se apercibió de ello y repuso sonriéndose:

—Mejor dicho, por no ofenderte.

—Así me gusta, exclamó Esperanza entusiasmada; quedamos amigas.

—Si, si, hasta otro día, bienhechora mía.

Fernanda y Esperancita bajaron rápidamente las escaleras, y se despidieron diciendo:

—Quedamos amigas.



IX.

La Enfermedad.

ESTAMOS en Otoño... pero en ese periodo del Otoño triste, frío y melancólico que anuncia la temprana llegada del invierno... El cielo de un azul casi blanco, cambia de pronto de aspecto envolviéndose entre nubes aplomadas, y entonces una lluvia torrencial inunda la tierra al mismo tiempo que el viento del Norte se lleva consigo los últimos despojos de las hojas muertas, que cubren el árido suelo...

Un carruaje tirado por cuatro caballos andaluces, ligeros como panteras, corren desesperadamente en dirección á la Roca, y al poco tiempo se detiene ante ese magnífico castillo, que ha visto pasar tantas generaciones bajo sus anchas bóvedas. Tres caballeros de fisonomías muy distintas se apean, y el coche corre de nuevo; pero aún con más velocidad, pues esta vez va completamente vacío. Un lacayo sale á recibir a los recién venidos, y después de haberse quitado el sombrero hasta los piés, les introduce silenciosamente en el cuarto de Esperancita. Allí está reunida toda la familia... de Cristian, pero hoy no se oye la voz clara de Pilar... ni los ecos lastimeros de la guitarra

de Mariano... ni las risas infantiles de Esperanza... no, hoy no se oye nada de eso, sino quejas amargas y sollozos entrecortados. ¿Qué sucede en aquella casa? La desgracia ha visitado á sus felices huéspedes.

Esperancita, la alegría de la familia, la que con sus gracias y ocurrencias animaba á sus amantes padres, está enferma..... enferma de gravedad..... desahuciada por la ciencia.....

La fiebre colorea sus mejillas... sus ojos se asemejan al vidrio... y su respiración oprimida anuncia una cercana muerte.

Los tres caballeros, médicos notables de la capital, entraron en el cuarto de la enferma. El más anciano se llegó á la cama, abrió las colgaduras, tomó el pulso á Esperanza, la examinó con atención y se retiró, visiblemente preocupado.

—Me la salvará V? preguntó la duquesa que hasta entonces había guardado el silencio.

El doctor no contestó.

—Respóndame, insistió la desgraciada madre cruzando las manos: ¿me la salvará?

El interpelado levantó la cabeza y una lágrima asomó á sus ojos.

Aquel hombre, que tantas veces había conjurado la muerte, se veía ahora impotente en presencia de una niña que devorada por una ardiente fiebre, sucumbía en la lucha, apesar del vigor de la juventud. Y delante de un corazón de madre que le suplicaba devolviese la vida á la hija de su alma, tenía que confesar que toda su ciencia de nada le servía, contra la muerte, que tan próxima estaba.

¡Madres que me escuchais! ojalá ignoreis siempre las angustias y llantos desgarradores que produce la pérdida de uno de esos ángeles, que Dios confió á vuestro cariño.

El doctor, por fin, se decidió á hablar:

—Señora, dijo con trémula voz, hubiera querido ocultarla el peligro en que se halla su hija; pero puesto que V. me obliga á revelárse-

lo, preciso es decirle que solo Dios puede salvarla.

—Oh! solo Dios, prorrumpió la duquesa sollozando... ¡Solo Dios!... y se fué de nuevo al lado de su hija.

Los médicos tuvieron una larga consulta y se retiraron, prometiendo volver al poco tiempo.

¡Cuán largas y tristes parecen las horas de una noche pasada en vela! Inútil es decir que los habitantes de la Roca ni pensaron en acostarse, y que la aurora les encontró reunidos al rededor del mismo lecho, anhelantes, ansiosos, expiando la menor señal de mejoría, en aquel rostro adorado. Y aquella mejoría tan deseada no llegaba: antes al contrario; Esperanza no conocía á nadie, y cada vez daba menos esperanzas de vida.

Al amanecer, Enriqueta se marchó del lado de Esperancita, para poder llorar á su gusto, y luego que se hubo desahogado, cayó de rodillas delante de un crucifijo, para pedir por su querida hermana.

—¡Dios mio! decía: Vos, que habeis hecho tantos milagros; Vos, que habeis resucitado á los muertos, devolved la vida á Esperancita, no la dejéis morir sin que os haya recibido en su tierno corazón... compadeceos de nosotros!

Se detuvo para reflexionar algunos momentos, y luego, tomando una gran resolución, exclamó:

—Señor Todopoderoso, si devolveis la vida á mi hermana, os prometo ser para siempre vuestra... sí, para siempre: diré adios al mundo, y me encerraré en un estrecho claustro, donde os daré gracias toda mi vida, por el beneficio que nos habeis concedido.

Si en aquel momento Enriqueta hubiera podido deshacerse de su capa mortal, y volar hasta la morada de los bienaventurados, hubiera visto su oración, que, subiendo como puro incienso hasta el trono del Eterno, caía

de nuevo sobre el lecho de Esperancita, y con él la vida y la salud volvían á aquel cuerpo destrozado.

Luego la jóven se quedó un poco más tranquila, cogió la pluma y escribió á un sacerdote, mientras que envió á un criado ir en busca de Fernanda.

Esta, cuando supo que su amiga y bienhechora estaba enferma de gravedad, no pudo contener el llanto, y con el alma oprimida se dirigió hácia la casa de los Duques.

Cuando anunciaron á la Duquesa que una mendiga estaba á ver á su hija, se negó á ello, pero Enriqueta aseguró que esto serviría de gran consuelo á la enferma, que quería con delirio á Fernanda, y por fin, los sentimientos de madre, venciendo los de orgullosa dama, dejó entrar á la pobre huérfana en el cuarto de Esperancita.

Apenas Fernanda vió á su amiga sin conocimiento, pálida y descompuesta, sintió su corazón herido, mas dominando la emoción que la embargaba, se dirigió al lecho de Esperancita, y cogiendo entre sus manos las de la enferma, dijo:

—Esperanza, escúchame..... soy tu amiga Fernanda... soy la huérfana de la choza á quien has socorrido con tus ahorros... Te quiero mucho y pediré por tí al niño Jesús...

Y luego, viendo que la niña permanecía inmóvil, exclamó con el acento de la más profunda desesperación:

—No me conoce, Dios mio! se muere!...

Esperancita abrió de pronto los ojos, y dijo:

—¿Me muero? ¡oh, qué miedo!... y volvió á caer en su abatimiento.

En aquel instante se abrió la puerta y un lacayo anunció al señor cura.

—Que entre, respondió el Duque.

En el mismo instante apareció un sacerdote de unos 50 años de edad: su rostro venera-

ble, infundia al mismo tiempo confianza y respeto.

— Buenas tardes, D. Francisco, dijo el Duque. ¿Cómo ha venido V. hoy por aquí?

— Porque su hija Enriqueta acaba de mandarme una carta, para decirme que venga á confesar á una enferma de bastante gravedad.

— Siempre se acuerda de todo, ese ángel, ¡Dios mio! murmuró el brigadier, secándose una lágrima abrasadora que corría por sus mejillas.

En cuanto á la Duquesa, lanzó á Enriqueta una severa mirada, diciéndola:

— Buena falta hacia que llamaras á don Francisco, lo que vá á hacer es asustar á tu hermana.

— ¡Oh! mamá, respondió Enriqueta, no creas eso; pero aunque la asustara, sería mucho mejor que si se muriera con la conciencia manchada.

D. Francisco se acercó á la cama de Esperanza, la cual no le conoció.

— No me conoce, dijo entonces el venerable eclesiástico; es imposible confesarla.

— Si, si, confiésemme, replicó una vocecita debil, le conozco, es V. el buen D. Francisco.

Esperancita vuelta de pronto á la realidad y libre por un momento de las garras tenaces del delirio, se incorporó haciendo un supremo esfuerzo. Los circunstantes al ver aquel rostro demacrado pero expresivo, aquellos ojos apagados que un momento antes creyeron cerrados para siempre, cayeron de rodillas. Un mismo pensamiento cruzó por la mente de todos, una misma oración se escapó de todos los corazones.

— ¡Está salvada, gracias, Dios mio!

Esperanza se confesó con gran devoción. Después que de rodillas, encima de la cama hubo recibido la santa absolución, dijo á don Francisco que la contemplaba con lágrimas en los ojos.

—Ahora me siento tan contenta, que me parece imposible que el buen Jesús me separe de mis papás y de Enriqueta.

—Al contrario, hija mia, dijo el digno sacerdote; porque te quiere mucho acaso te lleve con Él al cielo, entrégate á su Divina voluntad. Ahora tranquilízate y sé buena niña. A la tarde volveré; adiós.

Cuando Esperanza se hubo quedado sola, se dejó caer de nuevo sobre las almohadas y comenzó á reflexionar sobre las palabras de D. Francisco. Tan abismada estaba en sus angélicos pensamientos, que no sintió abrirse la puerta con suavidad y la esbelta figura de Enriqueta aparecer en su umbral y dirigirse lentamente hácia la cama. Un silencio profundo reinaba en la habitación, la joven arrodillada junto á la cabecera, el rostro inclinado sobre el de su hermana, vió separarse los labios de la niña y la oyó murmurar esta plegaria:

—Jesús mio, llévame si quieres á tu gloria, pero dá valor á mi mamá!

Luego aquellos ojos negros se abrieron, sus órbitas se dilataron y su mirada inmóvil, horrorosa, con una expresión indecible se clavó en Enriqueta que la contemplaba aterrorizada. El débil cuerpo de la enferma se retorció, sus manos se crisparon, su semblante se contrajo con atroces contorsiones y dando un grito desgarrador, quedó inmóvil como un cadáver.

Sus padres y sus hermanos, atraídos por aquella voz tan lastimera, entraron en el mismo momento en que la pobre Enriqueta, creyendo muerta á la que tanto amaba, caía desplomada sobre el suelo: el brigadier corrió á levantarla mientras que la Duquesa y sus hijos se agrupaban en derredor del rígido cuerpo de la niña y procuraban hacerla volver en sí.

Un instante después el anciano médico penetraba en la habitación. La madre, loca de

dolor corrió hácia él, y cayendo de rodillas le dijo con frenesí:

—¿Verdad que todavía tengo hija?

El doctor se puso livido y acercándose á Esperanza colocó su mano sobre su pecho, acercó su oído en aquel tierno corazón y exclamó:

—¡Vive aún, pero pronto volará al cielo!



X.

Risueños proyectos.

Son las tres de la tarde.

Penetremos discretamente en el aposento de la marquesa de Sarins y la hallaremos rodeada de su familia hablando con animación. Teresa, sobre todo, parece gozar, y su madre, que no había visto aparecer la sonrisa sobre los labios sonrosados de la que ama más que á sí misma desde el día que la abandonó el inglés, procura alargar esa conversación que distrae á la melancólica joven y la hace olvidar sus negros pesares.

—Si, decia Md. de Sarins, nos divertiremos ya que nos favorece la fortuna, gozaremos y procuraremos pasar el tiempo lo más alegremente posible.

—Tienes razón, mamá, respondió la rubia Teresa al mismo tiempo que una sonrisa se dibujaba en su lindo semblante.

—Vaya si la tienes, añadía Luis loco de contento; eso es saber vivir.

Solo Juanita guardaba el más profundo silencio, y esos proyectos que parecian tan brillantes á sus hermanos, no tenian para ella el menor precio. Md. de Sarins, se fijó en el

poco caso que su hija prestaba á la conversación, y la dijo con bastante seriedad:

—Verdaderamente no sé lo que hacer contigo; nada te distrae, ni siquiera los risueños proyectos que estamos formando, para estos dos años.

Á decir verdad, respondió Juanita sonrojándose ligeramente, no he oido nada de vuestra conversación.

—¿Pues en qué estabas pensando?

—Querida mamá es un secreto; permíteme no te lo diga.

El semblante de la Marquesa cedió á una expresión de indignación mal reprimida, y luego repuso secamente.

—Secretos para mí; ¿dónde se ha visto eso?

—No te enfades, añadió Juanita sonriéndose y echando sobre su madre una mirada de ternura, que acabó por vencer del todo la ira de Md. de Sarins.

—Vamos, dijo ésta; estoy segura que tratará de alguna buena obra, en las que estás incesantemente ocupada; pero si quieres volveré á exponer mi plan, para que te enteres de él.

—Si, si, respondió Juanita disimulando con una agradable sonrisa, la poca gracia que la hacía este ofrecimiento; y al punto se sentó al lado de su madre y escuchó con la más profunda atención.

Md. de Sarins dirigió una triunfante mirada á su modesta hija, y después de haber quitado un hilito que erraba sobre los dorados cabellos de Teresa, empezó á exponer sus brillantes proyectos.

—Ya sabes, dijo, que tu tío Juan el Vizconde de Sarins, heredero de grandes bienes, padecía desde hace tiempo de una enfermedad al pecho, que nadie le supo explicar.

Ese mal aunque nunca fué considerado grave, le impedía sin embargo, de ejecutar todos los proyectos que formaba, teniéndole continuamente preso en casa la mayor parte del

tiempo; de manera, que su fortuna nunca sufrió la menor quiebra, puesto que, para un soltero que frecuenta poco la sociedad, una modesta suma, basta para hacerle pasar muy buena vida. Ayer recibí una carta que me anunciaba el cambio repentino, operado en la salud del Vizconde que fué atacado hace pocos días de tisis galopante, que no tardará de llevarle al sepulcro. Vosotras sois los únicos herederos de sus bienes, y desde el momento en que cese de vivir, vuestra fortuna será más del doble mayor de lo que es, hoy por hoy. Seríamos, pues, muy tontas no divirtiéndonos algunos meses con esa herencia que nos viene tan apropósito, y parece invitarnos á gozar, ahora que todavía podemos disponer de nosotras mismas. Mis deseos son de dar brillantes fiestas durante esta temporada de invierno para sacudir el aburrimiento que Noviembre suele traer consigo.

—Pero mamá, interrumpió Juanita; ¿y si el pobre tío Juan se muere?

—Nadie en Madrid conoce á tal persona, que siempre ha habitado la tierra francesa; por ninguna parte se ha de saber su muerte; así es que nos podemos divertir sin escrúpulo.

—Pero era hermano de nuestro querido padre; yo te aseguro que por nada en el mundo renunciaré á llevar luto por un hombre que nos es pariente tan cercano, y que la vergüenza sonrojaria mis mejillas, llevando cualquier vestido que no fuera negro.

—Siempre las mismas sandeces, tu harás lo que te manden; y puesto que pretendes ser tan perfecta, te sabrás sacrificar una vez por dar gusto á las demás.

La pobre Juanita bajó la cabeza, nunca habia hablado de su perfección, pero en lugar de enfadarse por una riña tan injusta, procuró convencerse á si misma, y cuando levantó de nuevo su semblante, no se leía en él la menor señal de resentimiento.

Md. de Sarins, comprendió, sin embargo, que había sido injusta, y para reparar la falta que su corazón materno no cesaba de acusarla, imprimió un tierno beso sobre la blanca frente de la jóven, y después repuso:

—Cuando se pase el invierno, iremos á varios puntos, donde la gente elegante se dá cita, al parecer, para pasar agradablemente la calurosa estación; estaremos unos dias en una parte, otros en otra, un mes allí, otro aquí. En una palabra; esperaremos con la mejor gracia del mundo, que el invierno con su diadema de hielos y su cetro de espesas tinieblas, venga de nuevo á prohibirnos las estancias á la orilla del mar y en las risueñas quintas de verano. Entonces; para procurar distraernos también durante esos meses, nos dirigiremos á Granada, Córdoba, Sevilla, Cádiz.

En aquel momento llamaron dulcemente á la puerta, y el lacayo anunció á la señora del Gobernador y su hija.

—Que entren, dijo la Marquesa, y al mismo tiempo volvió su mirada hácia un espejo de Venecia colgado en frente de ella para asegurarse de que nada faltaba en su complicada *toilette*.

Teresa sin decir una palabra desapareció rápidamente por el lado izquierdo, mientras que la esposa del gobernador y su hija entraban por la dorada puerta de la derecha.

Md. de Sarins salió á su encuentro, y después de haberlas saludado con la más rebuscada elegancia, las hizo sentar en el divan, y empezó una conversación animada

—¿Pero dónde está Teresa? preguntó por fin Felisa, linda jóven de esbelta estatura y bondadosa fisonomía,

—Aquí, aquí, respondió una voz argentina, y entonces penetró en la sala la que algunos momentos antes había salido precipitadamente.

Md. de Sarins, iba á interrogar á Teresa sobre la causa de su ausencia, pero sus ojos

dieron en aquel momento con el traje habana, que reemplazaba el granate que la cubría cuando entraba la visita, y entonces encontró una explicación bastante eficaz.

Luego la conversación empezó de nuevo, y esta vez, giró sobre toda clase de cosas, que á veces eran divertidas, y, á veces, cambiaban lo risueño que las solia caracterizar, en una triste tragedia que ponía fin á la persona ó asunto de que se trataba, para dar paso á otros nuevos; y así poco á poco fué pasando el tiempo, hasta que llegó la hora en que Felisa y su madre tuvieron que retirarse después de haber invitado á toda la familia de Sarins á ir á pasar, dentro de poco, un dia entero con ellas, para enseñarlas los numerosos regalos que habia recibido el gobernador, en el dia de su santo.

Después, Md. de Sarins empezó de nuevo á mecerse en las ilusiones que la habian trastornado durante el dia, y así acabó aquella tarde, dejando á Teresa, Luis y su madre, locos de contentos, y á la pobre Juanita, con el corazón oprimido y lleno de los más tristes presentimientos.



XI.

La Convalecencia.

DESPUÉS de quince días de crueles sufrimientos, tanto para Esperancita como para sus amantes padres, una mañana de Noviembre la enferma se despertó notablemente aliviada; respiraba con facilidad, la fiebre había disminuido y tenía ganas de comer. Inútil es decir la alegría que esto causaría á los Duques y sus hijos.

Tres semanas han pasado desde aquel día feliz; de modo que Esperanza ya está casi buena del todo; pero aún no sale de su cuarto, pues el mes de Diciembre la tiene encerrada en su nido encantador, que ella hace delicioso con su presencia. La nieve cubre la tierra, el sol no resplandece con radiantes colores y un aire frío ha sucedido á las dulces brisas de verano.

—Enriqueta, dice de repente Esperancita á su hermana que estaba sentada á su lado; ¿te acuerdas de aquel día que estaba yo tan mala y que llorabais todos tanto?

—Figúrate tú si se me habrá olvidado, respondió Enriqueta sonriéndose, puesto que yo no me separaba de tu lado.

—Ya lo sé, hermana mía, y te doy mil gra-

cias por el cuidado que has tenido de mí mientras he estado enferma.

—No he sido yo sola la que lo he tenido, añadió vivamente Enriqueta dando un cariñoso beso á su hermana; también Pilar ha estado al lado tuyo, y el pobre Mariano, mientras tu estabas mala, ni dormía... ni comía... ni se sonreía.

—Pues qué hacía entonces? preguntó Esperancita riéndose á carcajada suelta.

—¡Llorar, Esperanza, llorar! y figúrate tú la lástima que daría ver á un chico de diez y nueve años llorar.

—Pobre Mariano, lloraba... y yo le hice rabiarse tantas veces... ¿Te acuerdas de aquel día que le eché á perder el cuadro que había pintado para uno de sus amigos?

—Sí, Esperanza; eso estaba muy mal, pero no lo volverás á hacer, ¿verdad?

—Oh! nunca, querida hermana. Desde entonces he estado mala y todos me habeis demostrado vuestro inmenso cariño.

Esperanza se detuvo por algunos momentos y luego repuso de pronto:

—Y Carlitos, ¿sentía mucho verme enferma?

—Carlitos es un niño, replicó Enriqueta: cuando nos oía decir que estabas en el último extremo, se entristecía, lloraba y decía que jamás podría olvidarte, más luego se marchaba á sus juegos; pero sin embargo, el pobre estaba preocupado y exclamaba sin cesar: Se morirá, Dios mío, se morirá!

—Pobre Carlitos, es verdaderamente muy bueno y tiene un corazón de oro.

—Figúrate tú que el otro día le había dado papá dos duros para que se comprara un látigo, una espada y un tambor; pues cuando íbamos á Madrid, se acercó un pobre ciego al coche y Carlitos le dió dos pesetas del dinero que dedicaba para sus caprichos.

—¿De veras hizo eso? repuso Enriqueta ex-

trañada; pues bien, en premio de su generosidad, hoy le regalaré yo lo que quería.

—¿Se puede pasar? gritó desde la puerta una vocecita infantil.

—Si, sí, entra, Fernanda, respondieron á la vez las dos hermanas.

Al mismo tiempo la nieta de Casimira apareció en el cuarto de la convaleciente, y después de haber saludado respetuosamente á Enriqueta, se precipitó en los brazos de su amiga, cubriéndola de besos y caricias. Sus negros cabellos, su fisonomía cándida y á la vez expresiva, sus ojos de un azul encantador y su tez apenas rosada, resaltaban aún más bajo el modesto traje que la cubría, de modo que Esperanza y lo mismo Enriqueta, no pudieron menos de exclamar: Es preciosa!

Fernanda no pareció oír este elogio, y Enriqueta, deseando empezar la conversaci6n, preguntó á su hermana:

—¿Cómo! ¿no tienes que decir nada á tu amiga?

—Tengo tantas cosas que contarla, que no sé por dónde empezar.

—Pues yo os voy á anunciar una noticia que creo os ha de satisfacer.

—¿Cual, cual? exclamaron al mismo tiempo Esperanza y Fernanda.

—Curiosas, dijo Enriqueta riéndose, á ver si acertáis.

—No, no acertamos, dilo pronto, repuso Esperanza levantándose de su butaquita.

—Vaya, vaya, continuó Enriqueta gozando de la curiosidad de sus oyentes. ¿Y si no os lo quiero decir hasta mañana?

—Oh! si que quieres! repuso Esperancita besando á su hermana, como hacen siempre las niñas que quieren obtener algún favor.

—Bueno, pues escuchad. Al mes que viene empieza el año nuevo, y ese año es en el que vais á hacer vuestra primera comuni6n, ¿qué os parecería si yo os explicara todos los días

el catecismo y os leyera algún libro interesante?

—Nos parecería que eres un dechado de bondad, una criatura angelical, un espíritu celeste, una hermana modelo, una...

—Basta, basta, Esperanza, dijo Enriqueta, entre seria y risueña; no soy nada de eso, cumplo con mi deber y nada más. ¿Y qué dices tú, de esa proposición, Fernanda? preguntó volviéndose hácia la huérfana, cuyo rostro se había entristecido de pronto.

—Me parece... me parece... muy bien; pero no sé si mi abuela querrá que venga aquí todos los días.

—Pues no faltaba más, dijo Esperancita indignada: si no te deja, yo misma iré á pedirla el permiso. Y al pronunciar estas palabras, los ojos de la niña brillaron con tanta energía, que Enriqueta y Fernanda se echaron á reír.

—Si que vendrá, sí, continuó Enriqueta, y yo la enseñaré á coser, á bordar, á escribir y á leer.

—¡Y yo á cantar!

—Será posible? murmuró Fernanda, con los ojos inundados de lágrimas: no sé cómo agradecer tantos favores.

—Se me olvidaba lo mejor, dijo Esperancita, saltando de gozo: para celebrar mi alivio, papá me ha prometido darme todo lo que quiera, y yo le pedido una casa para ti, tu hermana y tu abuela.

—Oh! es demasiada generosidad, Esperancita! ¿Qué podría yo hacer en prueba de mi agradecimiento?

—Quererme, Fernanda; tu amistad tiene para mí más precio que todos los tesoros del mundo.



XII.

Las lecciones de Enriqueta.

EL día 2 de Enero salía Fernanda de su casa y se dirigía á la de los Duques.

—Si será ya tarde? decía de vez en cuando, y entonces corría con toda la fuerza que la permitían sus piernecitas. Por fin llegó al castillo, abrió la puerta, y corrió hácia el cuarto de su amiga.

Esperancita ya estaba esperándola, y cuando entró la dijo dándola un cariñoso golpe en la espalda:

—Perezosa, ya son las nueve y media.

—Hubiera querido venir antes, Esperanza, pero mi abuela no me ha dejado, pues tengo que barrer la casa, hacer las camas, lavar los suelos y coser alguna que otra piececilla de las más usuales.

—Bien, Fernanda, ya se que eres una chica de provecho, pero tenemos que empezar á estudiar.

Las lecciones que daba Enriqueta á sus pequeñas discípulas eran cortas, distraídas, fáciles, y en una palabra, puestas á la altura de aquellas inteligencias que no habían sido cultivadas.

Primero recitaban una página de catecis-

mo, siempre sabida al pié de la letra; luego las hacía leer y escribir, luego sumar, restar, multiplicar y dividir, y terminaba la lección, contándolas una historia divertida y á la vez instructiva.

Lo mismo Esperancita que Fernanda, estaban dotadas de una clara inteligencia; pero además de esto, Fernanda tenía gran deseo de aprender, para probar á sus bienhechoras el inmenso agradecimiento que hacía ellas sentía.

Cuando no comprendía una lección ó hacía mal su página de escritura, sus ojos azules brillaban, su móvil fisonomía cambiaba de expresión y decía enérgicamente:

—Lo tengo que hacer mejor, cueste lo que cueste.

Por el contrario, Esperancita, se enfadaba cuando no la salía una cosa bien, y decía á su hermana:

—Nunca podré saber tanto como Fernanda, es mucho más lista que yo.

—No, Esperanza, no, respondía la paciente profesora; pero ella se aplica, y tu solo quieres hacer lo que no te cuesta trabajo.

Esperancita comprendía que su hermana tenía razón y se callaba; entonces una mirada de la huérfana la daba nuevo valor y volvía á estudiar con nuevo ardor.

Así pasaban los días dulcemente; Enriqueta se consideraba dichosa al ver á sus pequeñas discípulas dóciles, aplicadas humildes; y las dos niñas querían con delirio á su maestra que sabía hacerlas agradable el estudio y allanar las dificultades que en él se hallan con frecuencia.

Un día, después de terminada la lección, Enrique propuso ir á dar un paseo por la campiña; Fernanda y Esperancita aceptaron con mucho gusto y, esta última, lanzó una mirada de inteligencia á su hermana. Caminaban ya desde un corto rato, cuando Fernanda se paró admirada.

—¡Oh! qué casa más bonita, exclamó!

—¿Te gusta? la preguntó Esperanza.

—Ya lo creo, pero si no me equivoco está vacía, y con la puerta abierta.

—¿Quieres que la veamos por dentro? dijo Enriqueta.

—Pero señorita, ¿y si nos riñe su dueño?

—Estoy segura que no lo hará. Vamos, entrad; yo me quedaré la última, para cerrar la puerta.

Fernanda y Esperanza entraron y Enriqueta preguntó á la primera:

—¿Qué te parece de esta casita?

—Me gusta mucho. ¿Pero cómo está amueblada, si no tiene dueño?

Esperancita se sonrió.

—No tiene dueño, añadió Enriqueta, pero tiene dueña.

—¿Y quién es? preguntó Fernanda.

—Tu, tu, exclamaron al mismo tiempo las dos hermanas.

—¿Será posible? Pero qué he hecho yo para merecer tanta bondad?... y al mismo tiempo Fernanda besaba las manos de sus bienhechoras regándolas con sus lágrimas.

Al día siguiente Casimira y sus dos nietas, entraban en posesión de su nueva casa, bendiciendo mil veces á quien se la había tan generosamente dado.



XIII.

Una boda.

El Duque tenía que ausentarse para unos negocios y su mujer pensó que nunca encontraría mejor ocasión para celebrar la boda de Pilar, puesto que él se oponía á toda costa á dar su consentimiento; y como es natural, se hubiera negado á que el enlace de su hija se celebrara con toda la pompa que ella deseaba.

La noche en que se iba á marchar el brigadier, Pilar entró en su cuarto y le dijo:

— Querido papá, dame tu bendición.

— Para qué? preguntó el Duque.

La blanca frente de Pilar se arrugó algunos instantes, sus labios de coral permanecieron cerrados, más luego dijo resueltamente:

— Para casarme.

— Escúchame Pilar, continuó entonces el brigadier, haciendo un esfuerzo sobrehumano para disimular su emoción. Si eres desgraciada con ese hombre, acuérdate que yo siempre te he negado mi consentimiento; piensa algunas veces en tu pobre padre, que jamás te olvidará; pero no vuelvas á poner los piés en esta casa, te lo prohibo terminantemente. En cuanto á mi bendición, te la dará, aunque me

desobedeces; pero ¡por Dios! piensa bien lo que haces!

El silencio más profundo acogió estas palabras; entonces el Duque, estendiendo sus trémulas manos, murmuró una corta plegaria y bendijo á la hija desobediente.

Pilar había caído de rodillas, pero sus hermosos ojos permanecían secos, y ni una lágrima de enternecimiento vino á bañar sus sonrosadas mejillas. El más indiferente mortal hubiera sentido partirse el corazón al ver á un hombre ya avanzado en edad, con la fisonomía entristecida, extender sus temblorosas manos é invocar la gracia del Espíritu Santo sobre la cabeza de su hija querida, murmurando al mismo tiempo:

—No te labres tu desgracia, hija mía; escucha al que más te ama en este mundo; rompe los lazos que te unen á ese infame, que solo quiere disipar tu fortuna, y yo me encargo de buscarte otro marido, que ha de merecer tu mano mejor que Barclay.

Sin embargo, aquella escena que hubiera debido conmover á Pilar, no hizo más que avivar los deseos que tenía de casarse, y contestó á su padre estaba segura que Barclay la quería verdaderamente.

—Bueno, bueno hija mía; sea lo que Dios quiera: yo me ausento para cuatro meses, mas desgraciada de tí, si no te encuentro aquí á mi regreso.

Después de esto Pilar salió del cuarto de su padre, contenta al parecer; pero el que lee hasta el fondo de los corazones y sabe el más mínimo de nuestros pensamientos, bien veía que Pilar no era dichosa, aunque aparentara la más risueña alegría.

Por fin llegaron las doce de la noche; el Duque acompañado de su familia bajó las anchas escaleras de su grandioso aposento. El coche le esperaba á la puerta. Entonces todos se despidieron de él, pero cuando le tocó á Pilar, ésta

no pudo menos de temblar al ver el rostro venerable de su padre que quizás besaba por la postrera vez.

—Adios, adios, murmuraba sin decidirse á soltarse de su cuello. ¡Adios!

—Adios, hija mía, repetía el brigadier conmovido, y luego añadió más bajo: Oh! no me desobedezcas, ten compasión de mi!

Por fin se decidió á montar en el coche y siguió agitando su pañuelo, hasta que perdió por completo de vista á aquellos séres que le eran tan queridos.

La noche estaba serena; una hermosa luna brillaba en lo alto del firmamento inundando la Roca con sus rayos plateados, al mismo tiempo que multitud de estrellas daban aún más brillo que las azuladas nubes.

Al dia siguiente Pilar escribió á Barclay para anunciarle que ya podía ir á la Roca; y éste, que solo esperaba le mandaran llegar, estaba allí la misma noche.

Fué bien recibido por todos, pero Enriqueta y Mariano no podían ménos de sentir un odio mortal hácia aquel hombre, que en tan poco tiempo había sabido atraerse el amor de Pilar y era la causa de la tristeza de su padre.

Por otro lado, aquel tipo elegante, aquellos modales rebuscados y aquella fisonomía en la que se leía el más pérfido corazón, les causaban un horror indecible y no podían ménos de temblar por la suerte de su hermana.

Así pasó un mes, y tras él otro; la primavera volvía y sembraba la alegría en los corazones, al mismo tiempo que las florecillas en los campos.

El brigadier escribía casi todos los dias dando buenas noticias, tanto de su salud como de sus negocios.

Mas viendo que el tiempo corría con una velocidad espantosa, la Duquesa decidió que Pilar se casaría á fines de Mayo. Desde el primer dia de este mes, empezaron los preparati-

vos para la boda. Hacia el 15 ya estaban hechas todas las invitaciones. Pilar recibió los más preciosos regalos, cubiertos, alhajas, muebles, jarrones de todas clases, álbums, carteras, cuadros, estátuas; en una palabra, todos los objetos de arte ó de capricho, parecían haberse citado para obsequiar á la esposa de William.

El día de la boda amaneció por fin. Día en que debía realizarse el sueño dorado de Pilar, día en que la Duquesa casaba á su hija contra la voluntad del brigadier; día, en fin, en el que la hija desobediente, diría adios á la felicidad, quizás para siempre.

Inútil es decir que el mundo más escogido de Madrid, asistió á la boda, y que las personas de la más alta sociedad se vieron muy honradas, concurriendo á la ceremonia y desde allí al banquete.

Todos los convidados comieron y bebieron muy bien: algunos bebieron tal vez más de lo conveniente, pues, se sintieron malos; pero de esa enfermedad causada por el vino bebido con exceso, de manera que se vieron obligados á acostarse, para no cometer disparates.

La mayor parte de los concurrentes se quedaron á dormir en la Roca, donde hubo baile hasta la una de la mañana, hora en que salieron los recién casados para el extranjero. Debían atravesar la Francia, visitar la montañosa Suiza y pararse algunas semanas en Roma, para ver las pinturas de Murillo, ese hombre, cuyo talento le mereció un renombre inmortal y cuyo pincel inspirado fué una de las mayores glorias de su pátria. También visitarían las catacumbas, el Vaticano, la Iglesia de San Pedro y San Pablo, el Coliseo, etc., etc. Desde allí se dirigirían á Venecia, Turin, Génova, Florencia y Nápoles, donde se embarcarían para volver otra vez á España, pararse en sus más notables ciudades y establecerse en Cádiz, donde se quedarían á vivir.

Antes de marcharse escribió Pilar á su padre unas cortas líneas, para participarle su enlace y asegurarle que si no hubiera creído encontrar la felicidad casándose con Barclay, jamás le hubiera desobedecido, que todavía le quería tanto ó más que antes, aunque él creyera que la desobediencia que había cometido, era una prueba de su poco afecto, y por último que William era excelente, y no merecía de ningún modo, la mala opinión que habían formado de él.

Grande fué la impresión producida por esta carta en el desgraciado brigadier: el pobre esperaba que las palabras cariñosas que había dirigido á su hija, ablandarían su endurecido corazón y que renunciaría para siempre á casarse con un hombre que no la convenía por ningún concepto. Así es, que cuando vió el poco resultado de sus paternos consejos, cayó en una melancolía que debía ser funesta para su salud.

Pobre Duque! Aún no había sentido nunca la pena fatal que le causaba ahora una de sus hijas; y si las que le quedaban no le servían de consuelo, la vida le parecía tan pesada desde la pérdida de Angelines, que acabaría por aplastarle bajo su mano de hierro!



XIV.

Una ilusión.

FERNANDA, Ferdanda, decía un día Casimira que estaba sentada patriarcalmente en una butaca de paja, haciendo calceta delante de la puerta de su casa; por allí viene tu amiga Esperanza, con su hermano Carlitos.

—¿Por dónde? preguntó la niña, saltando con la ligereza de una cabra y saliendo también á la puerta para observar atentamente todas las direcciones, y luego repuso: Ah! sí, ya les veo; qué elegante está: de seguro me viene á decir que no tendremos hoy lecciones, porque pasa algo extraordinario en el castillo; verdaderamente lo sentiría mucho, pues el mejor rato del día es para mí el que paso con Esperancita y Enriqueta.

—Gracias, por la parte que me toca, refunfuñó ásperamente la vieja.

Fernanda comprendió que había disgustado á su abuela hablando con tanta franqueza, y pasando sus bracitos al rededor del cuello de Casimira, repuso:

—No te enfades, querida abuelita; te quiero mucho á ti también, y ya sabes que jamás consentiré en alejarme de tu lado.

En aquel momento Esperanza y Carlitos

llegaban á la casa de Fernanda; ésta corrió alegremente al encuentro de su amiga, y desechando la timidez de su caracter, saltó hácia ella diciéndola:

—Hola, Esperanza, ¿cómo vienes tan de mañana por aquí?

—Para pedirte un favor, querida Fernanda.

—Pide, pide, ya sabes que esa palabra de favor no está bien empleada cuando me hablas tú á mí: yo, Esperancita, soy la que te debo todo; casa, instrucción, vestidos, alimentos, todo, todo; sin ti, quizá la nieta de Casimira hubiera perecido miserablemente olvidada por todos, y hoy estaría enterrada bajo la tierra húmeda al lado de su abuelita y de su hermana.

—No digas eso, por Dios, querida Fernanda, exclamó con viveza Esperancita, y luego continuó tristemente: Si te hubieras muerto como has dicho hace un momento, nosotros tendríamos la culpa de todo; pues no comprendo verdaderamente cómo viviendo tan cerca de ti, hemos sido durante tanto tiempo insensible á tus miserias y á las de tu familia.

—Si, pero desde el dia en que nos conocimos, has sido el angel de bendición de nuestra casa.

Esperancita no contestó más que dando un cariñoso abrazo á Fernanda; mientras tanto Carlitos estaba aburrido, lo que se comprendia facilmente, al ver la mala cara que ponía á todas las personas; y no pudiendo hacer pagar su mal humor á nadie, se contentaba con tirar de la cola al perro que le acompañaba, lo que no divertía al pobre animal.

—Vamos, dijo por fin Carlitos bostezando con el mayor descaro; qué pensais hacer? explicaos pronto, si os es posible, porque tienen razón al decir que las mujeres son de lo más habladoras que se ha conocido.

—Siquiera no abren la boca con la poca educación con que tu lo haces, cuando están

delante de gente, respondió maliciosamente Esperanza.

—Delante de gente, delante de gente, dijo Carlitos mirando á su alrededor, y luego haciendo un saludo de los más graciosos á Fernanda, repuso: Ya lo creo, estando con una niña tan guapa como tú..... no me debía de haber permitido los modales que se usan entre nosotros.

—Burlón, repuso Esperancita, tu has nacido para payaso.

—Tienes razón, contigo aprendería al pelo ese papel.

—Vaya, vaya, estás hoy con ganas de broma y yo no las tengo: escúchame, Fernanda, parece que vá á hacer bueno y mamá ha dispuesto que iríamos á hacer unas visitas á Madrid; yo la he dicho que si no vienes con nosotras me quedo en casa; como puedes comprender, ha consentido en llevarte en su compañía. Te vengo, pues, á buscar, y al mismo tiempo á pedir permiso á tu abuela para que te deje venir con nosotras.

—Pero..... Esperanza..... balbuceó la tímida Fernanda, cómo quieres que te acompañe si nunca he visitado á nadie más que á la tía Severiana el año pasado cuando tuvo tercianas de resacas de una paliza que la dió su brutal marido. Ni sé saludar, ni sé decir esas frases tan bonitas que encuentran siempre las señoras, y son una de las cosas principales para abrirse las puertas de la sociedad.

—Eso es lo de menos. Ya te tengo preparado en casa un vestido de gasa rosa pálido, pálido, tan pálido como conviene á tus pálidos colores y á tus encantadores ojos azules.

—Pero, por Dios...

—Escucha, todavía no he concluido; tienes también zapatos de charol, calcetines del mismo color del vestido y un sombrerito calañés, bajo el cual te envidiará Vénus en persona.....

Vamos, ven conmigo. La deja V. ¿verdad, buena Casimira?

—Ya lo creo, señorita; pero no sé qué tal se vá á portar.

Y al decir esto, imprimió un beso sobre la blanca frente de Fernanda, que se la había venido á presentar.

—A ver quién corre más, dijo Carlitos. Vamos, veremos quién tiene mejores piernas, si Pinto, Fernanda, Esperanza ó yó.

—El perro el primerito, respondió Esperancita irónicamente; si te parece que Pinto vale más que tú, ni yó ni Fernanda, nos queremos poner al igual de ese animal.

—Poco más vales que él, monísima, repuso Cárlos pasando la mano sobre la cabeza de su hermana, como la solía pasar por la de su amado galgo.

Fernanda, deseando poner fin á la riña que de seguro se hubiera emprendido entre los dos hermanos, si hubieran seguido tratando de las mismas cosas, empezó á correr con todas sus fuerzas; su ejemplo fué seguido por Carlitos y Esperancita, y en menos de diez minutos llegaron al castillo, sofocados, pero riéndose muchísimo. Esperanza cogió á su amiga de la mano, y las dos niñas subieron precipitadamente las majestuosas escaleras de piedra que conducían al cuarto de la hija del Duque.

—¿Qué tienes Fernanda? preguntó de pronto Esperancita, al ver á la niña abrir los ojos desmesuradamente.

—Nada, respondió la huérfana con una infantil sonrisa, estaba casi asustada al pensar que ese traje tan elegante es para mí.

—Ya lo creo que lo es, te le vas á poner enseguida.

—Y sin que Fernanda tuviera tiempo de abrir la boca, Esperancita la quitó los botones del traje gris que la cubría, y muy pronto fué reemplazado por el de gasa rosada; luego una doncella la puso los calcetines y los zapatos y

por último, Enriqueta, que acababa de entrar en el cuarto, la peinó y colocó el sombrero calañés, con tanta gracia, que la nieta de Casimira estaba verdaderamente encantadora.

—Vamos dijo Esperancita; ahora solo te falta el abanico y los guantes; cógelos y ven abajo, porque mamá ya debe de estar impaciente.

—Mamá no nos acompaña, respondió Enriqueta, la duele la cabeza y se quiere quedar en casa. Está un poco preocupada porque no ha tenido carta de Pilar desde hace algunos días.

—¡Pobre Pilar! exclamó Esperanza; sin saber porqué no quiero nada á Lord William: cada vez que me daba un beso, tenia ganas de decirle: ¿«Cómo no se ha quedado V. en su país; aquí nadie le quiere, yo he oido decir á muchas personas que los ingleses aborrecen á la Virgen, y el que no la quiere no puede ser bueno.

—Silencio, dijo Enriqueta, ya llegamos á la sala y á mamá no la gusta que hablemos mal de Pilar ni de su marido.

Esperancita guardó silencio, y al abrir la puerta de la habitación, vió á la Duquesa perezosamente estendida en el sofá.

—Mamá, dijo corriendo hácia ella y arras-trando tras sí casi por fuerza á su amiga que no se atrevía á dar un paso: Enriqueta me acaba de decir que no vienes con nosotras, y te traigo á Fernanda para que la conozcas, pues ya sabes que solo la viste aquel dia que estaba yo tan mala, y apostaría cualquier cosa que ni siquiera te fijaste en ella.

—Es verdad, respondió desdeñosamente la orgullosa dama, sin dignarse conceder una mirada á la amiga de su hija: aquel dia estaba pensando en otras cosas, y te aseguro que me tenia muy despreocupada la presencia de una mendiga.

Fernanda bajó los ojos, y si no hubiera sido por el respeto mezclado de temor que la cau-

saba la Duquesa, hubiera dejado correr sus lágrimas, al oírse despreciar de ese modo; pero muy pronto, levantando la cabeza con dignidad, empezó á mirar de frente á la madre de su amiga.

—Mamá, repuso de nuevo la niña mimada; mira á Fernanda; quiero que me digas lo que te parece de ella.

La interpelada se incorporó sobre el sofá y apoyándose en el respaldo, se propuso solo echar una mirada indiferente sobre la huérfana para dar gusto á Esperancita; pero sus ojos se cruzaron con los de Fernanda, y era tan dulce la expresión que animaba á los de esta última, formaban un conjunto tan admirable aquellos rasgos infantiles, que hubieran servido de modelo al más hábil pintor, con la seriedad profunda que se extendía por el semblante de la niña; era tal la hermosura desplegada en aquella cándida fisonomía, que la Duquesa no pudo menos de fijarse en ella. Un pensamiento cruzó entonces por su mente; un nombre muy querido vino á su memoria: palideció por algunos momentos, luego su rostro se encendió de nuevo, y los que estaban á su lado la oyeron murmurar:

—¡Si fuera ella!

—¿Qué dices, mamá? preguntó Esperanza vivamente.

—Nada, hija mia, respondió la Duquesa, arrepintiéndose ya de haber dejado escapar esas palabras de sus labios; me estaba acordando de Pilar cuando era pequeña; se parecía un poco á Fernanda.

—Pero Pilar no tenía los ojos azules, repuso Esperancita, como si se hubiera propuesto atormentar á su mamá.

Afortunadamente para la Duquesa, que no sabia lo que responder á esa sencilla reflexión, la puerta se abrió en aquel momento delante de sus dos hijos, que entraban en traje de visita:

—Vamos, dijo Mariano; el coche nos espera, y ya sabéis que los caballos se cansan pronto de no moverse, sobre todo estando ya á fines de Mayo, porque el calor les escita.

—Sí, pobres animales, añadió Esperancita corriendo hácia la puerta, pero muy pronto se volvió atrás al acordarse que no había abrazado á su mamá, y corriendo hácia ella la rodeó con sus bracitos, dándola un millón de besos: después salió, llevando consigo á Fernanda y seguida por sus demás hermanitos.

Carlitos se subió al pescante con el cochero, á quien quería mucho, porque se reía de sus chistes, y algunas veces le ofrecía materia para improvisar lo que los franceses llaman *des calambours*.

Enriqueta se sentó al lado de Esperanza, Mariano al de Fernanda, y el primero hizo una seña á su hermano para darle á entender que podía empezar á andar el coche; éste tomó las bridas y el látigo de las manos del cochero, y sin que el pobre hombre tuviera tiempo de oponerse á ello, pegó un soberano latigazo, y el carruaje desapareció rápidamente á los ojos de la Duquesa, que había salido á la ventana, y examinaba con atención los menores movimientos de Fernanda.

Cuando se encontró sola en su suntuosa habitación, cayó en una triste y profunda meditación; pero luego, secándose las lágrimas con su pañuelo de fina batista,

—¡No es más que una ilusión! dijo; es una tontería dejarme llevar por esos fantásticos pensamientos!



XV.

Muerte del Vizconde.

ALGUNOS meses hace que oímos la conversación de Md. de Sarins con sus hijos. La enfermedad del Vizconde ha sido más larga de lo que ella pensaba; y en lugar de quedar vencido en los primeros ataques de un mal irremediable, ha luchado con la desesperación enérgica dada por la fuerza de sus treinta y dos años apenas cumplidos; pero por fin, debilitado por los sufrimientos, ha sucumbido á la enfermedad, llevándose consigo al otro mundo, todas las buenas obras ejercitadas durante su corta vida.

Los últimos momentos de Juan de Sarins, fueron tan solo el eco de su vida: había conservado todo el conocimiento, y después de recibir los sacramentos, mandó buscar á un notario para hacer su testamento.

Todos salieron del cuarto del Vizconde para dejarle hablar con más libertad, y cuando volvieron de nuevo, ya extendía la muerte sus sombras siniestras sobre aquel hombre que antes de emprender el viaje de la eternidad, legó todos sus bienes á la caridad cristiana.

Los espectadores cayeron de rodillas, y encendiendo un cirio bendito, rezaron por el alma del que tantos males habia socorrido, y

habia muerto en la flor de la edad, sin el menor sentimiento de las grandezas terrestres. Cuando la emoción general se fué calmando, y despues de que prodigaron los últimos socorros que reclamaba el cuerpo del Vizconde, el notario que habia presenciado sus últimos momentos, echó una mirada sobre la multitud llorosa, que en menos de cinco minutos habia invadido el cuarto de Juan de Sarins, y con voz alterada por la emoción, dirigió la palabra á aquella turba de gente, despues de haber hecho un supremo esfuerzo por no sollozar, como lo hacian las personas que estaban en torno suyo.

—Amigos míos, dijo, tosiendo ligeramente; es un gran hombre el que acaba de morir; un hombre á quien llorareis, pero nunca lo bastante: uno de esos seres nacidos para secar las lágrimas de sus hermanos, para cicatrizar las llagas del que sufre, apagar la llama de la desgracia, y, en una palabra; para ser el protector de los débiles, olvidando su cualidad de gran señor.

Un sordo murmullo de sollozos respondió á estos elogios tan merecidos: el notario se detuvo algunos momentos para dejar desahogar á aquella pobre gente, que gemia por una desgracia tan irreparable, y secándose con el pañuelo una lágrima que brillaba sobre sus canosos bigotes,

—Aún no he concluido, dijo con voz mal asegurada; una acción más noble que las demás, más sublime que todo lo que agradeceis á vuestro generoso protector, ha puesto fin á su corta pero meritoria vida... ¡Sí! Momentos antes de morir, redactó un contrato, por el cual, todos los bienes de que gozaba han pasado á las manos del digno parroco de este lugar. Esa inmensa fortuna, será dividida en dos partes: la primera, para socorrer á los desgraciados; la segunda, para fundar un establecimiento donde todos los que se hallen

dominados por la enfermedad y no tengan suficientes medios para procurarse algún alivio, encuentren siempre asilo seguro y sean recibidos con los brazos abiertos por ángeles de la caridad.

Difícil sería describir el efecto que produjeron estas palabras en los corazones de los que las escuchaban: hay impresiones que la pluma se niega á reproducir, y en esta ocasión la mía se obstina en no querer recorrer libremente.

Aquel día pasó como todos los demás días de la vida; pero si los hay muy felices en el mundo, éste no lo fué ciertamente para los habitantes de *Argeles*.

La noticia de la muerte del Vizconde se había estentido rápidamente, y en todas las casas reinaba el luto más profundo, pues no había vivienda alguna donde no tuvieran que agradecer cualquier favor, al que pobres y ricos amaban.

—A mi me libró al chico mayor de quintas, decía una mujer carrilluda y coloradota, que estaba hablando con animación en medio de un grupo de aldeanas.

—Y á mi, exclamaba otra sonándose con un pañuelo de mil colores, á mi me pagó el médico, las medicinas y los alimentos, cuando se murió mi maridico, (que Dios le tenga en gloria).

—Y á mi me dió ochocientos realazos para comprar ropa á mis crios cuando hacia tanto frio el año pasado, que ni siquiera se podía encender un cacho lumbre sin gastar cinco céntimos de cerillas.

Aquí la conversación fué interrumpida por la llegada de un venerable sacerdote, encorvado bajo el peso de los años. Todas las mujeres le saludaron con respeto y la coloradota, que acababa de llegar á su casa, invitó al señor cura y á todas las aldeanas á entrar á descansar un poco.

—Si, si; respondió una jovencita, cuyos ojos

estaban aún oscurecidos por las lágrimas; ahí podremos hablar más fácilmente de nuestro querido señor.

Tras estas palabras, todas entraron en la cabaña de la buena mujer: ésta, después de haber ofrecido la única silla de gutapercha que encerraba su escaso mobiliario al señor cura, invitó á las demás personas á que se sentaran en unos enormes bancos de madera, á los que daba el nombre de *escaños*.

—¿Qué nos dice V. de la triste nueva? preguntó por fin la más atrevida del grupo femenino al sacerdote que examinaba en aquel momento un tosco crucifijo de encina, colgado enfrente de él.

—No me ha sorprendido; dijo el anciano volviendo, al fin, á tomar el hilo de sus ideas; hacia ya seis meses que nuestro venerado señor luchaba con la enfermedad. Pero, ¡qué gran pérdida hemos experimentado! ¡Qué protector más noble hemos perdido!

Ayer recibió los Sacramentos con las más santas disposiciones; después me preguntó por todas vosotras, y por cuantas personas estaban bajo su autoridad; le respondí exactamente á todo y me disponia yo á marchar, cuando me llamó de nuevo.

—Hubiera deseado, me dijo, vivir más tiempo para socorrer tantas indigencias como nos rodean; pero no ha sido esa la voluntad de Dios. Sin embargo, he resuelto repartir mis bienes entre los desgraciados; muchas reflexiones me ha costado pensar en quién confiaría la fortuna que destino á secar las lágrimas del que sufre. Por fin, me acordé de V., de V., á quien tantas veces he sorprendido haciendo obras de caridad en secreto, y me parece que mis bienes nunca podrán caer en mejores manos que en las de un confesor y director espiritual. Voy, pues, á hacer un testamento, en el que manifestaré el deseo de repartir la mitad de mi fortuna entre los indigentes por

medio de vos; con la otra mitad, quiero que se eleve un hospital para dar asilo á los que por sus sufrimientos físicos merezcan el título de enfermos. Estoy completamente decidido á ello; pero no quiero hacer nada sin antes consultaros, pues ya sabeis que deseo seguir en todo vuestros consejos.

—Eso me parece muy bien, le respondí admirando su decisión. ¿Pero no tiene V. ningún heredero directo?

—Sí, señor; los hijos de mi hermano Eduardo; son tres; pero poseen una inmensa fortuna, y por otra parte, nunca me han demostrado el menor cariño... Me equivoco, repuso luego: la del medio es un angel de bondad; siempre me estaba escribiendo cartitas llenas de flores cariñosas. Con qué gusto la hubiera dejado todos mis bienes!... Pero es rica; mejor empleados estarán en socorrer á los pobres que en las manos de Juanita, porque estoy seguro que su hermana mayor se los arrebataría por medio de alguna injusticia. ¿No le parece á V. que hago bien dejándoselo á los pobres?

—Sí, por cierto, querido hijo mío; si vuestros herederos son ya ricos, habeis tomado el mejor partido y estad seguros que no sembrareis vuestros favores sobre corazones ingratos.

—¡Oh; eso jamás! contestaron á la vez todas las aldeanas.

—Nunca; añadió la más vieja del grupo secándose dos lágrimas con la punta del delantal.

El sacerdote, conmovido hasta lo íntimo del corazón, se levantó, y después de bendecir á aquel puñado de fervorosas cristianas, se dirigió lentamente á su modesta morada, apoyándose sobre un gruesísimo bastón, fiel amigo de su vejez.

La noche que sucede á un día de aflicción y de lágrimas, suele ser pacífica; porque tanto el espíritu como el cuerpo, necesitan el reposo de que han carecido durante el día. Esto sucedió á los habitantes de *Argeles*; se durmieron

á una hora avanzada, regando su lecho de lágrimas amargas, y la mayor parte de ellos no se despertaron hasta que los ecos lastimeros de las campanas vinieron á recordarles que ya era hora de cumplir el último deber con el llorado Vizconde: «Enterrarle.»

Todos saltaron inmediatamente de la cama, se vistieron con enlutadas ropas, las madres agarraron á sus hijos de la mano, los hombres se formaron en grupos, las jóvenes se juntaron ya con una tia, ya con una amiga, y todos se fueron á la iglesia, donde, según costumbre francesa, entra el cadáver antes de que la losa mortuoria se abra un momento ante él para volverse á cerrar hasta el fin de los siglos.

Después de esta triste ceremonia, todos se marcharon á sus casas: los maridos se separaron de sus mujeres para ganar el pan de cada dia.

Y las inmensas puertas de hierro del castillo de Sarins fueron cerradas en señal de luto.



XVI.

Un paso hacia atrás.

Como la enfermedad del Vizconde se había prolongado más de lo que esperaba Md. de Sarins, ésta, contando firmemente con la fortuna de su hermano político, se lanzó en una vida mundana, que casi consumió todos sus bienes.

Un día en que la hacía falta una suma considerable para pagar sus gastos exagerados, después de haber reflexionado mucho tiempo sin poder resolver aquel cruel problema, se decidió á consultar con Teresa y se disponía á ir á buscar, cuando esta apareció envuelta en un magnífico chal de encaje crema.

—Buenos días, mamá, dijo sonriéndose. ¿Qué tal has dormido esta noche?

—Mal, Teresa, contestó la Marquesa cerrando los ojos y dejándose caer en una mullida butaca.

La joven se sentó al lado de su madre, y con ese cariñoso acento que sabía tomar cuando la convenía, le preguntó por qué causa no había podido descansar.

Madama de Sarins anduvo con mil rôdeos y por fin llegó al punto que la preocupaba. Teresa pensó mucho tiempo, pero también en vano: por fin, su madre viendo que no la ofre-

cía ningún remedio, se levantó con el ardor de la fiebre, dió dos ó tres vueltas por su cuarto y sentándose de nuevo,

—¿Quiéres que sigamos divirtiendonos? dijo clavando su mirada en la de su hija.

—Si, mamá, respondi ó ésta.

—¿Quiéres que nuestra casa conserve el esplendor que despliega desde hace tres meses?

—Si; contestó de nuevo la joven.

—Pues bien: eso está en tus manos. Escúchame. Juan de Sarins se morirá de un día á otro; nos declarará únicas herederas de su fortuna; pero la enfermedad puede prolongarse y entonces si quieres poner á mi disposición lo que te corresponde por parte de tu padre, podremos seguir ocupando el primer lugar en la sociedad, y cuenta con que todo lo que gastemos de lo que te pertenece, te será devuelto cuando heredemos los inmensos bienes de tu tío.

Teresa había escuchado con gran atención estas últimas palabras: Md. de Sarins estaba ansiosa esperando como el único medio de salvación la respuesta de su hija; así es que cuando esta dijo resueltamente:

—Siento mucho lo que te sucede, mamá; pero no consiento que toques ni á un céntimo de lo que me pertenece: estoy en una edad donde se vá á decidir mi posición de un día á otro, y si por casualidad el Vizconde no viniera á morir, ¿qué sería de mi cuando hubieras gastado todo mi patrimonio? Ya sabes que ahora el dinero vale mucho, y por mi parte jamás me entregaré á un hombre que no me ofrezca bastantes riquezas para satisfacer mis menores caprichos; pero para eso necesito yo también presentarle un buen capital.

—Así, pues, murmuró la Marquesa palideciendo, ¿estás muy resuelta á renunciar á toda clase de diversiones?

—Si para eso necesito sacrificar mi herencia, prefiero...

—Pero te repito que tanto como gastemos de tu capital, te será devuelto sobre los bienes del moribundo sin que lo sepan tus hermanos.

—Te he dicho no quiero que toques á nada de lo que me pertenece, y permanezco en mi primera idea, exclamó con impaciencia la joven.

—Está muy bien, Teresa; haz el favor de marcharte, porque tengo sueño y voy á tratar de descansar.

La joven se envolvió de nuevo en su vaporoso chal y salió con bastante mal humor del cuarto de su madre. Aquellos hermosos rasgos contrastaban peniblemente con la lánguida palidez que el insomnio habia estendido sobre toda su fisonomia, y cuando llegó á su habitación, se dejó caer sobre una butaca murmurando:

—¡Soy muy desgraciada, todo se pone contra mí!

Y un torrente de lágrimas acabó de envolver en la más profunda melancolia aquellos hermosos ojos azules.

¡Pobre Teresa; era verdaderamente tan desgraciada como ella decia: habia perdido por completo la fé, y en el momento en que la contemplamos, acababa de abrir un libro impio en el que la ignorancia humana se negaba á conocer la divina sabiduria, en el que la criatura se rebela contra su Criador; un libro en fin, en el que una mano profana habia trazado líneas sacrilegas que hubieran hecho ruborizar á todo hombre, en cuyo corazón no estuviesen borradas todavia las máximas inculcadas en las horas felices de la niñez.

Pero ese libro respondia demasiado á los pensamientos de Teresa, para que ella renunciase á leer con ansiedad su contenido; esas líneas halagaban demasiado su orgullo, para que no las recorriese con avidez; y mientras iba adelantando, el rubor enrojecia sus mejillas.

llas; pero un momento después, una irónica sonrisa iluminaba su semblante mientras que, con mano agitada por el ardor de la fiebre, iba volviendo las páginas con una extraña rapidez; y no es eso lo peor: mientras que la hija mayor empapaba su alma en esas lecturas, su madre estaba embebida en otras mucho peores, dando así el ejemplo del mal, que era desgraciadamente seguido por sus hijos.

Juanita, como ya se habrá V. figurado, era la única que no seguía ese funesto torrente; y mientras su madre encontraba un sumo gozo leyendo libros profanos, mientras que su hermana se embriagaba con lecturas prohibidas, mientras que Luis, en fin, seguía el ejemplo de la que, en lugar de llevarle por el camino del paraíso, le abría las puertas del infierno, ella, pacífica, con el alma serena, rezaba al Rey inmortal para que retirase su cólera de aquellos seres que la eran tan queridos.

¡Ay! Sin ese ángel de bondad, cuántas veces el Dios de misericordia, pero también de justicia, hubiera dejado caer el castigo sobre aquella madre que preparaba la ruina de sus hijos, y sobre aquellos hijos que no conocían más ley que sus desenfrenadas pasiones. Pero si diez justos hubieran bastado para salvar á las ciudades nefandas, ¿cómo no había de bastar un ángel para conseguir el perdón de su familia?

Teresa se cansó por fin; echó una mirada alrededor suyo, y viendo los vestidos de baile de la noche antecedente tirados sobre una butaca, se acordó de la realidad.

—Así pues, dijo con voz ronca; ¡tendré que renunciar á esas fiestas que tanto me gustaban? ¡Tendré que decir adios, hasta que se muera mi tío, á ese mundo que tanto me halagaba, á esa sociedad tan amable que me colmaba de elogios? ¡Qué desgraciada soy!...

Y al decir estas palabras, se levantó de su asiento, arrancó con violencia el chal que cubría sus espaldas, se vistió más rápidamente

de lo que acostumbraba, y empezó á dar vueltas por su cuarto.

—Sí, dijo por fin, después de haber reflexionado largo rato; voy á poner mi patrimonio á su disposición, puesto que es el único medio que me queda de divertirme.

Tras estas palabras, atravesó un largo pasillo y quiso entrar en el cuarto de su madre; pero en vano, pues la Marquesa se habia encerrado en él después de dar orden á su doncella de no dejar entrar absolutamente á nadie.

Teresa dió mil vueltas para abrir la puerta; por fin, desesperada de sus inútiles esfuerzos, empezó á llamar á grandes gritos á la doncella de su madre.

—¿Qué quiere V.? respondió una voz chillona.

—Ven acá, mentecata, gritaba Teresa.

Un perfil irregular apareció por el pasillo y dos ojos verdes se clavaron en la hija de la Marquesa. Esta preguntó á Dolores porqué su madre se habia encerrado; pero no obtuvo mas respuesta que algunas palabras incoherentes, por las cuales, pudo sospechar que Md. de Sarins no queria ver á nadie y que se quejaba mucho de la cabeza.

Teresa se fué de nuevo á su aposento, donde recibió al poco tiempo, la visita de Juanita.

Mientras las dos hermanas hablan de sus cosas, penetraremos discretamente en el cuarto de la Marquesa, para tratar de descubrir por qué causa permanece obstinadamente encerrada.

Apenas Teresa se hubo marchado, después de tener con su madre la confidencia que hemos oido, cuando Md. de Sarins, abrió uno de esos libros que la eran familiares, y se entregó en cuerpo y alma á su lectura.

Fué interrumpida, sin embargo, por Dolores que la trajo el correo; la Marquesa vió que por medio de las cartas se descubria un telegrama, y en cuanto se encontró sola, le rasgó con toda

la presteza que la fué posible; pero muy pronto palideció al recorrer unas cortas líneas.

—Todo está perdido, dijo al tirar fuertemente de la campanilla.

Dolores apareció al mismo instante.

—¿La señora Marquesa me llama? dijo inclinándose ligeramente.

—Sí; respondió Md. de Sarins; es para decirte que no quiero ver á nadie hoy, porque tengo un fuerte dolor de cabeza y voy a tratar de descansar.

De buen descanso estaba gozando. Sentada ante una elegante mesita, la frente inclinada hácia el suelo, buscaba, pero en vano, un medio de conjurar su apurada situación.

Al cabo de tres horas de angustia, oyó llamar á la puerta.

—¿Quién es? preguntó tratando de dar á su voz una fingida languidez.

—Yo; Teresa, contestó la joven desde fuera.

—No puedo abrirte; padezco mucho de la cabeza.

—Un momento solo, mamá...

La Marquesa no contestó; Teresa siguió suplicando, y por fin, viendo que todo era inútil, escribió unas líneas con lapiz y metió el papel por debajo de la puerta.

La Marquesa se levantó; un rayo de esperanza brillo en sus ojos, y segun recorria las líneas trazadas por la mano de su hija, la satisfacción iluminaba su palido semblante.

Teresa se habia quedado á la puerta: cuando Md. de Sarins descorrió el cerrojo, la joven entró con su madre y fué recibida tan bien como ella esperaba.

La madre y la hija entablaron una conversacion de las más animadas, dando por resultado quedasen satisfechas la una y la otra de aquel dia tan memorable.



XVII.

Fin trágico.

SUPONGO la estará á V. picando la curiosidad por saber lo que encerraba aquel parte que hizo palidecer á Md. de Sarins.

Creerá, sin duda, era el que anunciaba la muerte de su cuñado, y tambien el testamento que había hecho, dejando por únicos herederos de sus bienes á los desgraciados. Pues está usted equivocada, pero muy equivocada: aquel parte no trataba de eso; aquel parte no estaba escrito por ninguna mano amiga, sinó por un acreedor de los que rodeaban á la Marquesa. Ese acreedor pedia nada menos que 150.000 pesetas para el dia siguiente, amenazando con la justicia á Md. de Sarins, si no le pagaba todo, pero sin el menor retraso.

Ahora comprenderá V. facilmente la triste situación de aquella dama orgullosa, que, á fuerza de gastar más de lo que podia, había llegado á ocupar el primer lugar en la aristocracia, y se veía caer de lo más alto del mundo escogido á lo más profundo de la deshonra.

Afortunadamente para ella, Teresa, que al principio se opuso á comprometer su patrimonio, se dejó convencer, por fin, contando con que todo lo que la fuera pedido la sería tam-

bién devuelto con creces, el día en que muriese su tío.

Ahora que he explicado lo que, sin duda alguna la había parecido á V. un enigma, volveremos á casa de la Marquesa y la encontraremos como el día anterior, sentada en su cuarto, y también esperando con impaciencia el correo. Pasaron algunos minutos sin que el menor movimiento se oyera en la habitación.

Por fin, la puerta se abrió pausadamente, y pausadamente también aparecieron los ojos verdes y el perfil irregular de Dolores.

—¿Traes el correo? preguntó con ansiedad Md. de Sarins.

—Sí, señora. Tres cartas para la señora Marquesa, tres para el señorito Luis, una para la señorita Teresa, y...

—¿Te has propuesto impacientarme?

—La señora Marquesa bien sabe que yo siempre hago lo que desea.

—Pues entrégame las cartas y márchate inmediatamente.

—La señora Marquesa será satisfecha.

Y Dolores, dejando asomar una irónica sonrisa en sus labios descoloridos, dió una graciosa media vuelta y desapareció.

Md. de Sarins habia recorrido los sobres y fijándose en uno gris de grandes dimensiones, le rasgó y leyó ávidamente su contenido; pero como si no se hubiera enterado bien, le volvió á leer y, por fin, tirándole sobre la mesa, murmuró:

—Estaba loco, pero yo soy la que pago:

Dos lágrimas de rabia asomaron á sus ojos.

Tras de aquellas dos lágrimas, siguieron otras dos que fueron seguidas por dos más, hasta que por fin, el llanto de la desesperación, vino á descargar el oprimido pecho de la Marquesa.

—Estoy perdida, murmuraba entre sollozos; estoy deshonrada; antes de un mes la justicia me arrebatará este palacio y mis hijos verán

para siempre destruido su porvenir. Pero, ¿qué me importan mis hijos? ¿No son ellos los que han causado mi desgracia? ¿No ha sido Teresa la que me ha inducido constantemente á gastar más de lo que podía?... ¡Ah! Si yo no la hubiera escuchado! ¡Si en lugar de seguir sus consejos, me hubiera dejado guiar por Juanita... Estoy perdida... completamente perdida!...

Desde que la Marquesa había empezado á sollozar, Teresa estaba en el umbral de la puerta; cuando oyó pronunciar su nombre, se escondió entre una rica cortina de damasco oro viejo, y de esa manera pudo presenciar, sin ser vista, la desesperación de su madre. Como todos los corazones egoistas, que no están dominados por la religión, de lo primero que se acordó Teresa, fué de su persona; y cuando oyó decir que estaba perdida, la dieron ganas de ir inmediatamente á preguntar qué desgracia había sucedido; pero luego pensando que quizás su madre la negase algo de la verdad, resolvió permanecer oculta á fin de averiguar de qué se trataba.

La Marquesa siguió desesperándose, maldiciendo á todos los seres humanos y diciendo siempre que estaba perdida, arruinada.

Por fin, rendida de tanto sollozar, anonadada bajo la idea de no poder brillar, como siempre había sido su sueño dorado, se quedó dormida en apariencia, pero desmayada en realidad. Entonces, Teresa salió de su escondite, y en lugar de preocuparse del estado de su madre, como hubiera hecho toda buena hija, se precipitó sobre el escritorio para ver si algo podía indicarla qué desgracia les amenazaba. Primero no vió nada; pero, por fin, examinando atentamente el escritorio, sus ojos fueron á dar con la carta que media hora antes, la Marquesa había dejado descuidada, después de estrujarla entre las manos. Teresa cogió rápidamente el papel, y en el espacio de un

segundo, se enteró de la muerte de su tío (pues de eso trataba la carta) y del testamento hecho en favor de los pobres.

Lo que pasó por su alma no trataré de explicártelo; sería necesario comprender cómo siente un corazón egoísta, en toda la extensión de la palabra, para poder dar nombre á la lucha que sostuvo con sus mismas pasiones; por fin, sin siquiera dirigir una mirada á la infortunada Marquesa, que permanecía inmóvil y livida como un cadáver, salió del cuarto y dirigiéndose al gabinete, su dorado entrecejo se contrajo de pronto bajo la impresión de una nueva idea y gritó con ira salvaje:

—Yo he de brillar, lo juro; si mi madre no me devuelve lo que engañada me ha cogido, la denuncio ante los tribunales.

Y después de haber proferido esa amenaza, después de haberse rebelado contra la misma que la dió el sér, se encerró en el gabinete, donde mil proyectos extravagantes, y hasta vergonzosos, se sucedieron en su imaginación.

Pasaron diez minutos y la Marquesa continuaba en el mismo estado; ya eran las doce de la mañana: tres cuartos de hora hacía que que Md. Sarins se habia desvanecido. Por fin, Juanita, sorprendida de no ver por ningún lado, ni á su madre, ni á su hermana Teresa, resolvió ir á enterarse de lo que sucedía, y corrió al cuarto de la Marquesa, alegre y contenta, creyendo encontrarla, como siempre, escribiendo alguna carta, ú ojeando cualquier libro de los que desgraciadamente tanto la gustaban. Antes de entrar, se detuvo algunos instantes; nada se oía en el aposento de su madre. De pronto, se oprimió su corazón, una fuerza invisible le clavaba en aquel sitio y no la dejaba hacer ningún movimiento. Por fin, luchando con ella misma, abrió la puerta, y la descompuesta fisonomía de Md. de Sarins, la aterrorizó al presentarse ante sus ojos.

Al verla tan pálida, tan inmóvil, creyó por un instante, que la vida la había abandonado; pero después, con un heróico valor, se acercó á aquella á quien tanto quería, puso sus labios ardientes sobre la frente helada de su madre, y con una fuerza sobrenatural, estrechó entre sus brazos aquél cuerpo inanimado. Al contacto de su hija, la Marquesa se estremeció y Juanita, al ver aquel debil movimiento, tiró de la campanilla, sintiendo la esperanza penetró en fin en su corazón.

Dolores, según su costumbre, apareció inmediatamente; Juanita conociendo su caracter exagerado, no la dejó entrar en el cuarto, pues sabía de antemano que hubiera empezado á dar gritos, y eso era lo que ella no quería.

Salió, pues, al pasillo y en cuanto vió llegar á la doncella de su madre, la mandó corriendo á buscar los mejores médicos de Madrid.

Mientras estos llegaban, frotó las sienes de Md. de Sarins con vinagre, la hizo respirar sales bienhechoras, y consiguió, al fin, que fuera volviendo en sí poco á poco.

Entónces llamó de nuevo, y ayudada de su doncella, trasladó á la cama á su madre.

Apenas habia concluido, cuando la puerta se abrió ante un caballero de noble aspecto y de fisonomía reflexiva: otro entraba detrás de él, de alta estatura, hermosa frente y grandes bigotes; se inclinó ligeramente ante la bella jóven.

Aquellos dos hombres eran dos sabios; dos notabilidades en el mundo médico, y cuando uno de ellos sentenciaba á cualquier enfermo, ya no tenia remedio, su muerte era segura.

Los dos caballeros se acercaron á la enferma; Juanita, anhelante, se acercó también; su corazón latia con una fuerza extraña, como si se la fuera á partir el pecho.

Pocos instantes necesitaron aquellos dos hombres para examinar á la Marquesa; pero por uno de esos casos excepcionales, ninguno

comprendió lo que tenía. Por eso, cuando Juanita preguntó qué era lo que había acontecido á su madre, el más alto de los caballeros tomando la palabra, contestó:

—Si V., señorita, no nos dá ningún por menor sobre los antecedentes de este desmayo, nos vemos en la imposibilidad de poderla decir (por lo menos hasta que la enferma vuelva completamente en si), si esto ofrece ó no gravedad; puede ser una cosa de poco cuidado, como una que concluya brevemente con la vida de la señora Marquesa.

Juanita se quedó pensativa, y luego dirigiéndose á los medicos,

—Ustedes dispensen caballeros, dijo dirigiéndose hácia la puerta, si por unos momentos les dejo solos; dentro de poco volveré y creo podré darles alguna explicación.

Los dos caballeros se inclinaron, no sabiendo qué contestar á tan amable jóven; y Juanita, después de dirigir una mirada á su madre que permanecía en la misma insensibilidad, salió precipitadamente.

Iba corriendo por aquel inmenso palacio, abriendo todas las puertas que encontraba en su paso. Buscaba á su hermana, y su hermana no parecía. Por fin, entró en el gabinete y se quedó indecisa al contemplar el estado en que estaba Teresa; sus hermosos cabellos erraban sobre sus espaldas; sus ojos estaban hinchados de tanto llorar, y la blancura de aquel cutis ideal habia desaparecido bajo un color amarillo, lívido.

—¿Qué tienes? preguntó sin salir de su asombro.

—Nada; márchate; déjame en paz.

Juanita iba á obedecer, pero acordándose del estado de su madre y creyendo firmemente que su hermana sabia lo que la habia causado, retrocedió, y con ademán enérgico preguntó sin vacilar:

—Tú sabes lo que ha sucedido á mi madre: dimelo.

Teresa clavó su azulada mirada en la jóven, pero no contestó. Entonces ésta acercándose á su hermana, volvió á repetir:

—Teresa, si quieres á nuestra madre, dime lo que ha sucedido, porque tú puedes salvarla, ó de lo contrario.....

Sin dejar concluir á su hermana, Teresa tiró bruscamente el papel gris sobre un velador y salió del gabinete. Juanita cojió la carta, recorrió las líneas que habian asustado á su madre y á su hermana, y también se estremeció.

—¡Pobre tío Juan! dijo, deseaban tu muerte y eras el mejor de los hombres.

Al decir estas palabras, había recorrido de nuevo el espacio que la separaba de su madre. Entró en el cuarto de la Marquesa; ésta iba recobrando poco á poco la vida. El más alto de los caballeros salió al encuentro de la jóven.

—Señorita, dijo, hable V. pronto, porque el estado de su madre se vá complicando de más en más.

Juanita iba á contestar, pero un ligero carmin coloreó sus mejillas. ¿Tendría suficiente valor para revelar al médico que estaban casi arruinadas? Pero no era hora de vacilar; Juanita lo comprendió y dijo resueltamente:

—Es muy duro, caballero, para una Marquesa, seguir los golpes de la fortuna; ésto es lo que ha sucedido á mi madre; cuando menos lo pensaba, y cómo nunca la acostumbraron á sufrir, ha caido bajo el peso de la desgracia.

—En ese caso, señorita, no respondo de la vida de la Marquesa, porque con una imaginación tan viva como la de su madre de V., esa situación es muy temible.

Un sollozo se escapó del pecho de Juanita. Md. de Sarins abrió los ojos y murmuró con voz apenas inteligible:

—Teresa, no me maldigas; tu patrimonio ha

servido para cubrir gran parte de mis deudas, ya sabes que tú me hacías gastar constantemente.

Suspiró y luego repuso:

—Me maldices, no me quieres tener por madre... pues bien, adios... me muero... ya lo ves...

Juanita se acercó entonces á la Marquesa.

—Mamá, murmuró dulcemente á su oído, Teresa te quiere, yo también; pero no olvides que el amor de Dios vale más que el de los hombres; acuérdate ahora de ese Rey coronado de espinas que dió por tí hasta la última gota de su sangre; ofrécele siquiera los postremos momentos de tu vida.

—Dios, Dios! ¿en qué me ha querido á mi? ¿No me ha arruinado? ¿No me ha arrebatado hasta el cariño de mis hijos?... Me muero, adios, no me maldigas.

Un ligero suspiro siguió estas palabras... ¡era el último!... La Marquesa habia dejado de existir.

Juanita lanzó un grito desgarrador, besó con efusión aquellas manos yertas, y murmurando entre sollozos entrecortados:

—Dios mio! compadeceos de nosotros, somos huérfanos y sin apoyo en este mundo!... Cayó desvanecida sobre el cadaver de su madre.



XVIII.

La primera comunión.

ERA un hermoso día del mes de Julio.

La artística capilla del castillo de Cristián, bajo cuyas bóvedas duermen, esperando la voz del ángel que anunciará la resurrección, tantos nobles guerreros, tantos héroes que sucumbieron en el campo del honor, ilustrando con su muerte gloriosa el nombre de Cristián, está iluminada por millares de luces; los cánticos sagrados resuenan en sus antiguos muros.

Pero lo que más llama la atención, en medio de aquellos cirios resplandecientes, á toda la gente reunida para tan augusta ceremonia, son dos niñas vestidas de blanco, coronadas de flores también blancas, y sobre todo respirando inocencia y candor. Aquellos ojos candorosos no miran más que hacia el altar; aquellas manitas de nacar están cruzadas sobre el pecho y á aquellas mejillas encantadoras solo la emoción sonrosa delicadamente.

Fernanda y Esperanza van, en fin, á poseer la dicha esperada con tanto afán, y dentro de unos instantes recibirán al Dios amigo de los niños.

¡Cómo latían sus corazones en sus pechos infantiles! ¡Qué santo temor se ha apoderado de aquellas almas inocentes! ¡Ah! ¡Nunca han

sentido tan dulce emoción apoderarse de ellas! ¡Jamás sus imaginaciones han subido con más rapidez hácia el trono de los ángeles!...

Pero el solemne instante ha llegado, y mientras Enriqueta, mezclando su voz melódiosa á los suaves acordes del armonium, entona con acento sublime una divina plegaria, en la que vá envuelta toda su alma y todo su amor hácia Aquel á quien escogió por su único esposo, las dos niñas se adelantan timidamente hácia el altar.

Los Duques no separaban un momento los ojos de las dos comuniantas, cuando después de haberse levantado de sus reclinatorios, conducidas por sus ángeles custodios se sentaron en la santa mesa: cuando vueltas á sus sitios permanecieron arrodilladas, las manos cruzadas, las mejillas bañadas de lágrimas que caen dulcemente de sus ojos cerrados, ¡ah! entonces todos los corazones se sintieron conmovidos; entonces todas las personas presentes recordaron con emoción aquel día hermoso cual ninguno, en el que Dios bajó por vez primera á sus fervorosos pechos.

Después de misa, una mesa elegantemente servida esperaba á la aristocracia madrileña que se había dignado asistir á tan augusta ceremonia.

Todos rodearon á Esperanza y Fernanda que habían acudido á los brazos de Enriqueta; pero ésta, después de haber recibido y distribuido abundantes caricias á las dos niñas, se retiró discretamente para dejar á los convidados más libertad de interrogarlas.

Fernanda y Esperanza gustaron á todo el mundo; la una por su respetuosa timidez; la otra por sus graciosas ocurrencias: pero luego, cuando se hubieron alejado, los convidados fueron formándose en grupos y entonces las murmuraciones, que nunca faltan, formaron el tema principal de la conversación.

—¿No os parece muy original, decía una vie-

ja Marquesa espléndidamente vestida, que la Duquesa deje estar á todas horas con su hija á esa mendiga?

—Es cierto, contestaba la baronesa del Olivo, ¡y ella que es tan orgullosa!

—Quién, baronesa?

—Pues, ¿de quién estamos hablando? de la Duquesa de Cristián.

—Vamos, señores, dijo Mariano elevando la voz, ¿quieren ustedes tomar algo? pues me parece que aquí hemos venido para eso.

Todos obedecieron á la invitación: Fernanda y Esperanza por orden del Duque, ocuparon los sitios de honor; los demás convidados fueron colocándose respectivamente.

Por fin, todo terminó, y las personas que habían llenado el castillo fueron retirándose poco á poco, menos las más íntimas que se quedaron el resto de la tarde.

—Gracias á Dios; murmuró graciosamente Esperanza, dejando escapar un suspiro de satisfacción al oír el ruido del último carruaje que se alejaba. ¡Qué ganas tenía de estar contigo sola, Fernanda!

—Yo también, Esperanza mía; un día como el de hoy me parece que no debe ser consagrado más que á Dios, y con tanta gente no se puede pensar únicamente en Él.

—Las dos niñas permanecieron un momento silenciosas: por fin, Esperanza levantó la cabeza que maquinalmente había dejado caer sobre el pecho.

—Estás triste, Fernanda, dijo fijando sus ojos negros en los de su amiga, y hoy no debías pensar más que en alegrarte.

—Es cierto, contestó la huérfana con encantadora sonrisa: no dejo de pensar en mis padres, á quien nunca he conocido y que hubieran sido tan felices presenciando hoy mi dicha, y al ver á los tuyos, tan colmados de alegría abrazarte con efusión, no puedo contener mis lágrimas, y mi corazón sufre dolorosamente,

También me acuerdo mucho de Casilda; si hubiera hecho la primera comunión contigo y conmigo, ¡qué contenta estaría!

—Pero siempre me estás hablando de la que llamaste tanto tiempo hermana y todavía no sé por qué se ha marchado de tu lado:

—Nada más fácil. Yo ya te he repetido varias veces, que no tengo, ó creo no tener familia en este mundo; pero á Casilda no la sucedía lo mismo; numerosos hermanos de sus padres reclamaban sin cesar á Casimira, que por entonces era nuestro único apoyo, la posesión de Casilda, á quien quieren con delirio; pero la anciana no quería separarse de su nieta: en fin, después de rehusar muchas veces, un día en que vino á la choza, el hermano mayor de la madre de Casilda, explicó á la pobre viejecita cuán preferible era para su nieta aprender un oficio honroso costeadó por él, que mendigar de puerta en puerta el pan que más de una vez la era rehusado. Casimira, aunque tiene un genio muy brusco, como sabes, es buena, y comprendiendo que los intereses de Casilda consistían en una separación, costosa sin duda alguna, pero también muy ventajosa, consintió por fin, en privarse de las caricias de su nieta para-asegurar su porvenir.

—Todo esto me parece magnífico, contestó la traviesa Esperanza; pero lo que no está bien es que compadezcas á Casimira estando tú que vales por cincuenta Casildas juntas con ella.

—Te ciega el cariño, Esperanza: en primer lugar, Casilda era mucho mejor que yo; y en segundo, aunque yo valiera por cincuenta juntas, como dices, aquella siempre era su nieta, y yo por mucho que la quiera, por muy agradecida que esté de sus favores, por más que la llame con toda la efusión de mi corazón abuelita, nunca dejaré de ser para ella una extraña.

Esperanza iba á contestar, cuando la puerta

se abrió ante Carlitos acompañado de su favorito Pinto.

—¿Qué estais cuchicheando? preguntó el recién llegado, mirando sucesivamente á las dos niñas. Esperanza contestó siguiendo la broma:

—A ti no se te importa.

—Me importa, porque en cuanto viene Fernanda, te apoderas de ella, con eso impides á los demás gozar de su compañía.

—Bastante compañía te hace Pinto, del que no te separas un momento.

Los ojos de Carlos brillaron como brillan los de todos los muchachos traviosos cuando meditan alguna fechoria; pero cambiando de pronto de expresión, se volvió hácia Fernanda diciendo:

—Todos los de casa me envían por vosotras porque quieren terminar el día de hoy, yendo al oratorio un corto rato.

—Eso habíamos pensado hacer, contestó con indecible vivacidad Esperanza.

—Pues vamos.

Carlitos dejó pasar delante á la tímida Fernanda; pero cuando quiso salir Esperanza, se precipitó él primero y la encerró en el cuarto. Esperanza en cualquier otro día, se hubiera ofendido de la travesura de su hermano; pero hoy hizo todo lo contrario; se echó á reir y después empezó á correr con tal agilidad que adelantó á sus dos compañeros.



XIX.

Pilar en su casa.

EN una de las risueñas plazas de Cádiz llamada la plaza de Mina, se oyen deliciosas músicas; todos los balcones de aquellas casas de marmol blanco, están completamente llenos del mundo elegante que las habita. En vano se buscaria alguna pobre vivienda, alguna persona de mediana posición: por todas las partes donde dirijamos la vista, encontraremos gente espléndidamente adornada, perdiéndose entre las flores de sus *cierros*.

Un grupo, sin embargo, debe de llamar más nuestra atención, ya por ser de los más bellos, ya porque en él encontraremos á personas conocidas.

Dirigiendo la mirada á un principal, veremos á una mujer muy joven, de alta estatura, de ojos negros y rasgados, donde se confunden el fuego y la altanería. Sus cabellos de ébano, hacen resaltar aún más la blancura de aquella hermosa frente: el carmin parece revelarse en toda su belleza en aquellos labios que, al entreabrirse, dejan ver dos carreras de finisimas perlas: en una palabra, la naturaleza parece haber dotado de toda su magnificencia á aquella altiva joven.

Al lado de ella, un caballero, también de

pocos años, la contemplaba con orgullo. Es muy alto, rubio, y sin embargo, sería difícil definir el color de aquellos ojos que un momento brillan con siniestra energía para tomar un instante después la expresión de la más perfecta indiferencia.

No sería necesario observar mucho tiempo á aquellos dos esposos para comprender que la una es de esas españolas legítimas y que el otro pertenece á la flegmática raza de los hijos de Albión. Habrá V. comprendido, sin duda, que se trata de Lord William y de su esposa.

—Te repito que es de absoluta necesidad que recibas hoy ó mañana, decía el inglés mirando con pasión á su mujer.

—Si te empeñas... contestaba ésta bajando la cabeza.

—Ya sabes que no tengo más voluntad que la tuya, Pilar; pero me parece que haciendo un mes que estamos aquí, debías conceder lo que tanta gente te pide desde que hemos llegado.

Pilar no contestó; pero recostándose en el balcón, paseó algunos momentos su altiva mirada por la gente que la rodeaba.

—William, dijo por fin; comprendo que tienes razón; voy á recibir todos los miércoles y empezaré desde mañana.

Una sonrisa de satisfacción iluminó la fisonomía de lord Barclay.

—¿Te encuentras bien aquí? preguntó á su esposa, después de una corta pausa.

—¿Qué pregunta! contestó la joven; ya sabes que vivir en Cádiz ha sido siempre mi pasión.

La música cesó y todos los *cierros* fueron quedándose poco á poco solitarios.

Lord William se retiró también, pero su esposa permaneció aún en el balcón largo rato.

Pilar conservaba el carácter imperioso que siempre la había distinguido, pero sin apercibirse de ello, se dejaba dominar por su esposo, que sin embargo no parecía tener más

ambición que la de ver feliz á la que contra la voluntad del Duque, habia escogido para su compañera.

Al día siguiente, los dos esposos estaban en la sala esperando á las numerosas visitas que se habian hecho anunciar.

—Cuánto tardan, decía Pilar con impaciencia.

—Aún no son más que las tres de la tarde.

Cuando William acababa de pronunciar estas palabras, un carruaje se detuvo ante la puerta de su casa. Cinco minutos después, el ayuda de cámara, encargado de introducir á las visitas, anunciaba el cónsul ingles y su familia.

—Voy á presentártelos, digo Willian, adelantándose hácia sus amigos.

Una señora rubia, bastante delgada y sin más hermosura que dos ojos azules, extraordinariamente grandes y expresivos; entraba á su lado un caballero, también rubio y también delgado, parecía la sombra de su persona. Dos jóvenes les acompañaban, John, muchacho de 16 años, parecía haber robado á su madre los ojos que formaban su hermosura y á su padre la nariz aguileña que tan pronunciada se distinguía en su demacrado rostro. Harriett, por el contrario, no se parecía ni á sus padres, ni á su hermano. Su semblante siempre risueño, siempre sonrosado, iluminado por dos ojos castaño oscuro, si no reunía la belleza más perfecta, por lo menos poseía una gracia hechicera.

Su esbelto talle, su estatura proporcionada, sus diminutos pies y sus manos aún más pequeñas, la hacian encontrar siempre encantadora, siempre graciosísima!..

Nunca se hubiera creído ver en ella á una inglesa: parecía andaluza legitima, andaluza, nacida en un rincón de la hermosa Sevilla, donde siempre se encuentra la gracia más ideal.

Después de las presentaciones de costum-

bre, el cónsul y su mujer empezaron á hablar con la esposa de Barclay, que gustó mucho á todos, pero principalmente á la graciosa Harriett. Apenas habian pasado diez minutos juntos, cuando nuevas visitas vinieron á distraer á Pilar.

El capitán general y su familia, los señores de Locker (Ingléses), las señoritas de Gullón, la baronesa de Garcigrandi, se sucedieron rápidamente, quedándose por fin Pilar, sola con esta última.

La baronesa, mujer muy lista, comprendió en seguida que Pilar era una jóven orgullosa, amiga de la adulación, y como la sonreían esas relaciones con la señora de Barclay, empezó á decirle el gusto que tenia de conocerla, lo mucho que ya habrán hablado de ella en Cádiz, etc., etc.

Pilar creyó en las palabras de la baronesa, y pasó con ella mucho tiempo completamente entusiasmada.

Delfina de Garcigrandi se despidió, por fin, de su nueva amiga, prometiéndole volver sin falta al siguiente miércoles, y haciéndole prometer no dejar de ir á su casa todos los sábados, que era su dia de recepción.

—¿Qué te han parecido mis amigas? preguntó William á su esposa, cuando se hallaron de nuevo solos.

—Muy buenos, muy amables y sobre todo con mucha costumbre del gran mundo. La hija del cónsul es encantadora ¡Qué pie!.. ¡qué mano! ¡qué gracia tan particular!.. Pero sus padres y su hermano son unos verdaderos tipos: la señora todavía, pase; tiene unos ojos arrebatadores, pero el padre y el hijo....

—Los ojos de John son los de su madre...

—¡Cierto! pero, en un hombre, no valen nada; tiene una cara completamente afeminada. ¿No te has fijado cómo se parecen el cónsul y su mujer? ¡qué cosa tan rara!

—Se parecen, es verdad; pero no tiene nada,

de particular, puesto que son primos carnales.

—¡Ah, entónces!... pero ya es tarde, vamos á cenar.

—Como gustes.

Pilar salió de la sala, William siguió sus pasos. Cuando las dos esposas llegaron al comedor, todo estaba preparado para la cena. Al toque de un timbre metálico, la doncella apareció inmediatamente. Ent nces era cuando Pilar tomaba verdaderamente el título de ama de casa, lo que no queria demostrar delante de gente desconocida, porque su amor propio se rebelaba á ello; los caprichos que su madre le habia dejado tener desde niña todo salia á relucir en las horas en que, sola con William, podía atormentar á sus criados, que tomaba constantemente por juguete. Aquella tarde estuvo de mejor humor que de costumbre; pero cuando llegaron los postres, faltaba la crema de chocolate que á ella tanto la gustaba y que tomaba generalmente tres veces á la semana.

—¿Por qué no hay crema de chocolate esta noche? preguntó á la doncella.

—Señorita, ya sabe V. que ayer la hicieron, y como no quiere tomar el mismo plato dos dias seguidos...

—La crema me gusta todos los dias. Haz el favor de llamar á la cocinera.

La pobre doncella salió, y volvió en seguida y acompañada de una mujer aún joyen, pero que aparentaba ya bastante edad. Pilar empezó á decirle toda clase de palabras injuriosas, y concluyó mandándola al hotel por su postre favorito.

William no desplegó los labios: por fin, cuando su mujer quedó satisfecha, la dijo:

—Pilar, ya es hora de que te vistas; no olvides que esta noche debemos ir á la *soirée* en casa de los de Locker.

—Es verdad; vestirse, peinarse, componerse. ¡Cuánta cosa, Dios mio!

Y volviéndose hácia la doncella, exclamó:

—Cruz, vete por la peinadora; manda á otra muchacha á decir al cochero que necesitamos el carruaje para las ocho, y tráeme el vestido de encage *Chantilly*. Tú, William, toma esta llave y sácame la *rivière* de brillantes.

Todos obedecieron.

Pilar, al cabo de media hora, resplandecía de hermosa, bajo su rico traje. Los dos esposos montaron en coche y se apearon ante la casa de la familia inglesa.

Cuando entraron en el salón, todos los convidados habían llegado. Pilar encontró allí gente escogida, española é inglesa; gente amable hasta rayar en la adulación; gente que estaba enamorada de su rara belleza y no cesaba de decirselo constantemente. Cada vez que la hermosa joven ocultaba su rostro tras su abanico de marfil, ó cada vez que dirigía una mirada llena de esa nobleza que todos los de Cristián poseían en tan alto grado, se oía decir á los numerosos grupos formados al rededor suyo:

—La esposa de William es encantadora.

Ahora que hemos visto á Pilar en su casa, la dejaremos en la *soirée* y volveremos á Madrid á casa de nuestros amigos de Sarins.



XX.

La influencia de una hermana.

A los cinco minutos de espirar Md. de Sarins, su cuarto se hallaba completamente lleno de gente. Aquella muerte, tan repentina como inesperada, había producido una sensación general difícil de describir. Pocas personas, sin embargo, sintieron de veras la desgracia que había caído sobre los jóvenes de Sarins, desgracia doble, puesto que perdían en el mismo día su madre y su fortuna.

Juanita, vuelta en sí, permanecía arrodillada, estrechando entre sus manos la yerta mano de la Marquesa.

Teresa, al saber la noticia inesperada, se había encerrado en el gabinete, sin duda para desesperarse más desahogadamente.

Luis estaba en el café; le fueron á buscar comunicándole el fallecimiento de su madre.

Llegó pálido, descompuesto, con los ojos inyectados en sangre, y al entrar en el cuarto de su madre, dos lágrimas rodaron por sus mejillas, lágrimas únicas que no sirvieron á descargar su oprimido pecho.

Iba á adelantarse hácia el lecho de muerte, cuando vió á Juanita arrodillada, llorando, pero sin ruido; llorando esas lágrimas que nacen

del corazón, esas lágrimas en las que se traduce un verdadero cariño.

Se detuvo; no se atrevió á interrumpir á aquel amargo llanto, y bajando la cabeza, quedóse retirado en un ángulo del cuarto.

¿Quién podría describir las impresiones que pasaron por aquella alma noble, pero destrozada por las pasiones? ¿Quién comprendería la lucha que sostuvo aquel joven de diez y siete años al ver yerta é inanimada á la que sonreía á su sonrisa y satisfacía todos sus caprichos?...

Nadie; porque se necesita conocer el carácter noble y á la vez egoísta de aquel ser, para comprender los diversos sentimientos que se agitaban en su alma.

Por fin, Juanita, levantó la cabeza, y al ver á su hermano, corrió hácia él.

—Luis, ven, le dijo cogiéndole por el brazo derecho; ven, reza por el alma de tu madre.

—No sé rezar, contestó el joven; déjame, Juana, tu eres un ángel, no soy digno de ser tu hermano.

—Luis, reza, murmuró de nuevo la joven.

Y con una fuerza irresistible, le hizo arrodillar ante el lecho de la Marquesa.

El joven apoyó su cabeza sobre el hombro de Juanita, y repitió una por una las palabras que ésta dejaba escapar de sus labios.

.....

Quince días después, el consejo de familia había tenido lugar: un primo segundo del padre de los huérfanos, fué escogido por su tutor.

Aquel hombre era muy bueno, y comprendiendo lo mucho que sentiría Teresa salir de su espléndido palacio, vendió una casa que aún los quedaba para acabar de cubrir las deudas contraídas por la Marquesa, y con el patrimonio muy considerable de Luis y Juanita, logró comprar de nuevo aquel palacio,

sobre el cual ya había puesto la mano la justicia.

Los jóvenes de Sarins, no estaban, pues, tan totalmente arruinados como temían, pero Teresa se encontraba sin dote, puesto que el palacio era de Luis y Juanita.

Además, ya no podían figurar en el mundo elegante como antes lo hacían, puesto que poseyendo solo aquel palacio y algunos miles de pesetas, apenas tenían lo necesario para vivir aún bien; pero sin permitirse aquel lujo que enloquecía á la orgullosa Teresa.

—Señorito Luis, decía una mañana Dolores al Marquésito que se disponía á salir, me ha encargado su hermana de V. que pase por su cuarto antes de marcharse.

—¿Quién de las dos? preguntó éste volviéndose hacia la antigua doncella de su madre.

—La señorita Juanita.

Luis se sonrió, y dejando su sombrero en la percha, dirigióse hacia una puerta de caoba que se distinguía enfrente del gabinete.

—¿Se puede pasar? preguntó deteniéndose.

—Entra, Luis, contestó una voz argentina.

El joven obedeció.

Juanita, sentada al lado de su ventana, le esperaba.

—¿Qué me quieres, Juanita? dijo imprimiendo un cariñoso beso en la blanca frente de su hermana.

—Siéntate; tenemos que hablar de cosas muy serias; se trata nada menos que de tu porvenir.

—Mi porvenir... ¿Qué porvenir quieres que espere un Marqués arruinado?

En primer lugar, tu ruina no es completa, puesto que posees la mitad de este magnífico palacio, y en segundo, aunque lo fuera, Luis, todavía te quedarían dos recursos: el trabajo y el renunciamiento á las pasiones que acaricias.

El joven bajó la cabeza.

Luis era muy bueno, pero débil de carácter, siempre se había dejado guiar por los demás: mientras vivió la Marquesa, que le idolatraba, siguió la vía del mal, siempre defendido por una madre caprichosa que reconcentraba en él y Teresa todo su cariño para dejar á la pobre Juanita casi como si no fuera hija suya.

Ahora que aquella madre injusta había dejado de existir, ahora que la fortuna se le mostraba adversa, su corazón cruelmente herido se volvía, no hácia la hermana que satisfacía sus pasiones, sino hácia la que sabía reprenderle siempre con suavidad y justicia.

—¿Me has comprendido? preguntó Juanita fijando una mirada penetrante en su hermano.

—Sí, Juanita; pero ¿qué quieres que haga?

—Escucha: todavía puedes remediar los males que te amenazan. Escoje una carrera, estudia con ardor para recobrar el tiempo perdido y si te entregas á las lecturas instructivas, á los libros llenos de esa sabiduría exquisita que sabe aconsejar sin ofender el amor propio, enseñar, sin dejar por eso de divertir, poco á poco el juego y los demás vicios, que desgraciadamente te han entretenido tanto tiempo, no te serán tan indispensables, y llegará un día en que el Marquesito de Sarins sea tan ilustre de sentimientos como de nombre.

—Te lo prometo, Juanita, dijo Luis clavando sus hermosos ojos en el rostro pacífico de la joven.

—Gracias, murmuró ésta; quiera el cielo verte tan dichoso como yo lo anhelo.

Y luego repuso después de una corta pausa:

—Aún deseo más; pero vés á decir que soy muy exigente.

—Tus exigencias son angélicas, Juana; habla sin miedo, te concederé lo que quieras.

—Llévame á tu cuarto y déjame quemar algunos libros de los que lees; en cambio pongo mi biblioteca á tu disposición; puedes escojer en ella lo que más te guste.

Luis titubeó algunos instantes, pero levantándose, repuso vivamente:

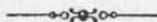
—Ven, Juanita, no sé rehusarte nada; te sacrifico la más viva de mis diversiones, pero lo hago con mucho gusto.

Los dos hermanos se levantaron; Juanita estrechó entre su hermosa mano la de su hermano, y al llegar al cuarto de Luis, se volvió de nuevo hacia él murmurando:

—¡Gracias, hermano mío, gracias!



ANGELINES DE CRISTIAN.



SEGUNDA PARTE.

REVISTA PASTORAL

ANGELINES DE CRISTIAN

SEGUNDA PARTE.

I.

El santo de Esperanza.

HAN transcurrido seis años.

En el parque de la Roca se pasean dos jóvenes. La una, de alta estatura, de fisonomía simpática y juguetona iluminada por unos ojos extraordinariamente negros y rasgados, y rodeada de finísimos cabellos dorados, parece apenas contar diez y ocho primaveras.

La otra, tiene dos años menos que su compañera, y se acerca á ella como si su talle flexible necesitase un apoyo.

Es una naturaleza completamente opuesta á la de su amiga, una aparición divina en todo su esplendor, una sombra animada, una forma impalpable...

Sus ojos azules, grandes y profundos, cuya mirada parece llegar de muy lejos como en un sueño ó en un misterio; su rostro ovalado, sus rasgos de una delicadeza fugitiva y de una perfección ideal; su boca diminuta, sus labios delgados, sus cabellos de azabache cayendo en bucles sobre sus espaldas, arrebatan por completo. Su alma y su talento corresponden

á la hermosura de su rostro. Más adelantada en toda clase de estudios que la jóven que la acompaña, goza al relato de la historia de cualquier héroe, con la lectura de una poesía de mérito, al oír vibrar las cuerdas de un arpa. Es sensible hasta el sufrimiento, poética, literata, encerrada en sí misma y viviendo en los mundos de su imaginación.

—Vamos, Fernanda, decía la jóven de cabellos rubios; te he dicho que tienes que cantar esta noche, concédemelo por ser hoy el día de mi santo.

—Esperanza, cantaré siempre que quieras, cuando estés tú sola, pero en sociedad... no me atrevo.

—Ya sabes que es una reunión íntima donde solo vendrán mis amigas; la doy yo, yo sola por cumplir hoy diez y ocho años.

—No puedo hacer eso, Esperanza.

—Lo harás, señorita; vamos, basta de ruegos; yo quiero que te luzcas, quiero que todo el mundo te admire; mira que si no me enfado.

Y la jóven puso uno de sus diminutos y sonrosados dedos, sobre los labios de su amiga, que sin duda iba á contestar negativamente.

Hubo unos momentos de silencio; Esperanza fué la primera que le interrumpió; levantó su hermosa cabeza y fijando sus negros ojos en Fernanda,

—Cantarás, ¿no es verdad?, la preguntó.

—Sí contestó por fin la huérfana, levantando también su límpida mirada; cantaré porque me lo mandas, cantaré porque no tengo más voluntad que la tuya.

Un cariñoso beso contestó á estas palabras. Esperanza pasó su brazo derecho por el esbelto talle de la huérfana, y subió con ella á su cuarto.

—Te he traído aquí, dijo por fin, para enseñarte los regalos que me han dado hoy. ¿Ves esta sortija de esmalte azul con perlas y bri-

llantes? es la sorpresa de mamá. ¿Te gusta ese escritorio de ébano con incrustaciones de plata? es la de mi padre.

Ese cofrecito de mosaicos, esa caja de guantes de piel de Rusia, esos violeteros de porcelana del Japón y esa caja de pinturas, son regalos de algunas amigas mías; en cuanto á este tapetito, dijo volviéndose hácia su velador y mostrando una elegante cubierta de fondo blanco, bordado admirablemente en rosa, no necesito decirte quién ha tenido la amabilidad de hacérmelo.

Fernanda se sonrojó; Esperanza la dijo imprimiéndola un beso en la frente:

—Es el regalo que más aprecio después del de mis padres, porque él me recordará sin cesar á la amiga que más quiero en este mundo.

Luego repuso con ese encantador aturdimiento que conservaba lo mismo que en la niñez:

—Aún no te he dicho lo que me han dado mis hermanos.

—¿Qué?

—A ver si aciertas.

Fernanda permaneció pensativa algunos instantes.

—No se me ocurre nada; dijo por fin.

—Ven, prosiguió Esperanza. Y dando un salto, salió de su cuarto, bajó las escaleras, siempre seguida de la huérfana, y por fin se detuvo en el parque.

—José, dijo á un muchacho que pasaba por allí; éste se descubrió y acercándose á la hija del Duque,

—¿Qué ordena la señorita? preguntó inclinandose.

—Vaya V. á la cuadra, y traiga á Volador.

El criado echó á correr, y á los cinco minutos, se presentaba ante las dos amigas, llevando de la brida á un magnífico caballo árabe; su altura no era muy grande y á primera vista

se comprendía que le destinaban á que le montase una señora.

—¿Te gusta? preguntó Esperanza.

—Mucho, contestó la huérfana; pero te digo que me enseñes el regalo de tus hermanos y me traes á ver un caballo que sin duda destinais al cochecito nuevo. ¡Cómo te gusta meter en curiosidad!

Esperanza se echó á reír.

—Bien, bien, dijo palmeteano; nadie quiere creer que sea yo la dueña de este magnífico caballo; pues me le han dado mis hermanos, mis tres hermanos, para que aprenda á montar y tú también te ejercitarás conmigo. Carlos te acompañará y á mi el marquesito del Sauce.

—¿Y no te ha regalado nada Pilar? añadió Fernanda sin parecer oír las últimas palabras de su amiga.

Los negros ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Pilar es muy desgraciada, murmuró perdiendo de pronto la risueña expresión que la caracterizaba.

—¿Te lo ha escrito? preguntó vivamente Fernanda.

—No; dice constantemente que su marido es el mejor de los hombres, que su hija Aurorita se vuelve cada vez más mona; pero Fernanda, el corazón nunca miente, y mi corazón, cada vez que recibimos una carta de las que eran tan frecuentes y ahora se vuelven tan caras, mi corazón, que antes palpitaba de alegría, palpita, pero de terror, ajitado por crueles presentimientos.

Nunca había dejado de mandarme un recuercito por el día de mi santo: esta mañana, ¡ni carta, ni regalo! ¡Nada, nada!

—Esperanza, murmuró la huérfana con su voz de ángel, si Pilar sufriese, os lo diría, se lo escribiría siquiera á Enriqueta.

—¡Pobre Enriqueta! Cuando me regaló el caballo esta mañana y vino á ofrecérmelo con

Mariano y Carlos, se la saltaban las lágrimas al acordarse de Pilar.

—¡Vamos! afuera esos negros pensamientos; el día de tu santo no quiero dejarte más que gozar.

Las dos jóvenes permanecieron silenciosas algunos instantes.

—Vamos arriba, dijo por fin Esperanza que no podía quedarse cinco minutos en el mismo sitio; tu me has regalado el tapete, muy justo es que yo también te haga una sorpresa.

Fernanda bajó los ojos; eran tantos los favores que debía á los Duques, que verdaderamente ya no encontraba palabras para expresar su agradecimiento. Esperanza había llegado al cuarto de Enriqueta, y abriendo la puerta bruscamente, se detuvo ante un armario de grandes dimensiones.

—Ven acá, Fernanda, dijo sacando de él un elegante vestido de seda cruda; ¿te gusta este traje?

—Mucho.

—Pues pruébatele.

Fernanda retrocedió; aquel vestido la parecía demasiada elegancia para una profesora de canto como era ella.

—Pero Esperanza,... balbuceó tímidamente.

—Vamos, conozco de antemano tu contestación, interrumpió la traviesa joven con encantadora sonrisa. «Yo no sé cómo agradecer-te tantos favores; este traje es demasiado bonito para una huérfana, sin más patrimonio que su escaso talento, me confunde tanta bondad.» Pues á eso te respondo: Quiero que estrenes este vestido hoy y que te presentes con él en la reunión dada por mí. No faltaría más que en el día en que cumplo diez y ocho años me negaras el único favor que te pido.

—Pero Esperanza, repuso aún la huérfana; ¿qué dice tu madre al ver que me estás haciendo regalos constantemente?

—Mamá no se mete en mis cosas, y además,

¿olvidas que nunca ha sabido negarme hasta los caprichos más extravagantes? Vaya voy á acompañarte á tu casa, porque sin duda querrás ir á arreglarte para presentarte en mi reunión.

Y sin que Fernanda tuviese tiempo de contestar, la hija del Duque tiró vivamente de la campanilla.

Al poco tiempo una joven apareció en el umbral de la puerta.

—Carolina, dijo Esperanza á la que sin duda era su doncella; coje este traje y aquellas flores artificiales, y ven con nosotras á casa de la señorita Fernanda.

Al cabo de un rato, las dos amigas entraban en una casita modesta, pero de muy agradable aspecto.

—Adios, Fernanda, dijo Esperanza abrazándola; me marcho porque yo también tengo que vestirme.

Adios, contestó la huérfana con su angélica voz. Hasta luego, dentro de dos horas estaré en la Roca. Y cerrando la puerta penetró en el interior de su morada.



II.

El ruiseñor del bello sexo.

FERNANDA al llegar á su cuarto, encontró el canastillo que Carolina, por orden de su ama, había llevado; le descubrió y vió el traje de seda cruda y una elegante caja guateada. ¿Qué encerrará este cofrecito? dijo al abrirle. Grande fué su sorpresa cuando encontró en él cuatro rosas de Alejandria, dos margaritas blancas, una lila, blanca también, y violetas en abundancia. Todas aquellas flores eran artificiales; entre ellas se distinguía un papelito de color de rosa elegantemente perfumado. Fernanda le cogió, y acercándose á la ventana, leyó lo siguiente:

«Mamá me ha regalado esta mañana multitud de flores artificiales; quiere que me presente en mi reunión coronada de juventud y de primavera. La juventud la poseo, la primavera ha huido de nosotras desde ya hace cinco meses, y por eso hemos recurrido á la imitación más bella; pero de todos modos, muy inferior.

»Tu, Fernanda, resplandecerás esta noche; tu frente brillará bajo la diadema tegida por diez y seis Abriles; pero es necesario que otra diadema artificial dé más brillo á la natural

»que el que tu rara belleza te depara siempre.
 »Obedéceme; tengo diez y ocho años, debes
 »de respetar á tu amiga á quien la vejez vuelve
 »desgraciadamente más experimentada, que
 »mi siempre querida Fernanda.

»Hasta esta noche en que, viéndote gozar,
 »gozará quien te quiere más que á si misma.

Esperanza.

La huérfana leyó dos veces aquella cariñosa cartita; la besó con efusión, y guardándola en la caja guateada, se dirigió hácia su tocador, cogió el peine y en un instante desenredó sus sedosos y abundantes tirabuzones de ébano. Luego se detuvo algunos momentos. No sabía si recoger sus negros bucles ó dejarles errar con toda libertad sobre su esbelto talle. Por fin se decidió á llevarles completamente sueltos, cogió una rosa de Alejandra, dos margaritas blancas, algunas hojas verdes, y poniendoselas sobre su hermosa cabellera, se las prendió al desdén. Mirándose luego en un espejito, ni siquiera pensó un instante en que así peinada estaba preciosa y no dejaría de llamar la atención á cuantas personas fueran á oirla cantar. Después tomó el traje, se le puso, salió de su cuarto, corrió hácia una puerta pintada de blanco que se veía enfrente, la abrió, y dejándose caer en los brazos de una viejecita sentada cómodamente,

—Abuelita, dijo; antes de ir á casa de los Duques, quiero que me veas y me digas si estoy ó no á tu gusto.

La anciana dejó su calceta sobre una silla de paja, y cojiendo unas enormes gafas, se las puso sobre su nariz acaballada.

—Estás magnífica, exclamó con entusiasmo después de haber mirado de hito en hito á la hermosa Fernanda; magnífica, verdaderamente; me parece que hoy vas á conquistar á algún marquesito de esos estúpidos tan hinchados de su nobleza.

Fernanda se sonrió, y abrazando á Casimira, —Abuelita, dijo; siento mucho marcharme esta noche, porque vá V. á quedarse bastante tiempo sola.

Una verdadera satisfacción iluminó el rostro arrugado de la anciana, y mirando de nuevo con orgullo á su nieta adoptiva, murmuró:

—Diviértete hija mia, diviértete sin temor; yo ya soy vieja y me consideraré por muy dichosa si antes de mi muerte puedo colocarte decentemente.

Tras estas palabras, Fernanda después de haber abrazado á la viejecita, salió de su casa y se dirigió á la Roca. Casimira cogió de nuevo la calceta y empezó á rezar el rosario por la décima vez.

Cuando llegó al antiguo castillo, le encontró todo iluminado por farolitos de colores. El aspecto que ofrecían aquellos majestuosos terrenos de granito, resplandecientes por infinidad de luces, el contraste que presentaba aquella gótica fortaleza bajo el dosel que formaban sobre ella multitud de ramas verdes, unidas artísticamente con cintitas de mil colores, era digno de admiración; por eso Fernanda se detuvo algunos momentos antes de entrar en el castillo. Su alma, amante de lo bello, contemplaba con entusiasmo aquel cuadro encantador; cuando un jóven de porte elegantísimo, de fisonomía noble, se dirigió hácia ella. En aquella ancha frente, en aquellos ojos donde la energía brillaba con toda su altivez, en aquel rostro resuelto y, en fin, en todos los ademanes del recién llegado, se leía una nobleza poco común, una distinción extremada.

—¡Fernanda! exclamó con voz vibrante.

La jóven volvió su hermoso rostro; un carmin encantador encendió sus sonrosadas mejillas.

—¿Qué hace V. ahí? preguntó de nuevo Carlos de Cristian, pues era él.

—Estaba admirando esta idea tan nueva,

contestó la huérfana levantando su límpida mirada.

Cárlos guardó silencio algunos instantes; por fin repuso de nuevo:

—Fernanda, mi hermana la espera: no ha bajado á buscar á V. porque tiene que hacer los honores de su reunión.

—En ese caso, subiré inmediatamente al gabinete de confianza, ¿verdad?

—No; ha venido mucha más gente de la que esperamos, y hemos tenido que abrir el salón destinado á las *soirées*.

Fernanda se dirigió al sitio indicado por Cárlos, que al verla desaparecer clavó su enérgica mirada en los hermosos cabellos de la jóven y murmuró:

—¡Loca ilusión! La amo, verdaderamente; sin ella, no hay dicha para mí en este mundo.

La huérfana entró en el extenso salón rodeado de espejos de Venecia, alfombrado de moqueta blanca y amueblado con un gusto exquisito. Un perfume delicioso se escapaba de numerosos árboles improvisados que se veían en todos los ángulos de aquella magnífica habitación; pero ella encantaba con su hermosura más que las flores con su fragancia.

Apénas Fernanda hubo recorrido con una mirada las numerosas personas reunidas en aquel fantástico salón, cuando dos ó tres grupos se esparcieron inmediatamente y corrieron hácia ella.

Una jóven graciosísima se adelantó sonriendo: Harriett Byrtonn, la inglesa á quien conocimos en Cadiz. Un muchacho de esbelta figura, de rostro expresivo, también la saludó. En aquél jóven elegante no sería difícil conocer al marquesito de Sarins; sobre todo, al ver que á su lado la fisonomía pacífica y risueña de Juanita sonreía á todo el mundo y con todos simpatizaba. De pronto se oyeron alegres acordes; una mano ágil recorría las teclas blancas

y negras del piano, arrancando de ellas brillantes walses.

Cárlos de Cristián ofreció afable el brazo á Fernanda, Mariano á Juanita de Sarins, Luis á miss Harriett. Las demás personas fueron esparciéndose entre aquellos árboles perfumados, y muy pronto las polkas y los rigodones formaron las delicias de aquella bulliciosa sociedad.

Esperanza por todos festejada, brillaba como una estrella; sus hermosos cabellos no encontraban más rival que los bucles negros de Fernanda, pero aquél rival la era muy dulce, pues la amistad se le había deparado.

Por fin, Esperanza, fatigada de bailar con sus numerosos admiradores, y comprendiendo que las demás personas también debían desear descansar un poco, propuso que cantase Fernanda.

—Sí, sí, que cante, exclamaron todos los convidados; ¡que cante!

La jóven se adelantó: un fuego vivísimo brilló en sus ojos azules rodeados de negras pestañas; un suave carmín coloreó su semblante angelical, y después de haber ejecutado un brillante prelude, mezcló su voz argentina al dulce sonido de las teclas. Bajó aquellos sonrosados dedos se oían ecos ideales: de aquella garganta de alabastro salía una voz encantadora; así es que mientras la pobre huérfana embriagaba su alma de artista en una sinfonia de Rossini, todos escuchaban transportados sin atreverse siquiera á demostrar su admiración, por miedo de cubrir con sus exclamaciones, la voz de la inspirada jóven. Por fin, el último trino expiró y la huérfana, levantándose del piano, se disponía á ir á refugiarse al lado de Esperanza para evitar, si la fuera posible, los elogios que sin duda se preparaban á dirigirla, cuando un murmullo se oyó por todas partes y Fernanda tuvo que entonar de nuevo una balada de música escogida.

Cuando concluyó, se la oía llamar por todo el mundo *Elruiseñor del bello sexo*, y nadie quiso designarla durante toda la noche más que con el nombre tan oportunamente dado por algunos jóvenes elegantes.



III.

Miss Harriett.

SIN duda alguna la habrá estrañado á usted encontrar á miss Harriett en Madrid sabiendo que en la primera parte de esta historia la vimos establecida en Cádiz con su familia. Por eso explicaré brevemente el cambio acontecido en la posición de lord Byrtonn.

Lord Byrtonn se casó, como ya dije, con su prima carnal Mary Byrtonn. Dos hijos vinieron á colmar la dicha de aquellos jóvenes esposos, y el día en que les vimos visitando á la señora de Barclay, gozaban de la más perfecta felicidad. Largo tiempo ocupó lord Byrtonn en Cadiz el elevado puesto de consul inglés, y habiéndose distinguido siempre por los eminentes servicios que prestó á su nacion, fué nombrado embajador en Madrid; pero el tren que les transportaba, descarriló en un túnel, siendo victimas de esa mala fortuna millares de personas: John pereció en aquella catástrofe y lady Byrtonn, herida mortalmente, murió á las pocas horas.

El flegmático inglés, no tenía, pues, más lazos sobre la tierra que su hija. Ella era el idolo de sus sueños, ella la única heredera de su inmensa fortuna, ella, en fin, la que recibía

sus numerosas caricias y sus mimos. Pero Harriett no abusaba de la debilidad de su padre; Harriett solo se aprovechaba de aquel cariño frenético para ejercer sobre él la dulce influencia de angel de la guarda.

Dos personas en el mundo poseían verdaderamente el cariño de la inglesita. Su padre y el Marqués de Sarins.

Un día, Luis de Sarins, que siguiendo los consejos de su hermana Juanita había abrazado la carrera de ingeniero, fué á casa de lord Byrtonn para pedirle ciertas explicaciones que su tutor se empeñaba en saber sobre varias costumbres concernientes á la nación inglesa. Luis no comprendió de qué podría servir á su protector la realización de aquel capricho original; pero deseando serle agradable, se presentó en casa del embajador y fué recibido con una cordialidad que en seguida estableció entre él y el inglés la más viva simpatía. Cuando el joven ingeniero se despidió de lord Byrtonn y quiso darle las gracias por el favor que le había concedido, este contestó que estaba á su disposición, é hizo prometer al marqués, con amable insistencia, volver á su casa y presentarle á su hermana Juanita.

Luis aceptó con entusiasmo, pues conocía y amaba á la graciosa Harriett, y veía ahí una ocasión favorable de darla á conocer su modo de pensar.

Efectivamente; al poco tiempo el marquesito se declaraba á miss Byrtonn, y ésta, sabiendo que Luis era simpático á su padre, consentía en repartir su cariño entre aquellos dos seres que llenaban por completo su corazón.

¡Qué sueños de color de rosa se presentaban á la imaginación de la graciosa inglesa!

¡Qué feliz era aquella jóven por todos querida y sin más ambición que la de ver dichoso al autor de sus días, y contento al que poseía por completo su amor!

Cuando los ojos castaños de miss Harriett

se dirigian hácia la fisonomía impasible del inglés, ó hácia el expresivo rostro del marquesito, ¡qué dulce la parecía la vida considerada por otros tan amarga!

Aquellas dos pasiones que se agitaban en el amante corazón de la inglesa, no la impedían, sin embargo, de acordarse de los seres queridos que ya solo eran dos fríos cadáveres. Cada vez que pronunciaba el nombre de su madre, cada vez que la imagen de Jolin se presentaba á ella, sus ojos expresivos se llenaban de lágrimas, su ronrosado rostro se cubria de una lánguida palidez. Esos dos seres que dormían el sueño de la muerte, eran para ella el único pesar, el único velo estendido sobre su alma de veinte años!

El embajador no ignoraba los amores de Harriett; pero como Luis era un buen muchacho, ejercía brillantemente su carrera, poseía un nombre ilustre y amaba con locura á la inglesa, la única ambición del padre cariñoso, era que su hija idolatrada no depositase por completo el cariño que siempre le había demostrado en el marquesito, y de eso podia convencerse, al oír pronunciar constantemente á Harriett estas palabras:

—Tú primero, padre mio; el marquesito solo ocupa el segundo lugar en mi corazón.

Entonces el celoso padre imprimía un beso en la pura frente de su hija, y comprendiendo que aquella alma cándida era aún suya y jamás dejaría de serlo, se consideraba el más feliz de los hombres.

Por eso siempre se encontraba risueña á miss Byrtonn; por eso siempre se leía la satisfacción en el rostro del embajador.



IV.

Confidencias íntimas.

MARIANO de Cristián atraviesa pensativo un camino del bosquecito de la roca: parece esperar á alguien; pues de vez en cuando dirige su mirada hácia el antiguo castillo, para pasearla luego con indiferencia por los árboles que le rodean. Ya hace un cuarto de hora que dá vueltas por los enrevesados senderos de «La bella Enriqueta,» y nadie ha venido á interrumpir sus reflexiones, sin duda importantísimas.

Por fin un ruido imperceptible se deja oír y una cabeza rodeada de cabellos finísimos y plateados, aparece detrás de un grupo de verdes olmos. El Duque de Cristián se adelanta sin ver á su hijo que instintivamente se acerca á él.

—Padre mio, murmura por fin el joven, estrechando entre las suyas la arrugada mano del brigadier.

—¿Qué quieres? contesta éste levantando su triste y reflexiva mirada.

—Deseo hablarte sin testigos y por eso te he esperado aquí, pues supongo que nadie vendrá á interrumpirnos.

—Nadie, en verdad; todos los dias estoy en este bosquecillo dos horas; Enriqueta ó Espe-

ranza suelen hacerme un rato de compañía, pero si hoy deseas hablarme, las mandaré retirar.

—Voy á concluir enseguida; solo quiero decirte que ya tengo veintiseis años y deseo...

—Casarte, ¿no es verdad?

—Justo.

—Bien, eso es natural; y si la que has escogido por compañera es digna de tí, no veo ningún inconveniente en dejarte completamente libre.

—En cuanto á eso, puedes estar tranquilo. Yo soy el muchacho mayor de la familia; á mí me pertenece el título de Duque de Cristián que siempre ha sido llevado con nobleza. No quiero, pues, dar ese ilustre apellido, más que á una noble como yo, de sentimientos religiosos como son los míos, y en una palabra; digna, bajo todos los conceptos, de ser llamada la Marquesa de Cristián.

—Hijo mío! siempre has sido el consuelo de tus padres: quiera el cielo encuentres una esposa que te haga tan feliz como mereces, y no te deje salir de la vía por la que caminas resueltamente. Creo haber adivinado el objeto de tu amor. Juana de Sarins, ¿verdad?

—Es cierto, y tengo la esperanza de ser con ella el más feliz de los hombres. Es noble, guapa, virtuosa y rica, puesto que posee la mitad del palacio de Sarins, y su tutor, banquero acaudalado, ha declarado en varias ocasiones, como únicos herederos, á los huérfanos confiados á su protección.

El Duque guardó el silencio, y repuso, por fin, dirigiendo su triste mirada al cielo:

—Te doy mi consentimiento, Mariano: si ningún obstáculo se opone á tu boda, puedes desde hoy mismo anunciar á Juanita, que el día que desee, será tu esposa.

Cuando el brigadier acababa de pronunciar estas palabras, la traviesa Esperanza apareció vestida de amazona.

—Papá, papá, dijo acercándose; hoy voy á estrenar á *Volador*. El Marqués del Sauce está esperándome, y Carlos va á acompañar á Fernanda, que ha montado en mi antigua jaquita, como tu deseabas.

—Bien, hija mia; diviértete mucho: ya sabes que es mi única ambición.

—Si, pero yo no quiero montar si no vienes á verme; acuérdate que me lo prometiste.

Y la joven, cogiendo á su padre de la mano, le llevaba alegremente hácia el parque. El Duque no se opuso al deseo de su traviesa hija, y Esperanza le hacia andar con tal rapidez, que en un momento se encontraron donde ella deseaba.

—Así me gusta, exclamó imprimiendo un beso en la reflexiva frente del anciano: mira, desde que tu has venido, *Volador* no se atreve á menearse: es que ya le he dicho yo, que ante el castellano de la Roca todos se sienten dominados por el más profundo respeto.

Una melancólica sonrisa pasó por la fisonomía del brigadier; sonrisa tan imperceptible como imperceptibles son los rayos del sol que quieren penetrar, en vano, la negra nube anunciadora de una tormenta.

Esperanza montó por fin en su caballo.

—¡Adelante, *Volador*! gritó con voz enérgica, y los dos grupos fueron desapareciendo poco á poco.

La hija del Duque y el Marqués iban delante; Carlos y Fernanda les seguían.

—¡Qué preciosa es esa chiquilla! dijo el brigadier á Mariano, apuntando á la huérfana. Comprendo que Esperanza la quiera con pasión, porque es tan buena como hermosa.

—Si solo fuera Esperanza!... contestó Mariano maliciosamente.

—No sigas, hijo, sepuso el Duque con viveza; sé que Carlos la ama, y no te puedes figurar lo que me disgusta.

—¿Por qué?

Porque esa unión me parece imposible.

¿Piensas oponerte á ella?

—Creo que no es una posición digna de Cárlos. ¿Olvidas que además del título de Duque que te pertenece, tengo el de Conde de Santa Cruz, para tu hermano? Un Conde de Santa Cruz, que reúne la elegancia á la belleza, la riqueza á la bondad, encontrará magníficas partidas, é irse á unir con una huérfana ignorando su nacimiento, con una profesora de canto, me parece absurdo.

—Pues sé que Cárlos piensa hablarte, y si te opones á esa unión, no se lo que sucederá; porque cuando se trata de un carácter tan vivo como el de mi hermano...

—Y tan enérgico; pero ¿están en relaciones formales?

—No; Fernanda se niega á corresponderle, sin duda porque se encuentra muy inferior á él.

—¡Noble idea! Comprendo que esa huérfana tiene el alma aún más hermosa que el rostro, pero siento que Cárlos esté tan enamorado, porque aunque yo consintiese en ese enlace, tu madre se opondría formalmente.

—Es cierto; voy á tratar de convencer á Cárlos, de que ese amor es una locura; pero lo dudo: mi hermano tiene sangre de Cristián en las venas, como todos nosotros, y cuando se nos mete aquí una idea, (Mariano llevó su dedo á la frente) nadie nos la quita.

—Tienes razón; Pilar me desobedeció, Cárlos desobedecerá á tu madre.

Aquí cesó la conversación. Una señora de bastante edad, pero aún muy hermosa, se adelantaba. Sobre su frente de marfil reinaba la altanería; sus labios de coral se abrían ligeramente, y una desdeñosa sonrisa iluminaba á aquella bella y dominante fisonomía.

Era la Duquesa.



V.

A caballo.

FESPERANZA y el Marqués del Sauce, llevados por sus vigorosos caballos, estaban bastante más adelantados que Carlos y la huérfana.

El hijo del Duque hubiera podido dejar á todas atrás, pues montaba irreprochablemente; pero encontraba un sumo gusto deteniendo á su fogoso *Relámpago* para hablar con Fernanda, que estaba preciosa, bajo su traje de amazona. Ya hacía media hora que la pequeña sociedad caminaba por la campiña, y Carlos solo había cambiado algunas palabras insignificantes con su compañera: por fin hubo un silencio más prolongado que los demás y el hijo del Duque, tomando la palabra, dijo:

—Ya habrá comprendido, Fernanda, que yo siento hácia V. un cariño sobrenatural; mejor dicho, un amor excesivo, solo comparable á sus virtudes y á su rara belleza.

La jóven levantó sus grandes ojos azules, como diciendo:

—He comprendido, pero me extraña mucho su modo de pensar.

Carlos prosiguió:

—Y quisiera saber si ese amor tan excesivo como verdadero, ha encontrado eco en su corazón.

Fernanda apretó el paso de su jaca, y contestó con algo de irresolución:

—No puede ser!

—Así, pues, añadió Cárlos vivamente, ¿no piensa V. corresponderme?

Fernanda bajó la cabeza para ocultar dos lágrimas que brillaban en sus largas pestañas de azabache.

—Jamás, contestó resueltamente.

La enérgica fisonomía del jóven se cubrió de una palidez mortal; sus ojos brillaron con el fuego de la desesperación, y haciendo un supremo esfuerzo para sostenerse sobre su caballo, siguió caminando en silencio.

Fernanda adelantaba sensiblemente; escitaba á la jaca dándola golpecitos con su blanca mano ó con la fusta. Por fin, la huérfana y el hijo del Duque cogieron á Esperanza y á su compañero.

—Cárlos, dijo el Marqués del Sauce, ¿dónde vamos ahora?

—Donde quieran estas señoritas; contestó el jóven volviéndose hácia las dos amigas; pero me parece que lo mejor sería volver á casa.

—Justo, añadió Esperanza, echándose su velo de gasa blanca por la cara: no faltaría más; hoy que es fiesta y Fernanda no tiene que ir á dar esas eternas lecciones de canto; hoy que nos puede acompañar vamos á entrar en seguida en la Roca: no será cierto, D. Cárlos; iremos lejos, muy lejos; quiero aprovecharme de esta única ocasión para divertirme. ¿Pero qué te sucedé? Estás mas pálido que un cadáver.

—¿De veras? preguntó el jóven sonriendo, para tratar de ocultar el pesar que le consumía.

La risueña sociedad guardó silencio algunos instantes; Esperanza fué la primera que le interrumpió: acercó su caballo arabe al de su hermano, y bajando la voz, dijo:

—Fuera de broma, Cárlos; dime si tienes al-

go, porque en ese caso volveremos inmediatamente al castillo.

—Absolutamente nada; contestó él, sonriéndose; propuse volver á casa solo creyendo que estabais cansadas.

—Entonces seguiremos, añadió la jóven acercando de nuevo su caballo al de el Marqués.

La mañana estaba serena, y aunque ningún pajarillo revoloteaba por los aires, aunque ninguna flor embalsamaba con su perfume la árida campiña, nunca se hubiera creído estar en el mes de Diciembre al considerar un cielo sin nubes, al sentir un dulce céfiro acariciar delicadamente el bello rostro de las dos amazónas y el semblante de sus compañeros.

Esperanza, como siempre, se cansó por fin de tanta formalidad, y con un acento de encantadora travesura, exclamó:

—¡Qué lástima que no seamos dos ó tres más! podríamos jugar al *real* un poco y divertirnos de veras.

—¿Y qué es jugar al *real*? preguntó el Marqués del Sauce. En mis tiempos he jugado mucho al *chafó* ó *marro*, pero nunca he oído hablar del *real*.

Esperanza se echó á reir.

—El *chafó* es también muy divertido, contestó; pero para ese se necesita ser por lo menos ocho personas.

—Diez, añadió vivamente Antonio del Sauce.

—Bueno, repuso Esperanza; puesto que no somos bastantes para hacer una partida de *chafó*, trataremos de divertirnos jugando al *real*. V. aprenderá en seguida, continuó, dirigiéndose al Marquesito.

Y sin que nadie tuviera tiempo de replicar palabra, la juguetona jóven gritó, cogiendo una piedrecita del suelo:

—¿Quién quiere la china de balde?

—Yo, yo, yo, exclamaron á la vez los tres jóvenes.

—No vale, dijo Esperanza riéndose á carca-

jadas; contestan todos á un tiempo: vamos, volveremos á empezar; y la jóven elevó de nuevo su voz argentina, repitiendo:

—¿Quién quiere la china de balde?

—Yo, gritó Fernanda con una viveza del todo agena á su carácter, generalmente tan tímido.

—Yo, yo, exclamaron sucesivamente Carlos y Antonio.

—Se la doy á Fernanda, dijo la hija del Duque; porque ella ha sido la primera que ha contestado.

La huérfana, sonriéndose, cogió lo que su amiga la presentaba y corrió la china: Carlos se salió, pero le tocó quedar á Antonio del Sauce.

—¿Y cómo me las voy á arreglar? preguntó el Marquesito. ¿Qué es eso de quedar? Ya les he dicho á Vdes. que nunca he jugado al *real*.

—Yo quedaré, contestó en seguida Esperanza, corriendo y saltando como una niña de diez años; y volviéndose hácia Antonio del Sauce, añadió:

—Mire V., allí es la *taina*; la jóven apuntaba con su sonrosada mano una majestuosa encina que estendía sus ramas en medio de la desierta campiña: cuando le vaya á cojer, V. trate de escaparse, y si llega á la *taina* sin que yo le haya tocado, está salvo, ¿me comprende?

—Perfectamente.

La pequeña sociedad empezó á jugar con la misma animación que hubiera demostrado un grupo de chiquillos, y cada vez que uno de ellos se salvaba, cada vez que llegaba á la *taina* sin haber sido tocado, demostraba su alegría palmeteando y haciendo burla al que no había sido bastante listo para escaparse.

—Anda que á mi no me han pillado y á ti sí, decía Esperanza á su hermano con una graciosa sonrisa.

—Vaya, pues á que no me cojes, contestó Carlos picado de honor.

—A que sí.

—A que no.

—Veremos.

—Vamos á ver: y Cárlos echó á correr con una agilidad prodigiosa: Esperanza fué tras él; pero por más que hacia no podía coger á su hermano que saltaba por encima de todo, vencía los más invencibles obstáculos y siempre se la escapaba cuando creía haberle ya alcanzado. La joven no se daba por vencida, apartaba con su sonrosada mano las zarzas que la impedían el paso y prendía de nuevo su carrera infatigable. Por fin fuera de sí bañada en sudor y no pudiendo correr más, se detuvo unos momentos para volver de nuevo con más velocidad.

Antonio del Sauce y Fernanda, mudos testigos de esa escena, contemplaban con verdadero interés á los dos jóvenes; pero por fin el Marquesito comprendiendo que si seguían corriendo de esa manera podrían cansarse demasiado, desató los caballos que pacían tranquilamente en la pradera, y cogiendo con una mano el de Esperanza y con la otra el de su amigo, se dirigió hácia ellos para dar la señal de la marcha. Cárlos no puso obstáculo, pero Esperanza declaró que no quería darse por vencida y que si no cogía á su hermano, tampoco se marcharía.

Por fin se dejó convencer, y al montar de nuevo en su caballito, dijo agitando graciosa-mente la fusta:

—Don Cárlos, he obedecido porque mi padre estaría intranquilo si no nos viera llegar á la hora de comer; pero esta tarde nos iremos al bosque y allí correremos de nuevo, porque yo tengo que cogerte.

—Está muy bien, contestó el joven, gozando del resentimiento infantil de su hermana: me tienes completamente á tu disposición.



VI.

Sin belleza y sin fortuna.

AL morir madama de Sarins, Teresa no comprendió el vacío que iba á hacerse en su vida. Corazón puramente egoísta, sintió más la pérdida de sus bienes que la de una madre cariñosa; y cuando su hermosa mirada azulada se llenaba de melancolía, cuando su diminuta boca tomaba una expresión de sufrimiento, no era el recuerdo de la autora de sus días el que envolvía en un velo de tristeza á aquella orgullosa joven, sinó la pérdida de su fortuna y de su puesto en el gran mundo.

Teresa vió desaparecer uno á uno á todos sus adoradores; sin embargo, confió aún en su rara belleza, y apenas estuvo un año de luto, cuando apareció de nuevo en aquellos salones que tanto le gustaban. Pero ¡ay! ¡Qué horrible decepción la esperaba! Todos los que en otro tiempo la habían obsequiado, todas las personas que antes parecían no tener más deseo que el de agradar á la hija de la Marquesa de Sarins, se alejaron de ella al verla arruinada: apenas ciertos amigos de los más fieles la dirigieron alguna que otra palabra.

Aquel terrible golpe fué la gota que hizo desbordar el vaso. La joven volvió á su palacio

presa de la más completa desesperación. Apenas su hermosa cabeza se hubo reclinado sobre las almohadas, cuando el mundo entero desapareció á sus ojos, su cerebro calenturiento la representaba mil terribles escenas que se sucedían sin interrupción. Una fiebre ardiente se habia apoderado de ella y el delirio la hacía pronunciar palabras incoherentes.

—Todos me han abandonado, murmuraba; no era, pues, á mi á quien buscaban, sinó á mi dinero. Sin embargo, me he presentado en el baile tan elegante como antes de mi desgracia; poseo todavía un cutis de terciopelo, unos ojos llenos de melancólica expresión... ¡Tú me has arruinado, madre mía! ¡Te reniego, te aborrezco, me causas horror!

Juanita, asustada de tal excitación, no se retiraba un instante de la cabecera de su hermana y al amanecer pudo constatar con horror que aquel cutis donde la vispera parecían haberse citado la azucena y la rosa, estaba cubierto de gruesísimas manchas encarnadas. El doctor, que habia pasado allí toda la noche, declaró que gracias á aquella erupción el peligro inminente habia desaparecido; pero que Teresa quedaria desfigurada para toda su vida.

—¡Desfigurada! murmuraba la joven que hasta entonces habia guardado silencio. ¡Desfigurada para el resto de mi vida! ¡Ah, mejor es morir!...

Y cambiando en seguida de acento, repuso:

—Tú tienes la culpa, madre descorazonada, tú me has arruinado, tú me has arrebatado mi belleza. ¿Y quieres que te recuerde sin horror? ¿Quieres que no te maldiga mil veces? ¡Ah, qué loca fui el día en que confiada en tus promesas te sacrifiqué mi porvenir! Desde entonces todas mis esperanzas se han frustrado, desde aquel día soy la más desgraciada de las mujeres.

—Teresa, murmuró dulcemente su hermana; no te escites de esa manera: la fiebre que has

tenido esta noche volverá á acometerte con nueva fuerza.

—Retirate de aquí, hipócrita, contestó la joven con ira mal contenida: estabas deseando verme fea; la envidia que disimulabas bajo formas cariñosas, no te dejaba sosegar; pues ya lo ves, estoy sin fortuna, sin belleza, sin honores; goza, goza al ver cumplido lo que más deseabas en este mundo; regocíjate al ver despreciada á la que siempre ha valido más que tú, á la que supo en mil ocasiones demostrarte su superioridad.

—¡Teresa!.. exclamó la joven fijando una mirada penetrante en su hermana, como si quisiera leer hasta en el fondo de su alma.

—Te he dicho que eres una beata, una tonta, márchate, marcha de aquí; tú que posees aún riquezas, no insultes más á mi infortunio.

.

Ocho dias después de la escena que acabamos de referir, Juanita, más pálida y más triste que de costumbre, sostenía una conversación animada con el sabio doctor que había asistido á Teresa durante su enfermedad.

—Señorita, dec a el médico; siempre he podido apreciar en V. un alma noble acompañada de mil cualidades tan bellas como modestas; pero le advierto que todas esas virtudes la serán necesarias para tratar con su hermana, fuera ya de peligro, pero animada de unos sentimientos que harán sufrir mucho á todos los que la rodean.

—Sufriré, contestó la jóven con melancólica sonrisa; mil gracias por su cariñoso aviso.

Y el doctor se alejó del palacio.

Efectivamente; Teresa al ver frustrada su última esperanza, se volvió insoportable. No veía en las pruebas de cariño que su hermana le daba constantemente, más que insultos groseros á su infortunio. Desde entonces, Juanita sufrió con paciencia sin revelar nunca ni á

Luis ni á su autor, las palabras insultantes que se escapaban sin cesar de los labios de su hermana; pero esta un día, sin motivo ninguno, declaró que puesto que aún le quedaban algunas rentas insignificantes, iba á marcharse de Madrid para vivir en un pueblecito inmediato. En vano Juanita trató de hacerla abandonar ese proyecto, asegurándola que si su compañía la incomodaba en lo más mínimo, podría vivir independiente en una parte retirada del palacio: la jóven no quiso escuchar ningún consejo, ningún ruego, y recordando á su tutor que era mayor de edad y podía hacer lo que mejor creyese, se retiró á Jetafe, donde allí, por lo menos, fué la reina de la moda. Jamás salía sin cubrirse la cara con un velo muy tupido; en su casa pasaba el dia pintándose, arreglándose y recordando los tiempos en que brillante de pedrería, envuelta entre gasas, cubierta de flores, y sobre todo radiante de hermosura, no oía por todas partes más que adulaciones y palabras cariñosas. ¡Ah! ¿dónde estaban aquellas dulces horas? ¿Qué habia sido de sus sueños de color de rosa?

Sin embargo, la erupción se obstinaba en destrozar aquel hermoso cutis, que unas veces cubría de manchas encarnadas y otras veces levantaba violentamente.

Teresa habia dejado toda amistad con sus hermanos, y aunque recibía de ellos y de su tutor repetidas pruebas de cariño, no respondía á ninguna, creyendo firmemente que gozaban al verla desgraciada.

Dada esta explicación necesaria, volvemos á ocuparnos de quién tiene más derecho que Teresa á nuestro cariño.



VII.

¡No!

ESPERANZA, decía una mañana Carlos á su hermana; ¿sabes porqué se obstina Fernanda de esa manera en no corresponderme?

—Creo haberlo adivinado, contestó la jóven con una triunfante mirada: ella jamás me ha dicho una palabra; pero sé que en primer lugar, no se considera ni bastante noble, ni bastante rica, para llamarse la Condesa de Santa Cruz; y en segundo, teme que mamá destroce tus ilusiones, negándote en absoluto su consentimiento.

—Es verdad; me abres los ojos, Fernanda: á pesar de toda su modestia, no debe de ignorar que su rostro más que hermoso, su talento poco común, su buena educación y modales, la proporcionarán de fijo un brillante porvenir; por consiguiente, voy á hablar de eso con mamá, y cuando tenga su consentimiento todo se arreglará.

—¿Y si te le niega?

—¡Ah, entonces!.....

El jóven no concluyó; pero una siniestra energía brilló en sus ojos, al mismo tiempo que buscaba en su imaginación cualquier medio de obtener la realización de su más ardiente deseo,

Esperanza se había acercado á la ventana. A poca distancia se distinguía un lago, cuyas aguas tranquilas y cristalinas acariciaban dulcemente las plantas silvestres que crecían en su orilla; una graciosa barca se distinguía en aquél inmenso espejo donde se reflejaban con complacencia los antiguos torreones del gótico castillo. En la ligera embarcación, Enriqueta y Mariano, sostenían una conversación animada.

—Yo no te hago falta para nada, dijo Esperanza á Cárlos; por consiguiente, me marchó á pescar con mis hermanos.

Y cojiendo un gran sombrero de paja italiana cubierto de gasas blancas, desapareció.

Cárlos permaneció algunos instantes pensativo, indeciso; pero luego, atravesando una ancha galería de cristales y mosaicos donde podían admirarse las plantas y las flores más raras, iba á dirigirse al cuarto de la Duquesa, cuando sus ojos la encontraron sentada tras una esbelta palmera. Tenía en la mano varias cartas y un retrato en el que se ve á su hija Pilar, sosteniendo en sus brazos á una niña de poca edad.

Cárlos se adelantó hácia ella.

—Buenos días mamá, dijo; parece que estás muy entretenida.

—Triste entretenimiento, hijo mío: leía las últimas cartas de Pilar; hoy hace año y medio que no tengo noticias suyas, ni de su hija. El día del santo de Aurorita la mandé varias cosas, entre otras, una muñeca muy grande con su equipo completo. Por cierto que le habían hecho entre Esperanza y esa monótona huérfana, de la que no quiere separarse un momento.

Y tiene mucha razón, se apresuró á decir el jóven viendo que se le presentaba una ocasión favorable para expresar á la Duquesa su modo de pensar. Esta dirigió á Cárlos con severidad su altiva mirada, pero él la cabeza noblemente

levantada, los ojos fijos en los de su madre, esperaba una contestación: la Duquesa adivinando el pensamiento de su hijo,

— Sé, Cárlos, dijo, las tonterías que has imaginado, los proyectos irrealizables que concibes.

— ¡Irrealizables? ¡Ah, tú no sabes el fuego que arde en este volcán! exclamó el joven llevándose la mano al pecho, y luego repuso: ¿Di, por qué es una tontería el que yo quiera á Fernanda? ¿Cuáles son los obstáculos que se ponen entre nosotros para impedirme amarla cuál lo merece?

— Deliras, Cárlos, contestó la Duquesa; Fernanda es pobre, ya lo sabes.

— Pero tengo bastantes riquezas para dos: la fortuna se muestra afable conmigo, ¿y quieres que yo sea exigente hácia ella? ¿Por qué he de buscar más oro si en el oro no consiste la felicidad? Quiero ser feliz, ya lo sabes, y sin Fernanda no lo seré nunca, jamás.

— Vamos, hijo, date á razones. Fernanda no es noble.

Un fuego siniestro brilló en los ojos del joven, y no pudiéndose contener por más tiempo, exclamó indignado:

— ¿Di, era noble William Barclay? ¿Dónde están sus títulos señoriales? ¿Cuáles son sus pergaminos de nobleza?... Sin embargo, consentiste en darle á Pilar para siempre; digo mal, fuiste tu quien mandaste á mi hermana desobedecer á...

— Cárlos, no olvides que estás hablando con tu madre, debes respetarla.

— Déjame concluir. La verdadera nobleza no consiste en el nombre, sinó en los sentimientos; y en cuanto á eso, vete á buscar un alma más pura que la de Fernanda, un rostro más angelical, un tipo más bello, un cuerpo más esbelto. Todo eso reunido, no solo la dá derecho á ser Condesa de Santa Cruz, sinó á mucho más, sí, á mucho más: por consiguiente, deseo saber

tu última palabra; ¿quieres consentir en la felicidad de tu hijo?

—Bien sabes que ambiciono tu felicidad más que nadie en este mundo, pero no puedo dejarte hacer una locura.

—Pero no es una ilusión pasajera, una tontería infundada, sinó un verdadero cariño inspirado por la virtud.

—Ya he dicho que no; volvértelo á repetir me parece inútil.

—Está bien: ¿te opones á la felicidad de tu hijo? ¿No le dejas alcanzarla cuando solo tiene que alargar la mano? ¿Te vuelves el tirano de quien te ha idolatrado hasta hoy? Adios, comprendo el valor de tu cariño, y mi corazón sufre al ver que sacrificas el amor filial por un puñado de oro. ¡Adios!

Y el joven atravesó de nuevo la galería y desapareció.

Al bajar por la escalera halló á Esperanza.

—¿Dónde vas, Carlos? preguntó la joven á su hermano.

—No sé, contestó éste; y precipitando el paso cogió la escopeta y dió un silbido á Pinto.

El fiel animal llegó corriendo y meneando la cola para demostrar la alegría que le causaba estar con su amo.

Esperanza, estrañada al ver la brusquedad con que Carlos la había contestado, corrió de nuevo hácia él, y dándole un cariñoso golpe en la espalda volvió á preguntarle:

—¿Dónde vas?

—A cazar.

—Yo te acompañaré.

—No; pienso dirigirme hácia las montañas; es un camino muy expuesto y además está lejos; adios, di á mamá que no me espere para comer, volveré tarde.

Y tomando el sendero más escabroso y más aislado, desapareció.



VIII.

La expiación.

Dos horas hace que el sol se ha ocultado tras las vecinas sierras; la noche es fría y tenebrosa; el viento sopla con violencia, cosa rara en Andalucía, mezclando sus silbidos estrepitosos al toque de las campanas que anuncian la hora del descanso. A favor de la oscuridad podemos penetrar en Medina-Sidonia y dirigirnos á una casa de apariencia modestísima situada en el lugar más retirado del pueblo.

Allí veremos á una mujer aún joven y hermosa, de pelo y ojos negros, de rostro sonrosado, labios de coral, dientes de perlas, pero cuya fisonomía está sellada por el infortunio, cuya frente se inclina bajo el peso de la desgracia...

Una niña de pocos años con los mismos cabellos de azabache, la misma boca diminuta é irreprochable, la misma gracia exquisita, el mismo rostro sonrosado, juega á su lado y dirige de vez en cuando una de sus hermosas miradas al cielo, como si en él viera á los ángeles, sus hermanos, sonriéndola.

—Mamita, dice por fin la niña levantando su gracioso rostro; ¿por qué estás siempre triste y no te sonries como antes?

—Ángel mio; tu no lo puedes comprender;

el soplo de la desgracia no ha empañado aún tu alma pura, contestó la madre echando una profunda mirada al enlutado traje que la cubría.

La niña volvió de nuevo á jugar; pero luego, viendo que su madre permanecía pensativa, se levantó otra vez é imprimiendo un cariñoso beso sobre su frente inclinada, dijo:

—Yo no puedo jugar mientras tu estás triste; cuéntame esa historia que me has repetido ya varias veces: ¡es tan bonita!

La joven levantó la mirada al cielo diciendo:

—Bueno hija mía; te la volveré á decir; así aprenderás á no desobedecer nunca á tu madre, nunca, ¿me has oído? aunque te prometan todo el oro del mundo.

—¿Yo desobedecerte? contestó la niña abriendo sus ojos negros desmesuradamente: ¿yo hacer llorar al niño Jesús? Jamás, mamá, pero cuéntame la historia, si no me voy á dormir.

—Escucha bien, hija: Hace pocos años vivía cerca de Madrid una familia de las más distinguidas. Su morada señorial se distinguía á lo lejos; era un gótico castillo que infundía respeto y admiración á las miserables chozas agrupadas en torno suyo, como para implorar su protección. El dueño de aquel dominio, hombre leal y generoso, es para todos el más justo de los padres, el más bondadoso de los nobles!... Su familia, querida y respetada, veía con satisfacción postrados á sus pies todos los aldeanos de los alrededores y les devolvía tan profundo cariño, con toda clase de buenas obras. Sin embargo, la hija mayor se enamoró perdidamente de un hombre, indigno de su nombre; su madre la aconsejó mal; su padre lloró, se prosternó ante ella para rogarla que dejase esos amores; pero la hija descorazonada no quiso oír las suplicas de aquel anciano, y aprovechándose de un viaje indispensable que hizo éste, se unió con el que solo quería disipar su fortuna. ¡Ay, Aurorita! ¡Si supieses lo que sufrió

aquella desgraciada! Si supieses cómo castigó Dios á la hija desobediente! Pasó unos meses feliz, adulada y festejada por todo el mundo; pero aquellas flores estaban sembradas sobre un precipicio, y cuando se secaron, el profundo abismo absorbió la felicidad que parecía eterna. Muy pronto el marido fué faltando de casa; poco después habia agotado en el juego la mayor parte de los bienes de su esposa... luego lo perdió todo... Transcurrieron unos dias y perdió aún más... y no teniendo con qué pagar, viéndose deshonrado, se suicidó, dejando á su esposa en la más profunda miseria y con una niña de tres años. Entonces la culpable joven, que nunca habia querido creer que habia un Dios, entonces la miserable que con su desobediencia habia clavado un puñal en el corazón paterno, se volvió hácia ese Dios que la castigaba tan cruelmente, le ofreció á su hija idolatrada é inclinó su orgullosa frente bajo el brazo que la heria.

Pilar, después de contar su propia historia al angel que Dios parecia haberla enviado para que la enseñara la senda del bien, permaneció silenciosa, la frente inclinada, el rostro cubierto de una palidez mortal. Aurorita lloraba y trataba de consolar á su madre, abrazándola y llamándola los nombres más dulces.

—Mamita, decia acariciándola; qué mala era aquella hija: para mí no hay dicha mayor que la de obedecerte; te quiero mucho, mucho.

Pilar imprimió un beso sobre aquel rostro tan semejante al suyo, y haciendo un supremo esfuerzo para no entristecer á la inocente criatura, dijo:

—Vamos, ya es tarde, Aurorita; á rezar y á la cama.

La niña saltó sobre las rodillas de su madre, apoyó su cabecita sobre el hombro de Pilar y con acento angelical murmuró una sencilla oración, pidiendo á Dios el ser siempre dócil y virtuosa; luego se dejó desnudar por la

hija del Duque, la enlazó en sus brazos por la última vez, y cayendo en su cunita blanca, soñó sin duda con el cielo; pues Pilar la vió sonreír varias veces, mientras ella estaba entregada á sus tristes recuerdos.



IX.

Orden absoluta.

LA Duquesa, al ver desaparecer á Carlos, se levantó, y atravesando la galería dirigióse á su cuarto. Una agitación nerviosa se habia apoderado de ella sin podersele explicar; la parecia tener la culpa de todos los males ocurridos á sus hijos, y la imagen de Angelines se presentaba con más tenacidad ante sus ojos.

—Es extraño, murmuraba; esa huérfana me impresioná: la misma edad que mi hija y quizás sea una ilusión, me parece ver en ella el tipo de las de Cristián, los nobles ademanes de familia; pero no, son tonterías, dejemos estos locos sueños.

Y cogiendo un papelito perfumado, escribió breves líneas.

Iba á tirar de la campanilla, cuando apareció su camarera.

—Escúchame, le dijo, saliendo á su encuentro; dá esta carta á un muchacho de confianza y dile que la lleve sin el menor retraso á casa de la señorita Fernanda.

La camarera bajó rápidamente las escaleras, y en la puerta del vestibulo encontró á José.

—Ven acá, le dijo; la señora Duquesa te man-

da llevar esto inmediatamente á la amiga de la señorita Esperanza.

—Está bien.

José tomó la carta y se dirigió á la casita de Casimira, pero en el camino se encontró con Esperanza.

—¿Dónde vá V? preguntó la joven.

—La señora Duquesa me ha mandado entregar esta esquila á su amiga de V.

—¿Tiene V. mucha prisa?

—Mucha, señorita.

—Pues entonces traiga, yo la daré.

El criado se inclinó diciendo:

—Si no la sirve de incomodidad á la señorita...

—De ninguna, contestó Esperanza cogiendo el sobrecito con su vivacidad acostumbrada.

José desapareció. La joven tomó el camino de la casa de su amiga; mientras iba andando, mil pensamientos se agolpaban en su imaginación juvenil. La agitación de Carlos, la carta que su madre escribía á Fernanda, eran para ella un problema al que no podía dar solución.

—Si abriese esta carta, decía, lo sabría todo; Fernanda no se enfadaría por eso conmigo.

Pero su exquisita delicadeza no la permitía hacer una cosa semejante: por consiguiente, tal pensamiento no encontró eco en sus nobles sentimientos.

Cuando llegó á la casa de su amiga, ésta estaba hablando con una mujer cubierta de harapos.

—Si, si, pobre mujer, le decía; coja V. este par de duros, yo gané diez ó doce todos los días dando lecciones de canto; lo que la entrego á V. solo es el precio de una hora. Prométame volver de vez en cuando.

Esperanza contempló algunos instantes á su amiga sin ser vista, y acercándose por fin á la mujer, añadió:

—Tome V. también lo que contiene mi por-

tamonedas; es algo más de lo que le ha dado mi amiga, pero no tiene tanto mérito; yo no lo he ganado trabajando, á mi solo me ha costado unas caricias.

La pordiosera creyó soñar al recibir dos monedas de oro además de lo que acababa de darla Fernanda.

—Señoritas, dijo, tienen Vdes. buen corazón. Dios las recompensará; con esto podré aliviar el hambre que devora á cinco inocentes criaturitas.

Y secándose las lágrimas que rodaban por sus descarnadas mejillas, desapareció después de haber besado con efusión la mano de las dos jóvenes.

—Fernanda, dijo Esperanza á la huérfana, cuando se encontró sola con ella; toma esta carta que te ha escrito mi madre.

La joven cogió el elegante sobrecito, y con temor y curiosidad, le rasgó en dos pedazos. Pero según iba leyendo aquella letra tan correcta como bien formada, las lágrimas oscurecían sus hermosos ojos. Esperanza la contemplaba sin decir palabra. La huérfana, cuando hubo concluido, ocultó su rostro de angel entre las manos y empezó á sollozar con verdadero dolor.

Por fin, la hija del Duque, no pudiendo contenerse, arrebató de las manos de su amiga el papelito y leyó lo siguiente:

«Ya sabe V., Fernanda, que por mi no se encuentra hoy en la miseria: gracias á la amistad de mi hija Esperanza, puede V. dar lecciones de canto y de todo lo que quiera; siempre la he pagado los mejores profesores. Usted tiene un alma demasiado noble para no agradecerme lo que me debe: pues bien; si así es, haga el favor de no volver á poner los piés en mi castillo. Favor que la agradecerá de verás

*Alicia de San Mauricio,
Duquesa de Cristián.»*

Esperanza no podía creer lo que leía.

—¡Ah! exclamó estrujando el papel escrito por su madre; nunca me hubiera figurado una cosa por el estilo. Volverás á la Roca, quiero yo que vuelvas, tu no tienes la culpa de ser bella hasta enamorar á mi hermano.

—Esperanza, contestó la huérfana con dulzura, me quieres, ¿no es verdad?

—Más que á mi misma, ya lo sabes.

—Pues escucha; sé que estás dispuesta á hacerme cualquier favor, por eso voy á pedirtele.

—Habla, Fernanda.

—No digas á tu madre lo que acabas de leer, telo ruego, haz como que no sabes una palabra.

—¡Ah! eso es imposible... tienes que volver á la Roca.

—No, Esperanza, no volveré; por eso te ruego, comprendiendo el valor de tu cariño, que no digas una palabra... Prométemelo.

—No puedo.

—Bueno, pues hablemos de otra cosa. He visto á miss Harriett, y dióme recuerdos para ti.

—Gracias. Tienes que volver al castillo, quiero, y así ha de ser.

—Vamos, resignate, á mi también me cuesta mucho, pero comprendo que tu madre manda.

¿Has aprendido ya el wals que te di la semana pasada?

—Si..... Oigo pasar por la carretera, escucha: ¡ay! es mi hermano Carlos; qué pálido está; pobrecillo! Voy con él. Adios, Fernanda, ya verás como se arregla todo; abrazame y cuenta con mi influencia que es grande sobre mamá.

Esperanza salió de la casa de Casimira y cogió á su hermano por el brazo invitándole á contarla lo que le sucedía; pero el joven solo contestó algunas palabras incoherentes.

Fernanda al verse sola, ocultó el rostro entre las manos y empezó á llorar amargamente.



X.

Una carta.

Hoy hace seis meses que estuvimos por la última vez en el castillo de la Roca: desde entonces la tristeza mora en él. Esperanza, que todo animaba con su carácter turbulento parece haber perdido la alegría que la caracterizaba. Es que la pobre joven ha llorado, ha suplicado á esa madre que jamás le había rehusado la menor cosa, que dejase volver á su amiga con ella; pero la Duquesa se ha mostrado insensible, contestando que Fernanda no volvería á poner los piés en su casa, y así ha sido efectivamente.

Mariano ya no habita bajo el techo paterno; hace dos meses que, casandose á gusto de todos con Juanita de Sarins, vive en el palacio de esta, después de comprar á Luis la parte que le correspondía. El Marquesito de Sarins también ha dado su nombre á la graciosa miss Harriett; pero la inglesa no queriéndose separar de su padre, los dos jóvenes esposos aumentan la felicidad del embajador.

En el dia en que volvemos en casa de los Duques, encontraremos á Esperanza pensativa, recostada en el respaldo de una butaca. La Duquesa, el brigadier y Enriqueta han ido

á Madrid á ha hacer algunas visitas; Esperanza y Cárlos no han querido acompañarles. De pronto la puerta de la sala se abre, Cárlos aparece con una carta en la mano.

—Esperanza, dice el jóven, carta de Pilar.

—¿A ver? efectivamente, es su letra; ya hace más de dos años que no tenemos noticias tuyas: Cárlos, quiera el cielo que no se realicen mis negros presentimientos.

—Ni los míos, Esperanza; nada bueno puede anunciarnos este papel enlutado; ¡pobre hermana; quizás esté expiando su desobediencia!

—¡Y tener que esperar á que venga mi padre para abrir este cruel papel! Pero está dirigido á él, no podemos sin indiscrección, enterarnos de su contenido.

—Es cierto, cuánto van á tardar: ¿quieres que montemos á caballo y salgamos á su encuentro?

—¡Magnífica idea! Espérame cinco minutos; voy á ponerme el traje de amazona: mientras me visto manda disponer los caballos. Nos detendremos en casa de Fernanda.

Cárlos se dirigió á la cuadra. Esperanza, ayudada de su doncella, se arregló en un momento; cuando bajó al parque los caballos ya estaban preparados.

—Vamos, dijo Cárlos, ¿llevas la carta?

—Sí.

—Pues adelante.

Los dos jóvenes desaparecieron á galope; en un instante llegaron á casa de Fernanda; pero ésta no había vuelto aún de dar las lecciones de canto.

—Vamos hácia Madrid, dijo Esperanza; mis padres no tardarán.

Efectivamente, apenas habian dado algunos pasos, cuando el landó de los Duques apareció en frente de ellos. Esperanza mandó parar al cochero y bajando del caballo, dió la carta á su padre: éste cogió temblando el enlu-

tado sobre y después de haberle rasgado, leyó lo siguiente en alta voz:

«Padre de mi alma:

»Dos años hace que guardo el silencio más profundo, silencio forzoso que he intentado romper muchas veces, pero no he tenido valor para ello. ¡Ay, padre mio! escúchame sin maldecirme; soy culpable, muy culpable; pero ¡sufro tanto!...

»Cuantas veces tus palabras se presentan ante mi imaginación, las repaso en mi mente, pero ya es tarde, y aterrada por los remordimientos, no ceso de contar á Aurorita mi propia historia, ocultándola, sin embargo, que soy culpable; pues una madre no puede sonrojarse ante su hija. Se la cuento para que aprenda no hay culpa sin castigo; para que nunca desprecie las súplicas de un anciano! ¡Pobre hija mía, qué indigna soy de poseerla! Ella es un angel, yo una miserable!

»Pero voy á contarte mis desgracias; ¿tendré valor para revelártelo todo yo que te he desobedecido? Lo ignoro. En fin, trataré de hacerlo.

»Hace cerca de tres años que soy viuda; William, que al principio me adoraba, fué perdiendo poco á poco aquel cariño extraordinario; pasaban semanas enteras sin que viniese á casa, y yo sufría en silencio inclinada sobre la cuna de mi Aurora, y encontraba en sus caricias inocentes un consuelo poderosísimo. ¡Pero ay! ¡Mayores desgracias me esperaban! William empezó á entristecerse de más en más; huía de mí como se huye de la serpiente; no entraba en casa casi nunca, y por fin un día me reveló que el juego le había arruinado: no poseía nada, su inmensa fortuna había sido consumida; preciso, pues, era acudir á la mía. Acordándome de Aurora, me negué en absoluto á permitirle tocar á nada; pero él, clavando los ojos en mi rostro: «Está bien,

»dijo friamente; el suicidio es el único medio
 »que me queda para escapar á la deshonra;
 »mañana á estas horas serás viuda, Aurora no
 »tendrá padre.»

»Al oír una resolución tan enérgica, mil
 »ideas se agolparon en mi imaginación sobre-
 »saltada, y dejándome dominar como siempre
 »por aquel ser á quien pertenecía por comple-
 »to, le dije que era dueño de mis bienes; pero
 »que no olvidase un instante el porvenir que
 »esperaba á nuestra hija. ¡Ah, no me maldigas,
 »padre mio! Aquel hombre perdió mi fortuna
 »y luego... después de hundirme en la más pro-
 »funda miseria, puso fin á su vida, dándose una
 »puñalada.

»Entonces abandoné á Cádiz y traté de ocul-
 »tar en Medina-Sidonia la deshonra que pesaba
 »sobre mi nombre. Mil veces quise revelarte
 »lo que me había ocurrido; mil veces me sentí
 »impedida de hacerlo por una fuerza supe-
 »rior.

»¡Ah! ¿Tendrás valor para maldecirme, tu
 »que eras el mejor de los hombres? ¿Sufrirás
 »que tu nieta, á pesar de trabajar yo noche y
 »día para procurarla lo necesario, tenga que
 »dormirse muchas veces después de haber
 »padecido toda clase de privaciones? No, no; tu
 »corazón de padre no puede escuchar sin con-
 »moverse este triste relato; he sido culpable,
 »muy culpable, lo confieso; pero perdóname,
 »padre mio; perdóname, si no quieres que me
 »muera de dolor y de arrepentimiento.

Pilar.

La Duquesa y sus hijos al oír tan triste con-
 fidencia, lloraban amargamente. El mismo bri-
 gadier contenía con dificultad su emoción.

—¿La perdonas? preguntó por fin la Duquesa
 entre sollozos.

—La compadezco, contestó el anciano gra-
 vemente.

—Pero no la escribirás que vuelva á casa?

—Eso, jamás.

—¡Ah, no seas cruel; acuérdate que es tu hija!

—Me acuerdo también del día en que la advertí sería inflexible; me acuerdo...

El brigadier no pudo terminar; acababan de llegar al castillo: todos bajaron del coche y media hora después Enriqueta, por orden de su padre, escribía á su hermana mandándola una crecida cantidad de dinero: cuando concluyó, todos quisieron añadir algo; entonces el anciano cogió la pluma, y trazó rápidamente breves líneas.

En ellas decía á su hija que no la dejaría en la indigencia, la prometía mandarla á menudo fuertes cantidades, pero la prohibía terminantemente volver á la casa paterna.

—¡Pobre Pilar! murmuraba sin cesar la Duquesa: ¡pobre Aurora! ¡Cuánto daría por estar á su lado!

Aquel día los habitantes del castillo no tuvieron otra conversación que las desgracias de Pilar, y más de una lágrima silenciosa fué enjugada furtivamente en la ausencia del castellano de la Roca, que declaró con autoridad no quería oír pronunciar una sola vez el nombre de la hija que tan honda pena le había causado con su desobediencia.



XI.

Síntomas alarmantes.

SUAVES acordes salían por la ventana abierta del cuarto de Fernanda; la joven, sentada al piano, arrancaba de él acentos melancólicos, acentos en que se traducían los sentimientos de su alma. No podría mirarse el rostro angélico de la huérfana sin sentirse movido á la compasión. Aquel semblante que unos meses antes siempre se encontraba sonrosado y risueño, tenía una expresión de tristeza aumentada aún por la palidez que le cubría. Aquellos ojos encantadores estaban húmedos de lágrimas, lágrimas arrancadas por los recuerdos.

Pero si la triste huérfana sufría moralmente, también un padecimiento físico producía en ella tan deplorable cambio: á veces había tenido que pasar semanas enteras sin levantarse; una tos aguda acompañada de fiebre y de dolor de costado, la acometía con violencia. Muchos médicos habían sido consultados, pero todos contestaban invariablemente que Fernanda se pondría bien el día en que dejase de cantar y también cuando esa pena secreta que la consumía desapareciese por completo.

¡Pobre huérfana, cuánto sufría! En el día en que la contemplamos tocando el piano, su

triste imaginación la presenta mil escenas desgarradoras.

—¡Qué desdichada soy! murmuraba mientras sus dedos corren por el teclado: todo se lo debo á los Duques; educación, talento musical, todo, todo; y en lugar de pagarlos tantos favores, en lugar de proporcionarles la alegría y la felicidad, vuelvo desgraciado á Cárlos, desgraciadas á Esperanza y á Enriqueta, desgraciada á la Duquesa, que por causa mia vé sufrir á sus hijos y sufre ella misma al saber que la acusan de descorazonada. ¡Dios mio! Vos sois testigo de que derramaría por mis bienhechores hasta la última gota de mi sangre; mi vida es de ellos, les quiero de todo corazón.

En aquel instante la puerta del cuarto de Fernanda se abrió, Casimira entraba con el rosario en la mano.

—Fernanda, hija mia, murmuró la viejecita que había perdido por completo su mal humor; ¡cuánto tocas, te vas á poner peor!

—No, abuelita, me siento muy bien; mañana podré dar de nuevo las lecciones de canto.

—Tantas lecciones te matan, hijita, déjalas.

—¡Ay, abuela! este es el que me mata, dijo Fernanda llevándose la mano al corazón.

La anciana salió de nuevo del cuarto de su nieta adoptiva; Fernanda cerró el piano, y dejándose caer sobre una silla, derramó torrentes de lágrimas.

—¡Esperanza de mi alma! te vuelvo desgraciada, perdóname. ¡Cárlos, olvideme, yo también quiero olvidarle!

Y luego corriendo hácia su costurero, sacó de él un crucifijo bordado sobre terciopelo negro.

—¡Qué contenta se vá á poner mi abuelita! dijo sonriéndose por primera vez: ¡tenia tantas ganas de un forro bonito para su libro bueno! Voy á dárselo.

La huérfana salió de su cuarto; Casimira,

sentada como siempre en una butaca patriarcal, hacia calceta.

—Abuelita, dijo presentándola el terciopelo bordado en felpillas; tome V. este forro para su libro de misa; la gusta, ¿no es verdad?

La viejecita se puso sus gafas, examinó el Cristo bordado y luego imprimiendo un beso sobre la pura frente de Fernanda, exclamó:

—Dios te pague, hija mía, la felicidad que me proporcionas; no puedo formular un deseo en tu presencia, sin que le vea realizado; eres el ángel de mi hogar, el consuelo de mi vejez.

—Solo cumplo con mi deber, abuelita, contestó la huérfana; además...

Fernanda no pudo concluir; la criada entraba con una carta en la mano, diciendo:

—Señorita, un muchacho con librea acaba de remitirme esto para V.; desea contestación.

—Está bien.

La huérfana leyó la carta; era de sus amigas de Juárez que la invitaban fuese á cantar en una *soirée* dada por el santo de su padre.

—No aceptes, dijo Casimira.

—No abuelita; voy á contestarlas inmediatamente.

A los pocos instantes, Fernanda entregaba al lacayo de sus amigas, una cartita diciéndole:

—Siento mucho no poder aceptar la invitación que con tanta amabilidad me dirigen sus señoritas, pero por hoy me es completamente imposible.

El muchacho saludó con respeto y se alejó.

El talento musical de la pobre huérfana iba estendiéndose por Madrid, esa capital bulliciosa donde siempre se corre á nuevos placeres: muchas personas de alta posición deseaban ardentemente oír á la joven, y Fernanda recibía numerosas invitaciones; pero nada podía hacerla olvidar un instante sus pesares, y la extraña melancolía que la dominaba, producía en su salud un funesto cambio. Por otra parte, los médicos la prohibían absolutamente el can-

tar demasiado; así es que viéndose en la imposibilidad de aceptar tantos convites, y su natural tristeza, prefiriendo la oscuridad á los honores, siempre rehusaba, tratando, sin embargo, de no ofender á nadie.

Enriqueta y Esperanza iban á verla con frecuencia, y se retiraban siempre alarmadas, viendo el rápido cambio que se operaba en ella. Efectivamente, Fernanda, cada vez más triste, cada vez más pálida, parecía la imágen del dolor. Los médicos decían que dos enfermedades se declaraban en la joven; la primera, una propensión á la tisis, podría combatirse, puesto que habian acudido á tiempo; la segunda, una tristeza sorda, profunda, tenaz, tampoco ofrecía ningún cuidado, por ella misma, pero los dos males reunidos, se hacían el uno al otro tanto daño, que la huérfana dejaría pronto de existir, si uno de esos dos padecimientos no desaparecía por completo.

Fernanda trataba de sobreponerse al dolor interior que se había apoderado de ella.

—Si yo viera felices á los Duques, murmuraba, si pudiese volver á la Roca, sería dichosa.

Efectivamente, una palabra hubiera salvado á la joven y esa palabra la Duquesa no quería pronunciarla. Si la huérfana volviese al castillo, Enriqueta, Esperanza y Carlos serían felices; la Duquesa también comprendería desde entonces, que sus hijos la querían; pero si habían estado alguna vez menos cariñosos hácia ella, era porque la veían conducir lentamente á la tumba á una joven inocente; y Fernanda al ver dichosos á sus amigos y bienhechores, lo sería también; entonces la tristeza que la devoraba desaparecería; entonces la tisis podría combatirse sin dificultad; pero, ya lo he dicho, para remediar á tantos males, solo era necesario una palabra, y esa palabra la Duquesa no quería pronunciarla.

Fernanda, a pesar de no sentirse bien, trabajaba mucho: como cantaba muy rara vez,

los desgraciados formaban su principal ocupación, al recordar los tiempos en que ella se veía reducida á pedir limosna: la compasión más profunda animaba su alma generosa y siempre cosía con nuevo ardor, para los mendigos.

Muchas veces tambien, cuando no podía hacer nada, examinaba el rico medallón atado á su cuello. Al ver las armas señoriales grabadas en él, un pensamiento de esperanza atravesaba su imaginación.

—Si yo enseñase á cualquiera persona poderosa este medallón, decia, quizás podría encontrar á mi familia; y entonces, si es noble, como parece indicarlo este blasón, la Duquesa me dejaría volver al castillo.

Luego reflexionaba algunos instantes, y añadía:—Yo creo haber visto en alguna parte armas como estas, pero no sé dónde ha sido.

Quizás la parecerá á V. extrrordinario que Fernanda nunca hubiese enseñado á nadie el rico medallón que poseía desde su más tierna infancia: solo Casimira le habia visto y la huérfana, por un sentimiento de nobleza jamás reveló á persona alguna que conservaba un recuerdo de sus padres desconocidos. Es que Fernanda habia mendigado, y si algún dia se descubria su nacimiento, deseaba por lo menos ocultarlo hasta que la casualidad obrara; pues si era hija de una ilustre familia, preferia ignorarlo toda su vida que avergonzar á sus queridos padres, viendo que su hija se habia visto reducida á pedir limosna de puerta en puerta.

Además, ahora no se quejaba de su suerte: mientras Casimira viviese, la quedaba un apoyo en este mundo: el dia en que dejara de existir, Dios la enviaria algún fiel amigo, ó sinó, entonces aún sería hora de buscar á sus padres.

¡Sentimientos extraordinarios en un alma tan elevada! pero que sin embargo no carecian de fundamento y de juicio.



XII.

La reconciliación.

Los días pasaban sin traer ninguna clase de alegría ni al castillo de la Roca ni á la casa de Fernanda. La Duquesa sufría también; pues no era tan mala como lo parecía: hija única de unos padres millonarios, vió, desde su más tierna infancia, ceder todo ante sus caprichos: acostumbrada á ser obedecida y respetada, jamás se le ocurrió que un día pudiese rebelarse alguien contra ella; y cuando Carlos, á pesar de toda su oposición se obstinaba en amar á Fernanda, la Duquesa sintió herida la fibra del cariño y del orgullo, y sin pensar en lo que hacia, completamente fuera de sí, prohibió á la pobre huérfana el volver á su casa, donde, hasta entonces, todo el mundo la recibía con tanto gusto. Pero cuando supo que Fernanda sufría, cuando oyó decir que la tristeza la conducía lentamente al sepulcro, no pudo menos de compadecer á aquella joven tan buena, tan inocente, y poco faltó para que, olvidando su resentimiento, anulase una orden dada sin reflexión y mandase á la huérfana volver á tomar parte en las diversiones de sus hijos: desgraciadamente, el orgullo, pasión dominante de la Duquesa, se rebeló en ella más

indómito que nunca, y la cerró la boca para que no pronunciase una palabra de reconciliación. Muchas veces quiso resistir á ese amor propio que la impedía obrar bien; pero el demonio, poniendo ante sus ojos mil razones extravagantes, no la dejó seguir sus buenos sentimientos.

Sin embargo, la Duquesa se levantó un día más triste que de costumbre; Enriqueta, que no se separaba casi nunca de su madre, trató de animarla; pero ella, como si nadie pudiera comprender la honda pena que la agobiaba, guardó un silencio absoluto, rechazando todos los consuelos que su hija la ofrecía. Por fin, mirándola cariñosamente, dijo:

—Enriqueta, vete á llamar á tus hermanos; tengo un secreto para vosotros desde hace más de quince años.

Enriqueta, extrañada de tal respuesta, obedeció, sin embargo, y dirigiéndose al lago donde había visto pescando á Cárlos y á Esperanza, les dijo que su madre les llamaba. Los jóvenes dejaron allí redes y anzuelos para obedecer la orden de la Duquesa, y en pocos instantes llegaron á su cuarto.

—¿Qué nos quieres mamá? dijo Esperanza.

—Oid, hijos míos. Y la Duquesa después de haber llorado mucho, contó sin omitir ningún detalle la pérdida de Angelines y las circunstancias que la habían acompañado. Los tres jóvenes escuchaban con gran atención; Esperanza y Enriqueta lloraban; Cárlos contenía con dificultad su emoción. Por fin, la Duquesa, concluyó su triste relato.

—¡Y yo que me figuraba que se había muerto! exclamó Esperanza; además, nos dijiste eso, mamá.

—Sí, os lo dije, porque quiero que así lo crea todo el mundo; y como aún erais muy pequeños, solo sabían la verdad Mariano y Pilar.

—¿Y cuántos años tendría ahora Angelines?

—Diez y seis y medio... cerca de diez y siete.

—La edad de Fernanda, dijo Carlos.

La Duquesa se estremeció.

—¿Qué tienes, mamá? preguntó Esperanza.

—Nada, hija mia; es decir, hablando con franqueza, desde que esa huérfana está mala, Angelines no se aparta un momento de mi imaginación.

—Mamá, deja volver á mi amiga aquí, te lo pido por Dios; el corazón me dice que Fernanda ha nacido para llevar un nombre ilustre, un nombre como el de Cristián.

—No hables así, Esperanza: yo también he pensado eso varias veces; pero comprendo que es imposible; ¿olvidas que Angelines se perdió en Suiza y esa huérfana siempre ha vivido á nuestro lado?

—Pero que vuelva Fernanda aquí, mamita, que vuelva.

La Duquesa se dejó por fin vencer, y mirando á Esperanza, la preguntó:

—¿Lo deseas mucho?

—Mucho, mamá.

—Pues que venga.

Esperanza se precipitó sobre su madre, y con una infantil alegría empezó á colmarla de caricias.

—¿Vamos por Fernanda, Enriqueta? dijo por fin, ¡qué contenta se vá á poner! ¡Está tan mala la pobre!

—Si, si; vamos á su casa.

Las dos jóvenes desaparecieron; pero cuando bajaron al parque, vieron llegar una elegante victoria forrada de raso gris perla: miss Harriet, ahora marquesa de Sarins, la guiaba con su gracia acostumbrada; en el interior del cochecito estaban Mariano, su esposa y Luis de Sarins.

Como es natural, las dos hermanas, apesar de lo impacientes que estaban de ir á casa de Fernanda, se abalanzaron á saludarles; cariñosos besos fueron dados de una y otra parte:

por fin Esperanza, tomando la palabra, dijo:

—Me parece que lo mejor que podríamos hacer es esperar un momento mientras Harriett y Juanita van á saludar á mis padres: luego nos marcharemos todas juntas, Mariano y Luis se quedarán con Cárlos.

—Eso es, contestó; vamos corriendo.

Cinco minutos después las cuatro jóvenes salían en dirección de la casa de Fernanda. La inglesa y Esperanza iban delante, Juanita y Enriqueta las seguían.

Una conversación animada se había entablado entre estas últimas; Juana de Sarins hablaba de su felicidad, Enriqueta de su próxima entrada en el convento.

—Te digo que ya lo saben mis padres; dentro de dos meses se realizarán todos mis votos, seré la esposa de Jesucristo.

—Y rezarás por tu amiga Juana, que falta le hace.

Aquí la conversación fué interrumpida; habían llegado á la casa de Fernanba: Esperanza dijo á su hermana:

—Enriqueta, Fernanda está muy mala, no podemos entrar tanta gente en su cuarto, la vamos á aturdir.

—Es verdad; que se quede Harriet con nosotras: cuando bajes, nos encontrarás en la carretera.

Esperanza aceptó el plan arreglado por su hermana y se echó á correr hácia la casa de la huérfana.



XIII.

Un paso hácia la tumba.

LA joven, al entrar, sintió su corazón oprimido bajo la impresión del profundo silencio que reinaba en aquella morada, antes tan risueña, ahora tan triste; pues desde que Fernanda padece, todo cuanto la rodea se halla impregnado de la profunda melancolia que la affige.

Pero hoy, aquella casa parece más sumergida en el dolor que de costumbre; sin duda alguna, la huérfana sufre cruelmente. Esperanza lo comprendió; por eso, en lugar de entrar en seguida en el cuarto de su amiga, se detuvo unos momentos en el umbral de la puerta y escuchó. Un ligero ruido se dejó oír, y Casimira y su rosario salieron del cuarto de la enferma.

—¡Ay, Señorita Esperanza! exclamó la vieja, ¡si supiera V. lo qué me acaban de decir los médicos!

—¿Qué? preguntó la joven alarmada.

—Venga V. un poco más lejos, porque á pesar de estar la puerta cerrada, podría oírnos mi pobre hijita y se asustaría.

Esperanza se retiró del cuarto de su amiga diciendo:

—Vamos, aquí no hay miedo de que se entere. ¿Qué le han dicho á V. los médicos?

—Señorita, señorita, todavía puede oírnos; venga V. al comedor.

La hija del Duque obedeció, á pesar de que una violenta impaciencia la consumía; así es que en cuanto llegaron al comedor, cerró la puerta diciendo:

—Lo que es ahora, me parece que no se podrá enterar de nada; hable V. Casimira, por Dios.

La anciana se secó varias veces las lágrimas que oscurecían sus ojos, y exclamó por fin.

—Pues, señorita; me han dicho que Fernanda está grave, pero grave del todo, (y la vieja empezó a llorar de nuevo); que probablemente morirá de un día á otro.

Esperanza palideció preguntando:

—¿Y no hay ningún medio de salvarla?

—Ninguno, señorita; dicen los médicos que Fernanda está completamente tísica y que si la tristeza que la domina no desaparece, en breve sucumbirá. ¡Ay, señorita! si V. supiera la lástima que me dá ver morir á esa joven, á quien todo parecía sonreír! En los periódicos veo sin cesar, elogios dirigidos á su talento; no hay día en que no reciba multitud de cartas para invitarla á cantar en las mejores familias; pero nunca la enseño ninguna, porque en cuanto vé que alguien la colma de elogios, empieza á llorar y dice que nada le importa más que poseer el cariño de ustedes.

—¿Pero, no puede salir Fernanda? Yo que venía aquí para llevarla al castillo!

—¿Sera posible? ¿La noble Duquesa consiente en que vuelva á su casa? Venga V. á decirselo inmediatamente; qué contenta se vá á poner! Si que puede salir, señorita; los médicos dicen que la conviene pasearse mientras no haga frío.

—En ese caso, vamos á decirselo enseguida.

Esperanza, Casimira y su rosario, se dirigieron de nuevo hácia el cuarto de la simpática enferma; la hija del Duque abrió la puerta con vivacidad y se precipitó en los brazos de su amiga.

¡Ah!... ¿Dónde estaba aquella risueña expresión que se encontraba siempre antes en el rostro de la huérfana? ¿Qué había sido de aquél cutis sonrosado, de aquella dulce alegría que caracterizaba su fisonomía? Ahora, quizás, Fernanda estuviese más bella; quizás sus ojos húmedos tuvieran una mirada más profunda, quizás su semblante angelical inspirara más admiración al verle cubierto de una indecible melancolía. ¡Pobre huérfana! ¿Quién hubiera podido mirarla sin conmoverse? ¿Quién se hubiera atrevido á negar que era un angel martir del agradecimiento.

Todos estos pensamientos agitaron la imaginación de Esperanza; por fin, alejándolos de ella, dijo esforzándose por sonreír:

—Fernanda, ¿no tenias ganas de verme?

—¡Ah! muchas, muchas; exclamó la joven con voz debil.

—Vamos, ¿te sientes mejor?

—Me muero, Esperanza, y ruego á Dios sea lo más pronto posible.

Los ojos de la hija del Duque se llenaron de lágrimas, y cogiendo con una fuerza sobrenatural las manos de su amiga como si quisiera arrebatarcelá á la muerte, que sin duda no tardaria en venir por ella, gritó entre sollozos:

—Fernanda, no hables de esa manera; ya sabes que la vida sin ti me parecería un ancho cementerio donde lloraria amargamente por el angel que Dios me habia arrebatado.

Fernanda reclinó su cabeza sobre el respaldo de la butaca diciendo:

—Esperanza; di á tu madre que me perdone: cuento contigo para que sepa que no soy una ingrata: me lo prometes, ¿no es cierto?

—Vas á venir á la Roca, se lo dirás tu misma.

—Imposible: ¿olvidas, Esperanza, que me lo han prohibido?

—No; pero la que dió esa orden se vuelve atrás y te ruega vengas á su casa.

—¿No me engañas, Esperanza?

—¿Lo he hecho alguna vez?

—Nunca, amiga mia; te creo, y si quieres, voy inmediatamente al castillo.

—¿Te sientes con fuerzas para ello?

—Si; ó por lo menos, los deseos que tengo me dejarán llegar hasta allí. Adios, abuela; pronto estaré de vuelta.

Esperanza ofreció el brazo á su amigo, ésta se recostó en él y salió de su casa.

Entonces Juanita, Enriqueta y Harriett se adelantaron hácia la huérfana y la abrazaron: pero luego volviéronse á retirar discretamente para dejar á las dos amigas hablar de sus cosas.

En efecto; muy pronto entablaron una conversacion que debia de tener algo de misterioso; pues parecian sumergidas en sumo interés.

Esperanza revelaba con animacion á su amiga el secreto que la Duquesa acababa de comunicarles. La vehemente joven dejaba desbordar de su corazón los diversos sentimientos que la agitaban, y fijando sus hermosos ojos en el pálido rostro de la enferma, un estremecimiento nervioso recorrió todo su ser: estrechó fuertemente su calenturienta mano, é iba á dejar escapar una palabra que le explicase sus locos presentimientos, cuando se sintió impedida por una fuerza superior.

Fernanda escuchaba con atencion el relato de su amiga; ella también estaba hondamente conmovida y más de un extraño pensamiento atravesó por su mente; pero era fulgor pasajero que la sumergia luego en mayor abatimiento.

Sin embargo, andaba peniblemente; tosia mucho y se llevaba de vez en cuando la mano

al costado, sin duda para comprimir el dolor que la atormentaba. Esperanza se apercibía de todo y decía sin cesar á su amiga:

—¿Puedes seguir, ó quieres que nos detengamos para descansar?

—Seguir, seguir; contestaba la joven invariablemente.

Ya llegaban, por decirlo así, al castillo donde Fernanda había pasado tan dulces horas; la huérfana se detuvo un instante para contemplarle desde lejos y dos lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas.

—Mira, por ahí viene Cárlos, dijo Esperanza; ya sabía yo que saldría á tu encuentro.

Fernanda, sin parecer oír estas palabras, acortó su paso ya tan vacilante. De pronto, su demacrado rostro se cubrió de mayor lividez; sus ojos se cerraron, una tos aguda silbó en su garganta, y asiéndose con mayor fuerza al brazo de Esperanza, murmuró con voz desfalleciente:

—No puedo seguir, me muero.

Y estenuada por el violento esfuerzo que acababa de hacer, cayó sin conocimiento á los piés de su amiga.

La hija del Duque, loca de dolor, dejó escapar un grito desgarrador, arrodillándose junto á Fernanda, y cubriendo de besos y de lágrimas su rostro inanimado, intentaba volverla á la vida con sus tiernas caricias.

Afortunadamente, en el momento en que Esperanza, dominada ya por la pena, perdía ya de vista los objetos que la rodeaban, Cárlos llegaba con paso acelerado al lugar de la catástrofe.

En un segundo comprendió lo que ocurría y se disponía á transportar á la joven al castillo, cuando Enriqueta y sus dos compañeras asomaron entre los árboles de la carretera.

En aquel instante, Esperanza, vuelta á la realidad por la voz de su hermano, contó á los

recien llegados lo que acababa de suceder: éstas, completamente alarmadas, no sabían cómo transportar al castillo á la huérfana, cuando Cárlos dijo precipitadamente:

—Esperad unos momentos, voy por el cohe.

Efectivamente; al cabo de breves instantes, Fernanda, en la berlina de los Duques, entraba en la Roca sin haber recobrado el conocimiento.



XIV.

Angelinas de Cristián.

LA huérfana permanecía en la misma insensibilidad; Carlos y Enriqueta la transportaron al interior del castillo.

—¿Dónde la ponemos? preguntó el joven volviéndose hacia Esperanza.

—Llevala á mi cuarto, contestó ésta.

—¿No sería mejor dejarla aquí abajo, que subir hasta el segundo piso?

—No, no, aquí ya sabéis que solo duermen los criados, los demás cuartos no tienen camas, y en cuanto á echarla en un sofá, no hay que pensar en ello; por consiguiente, decidios, vamos, subid pronto.

Los dos hermanos obedecieron, y siguiendo á Esperanza, que iba abriendo todas las puertas, la depositaron en su cama.

Aquél gabineté tapizado de rosa y blanco, reuniendo todo lo que la coquetería de una joven á la moda podía desear en este mundo, parecía un precioso nido de alegres pajarillos, nido que contrastaba extraordinariamente con la lúgubre escena que presenciábamos.

Fernanda, colocada sobre la cama de Esperanza, parecía haber ya dejado de existir. Su cabeza caía inerte sobre la muselina rosa que adornaba á aquel lecho juvenil, y su boca entre-

abierta con una expresión de indecible sufrimiento, parecía haber exhalado el último suspiro.

Cárlos la contempló breves instantes en silencio, y sintió una lágrima abrasadora correr por sus mejillas.

—Si, dijo con acento casi resignado; este angel no podía vivir en la tierra, era demasiado puro para habitarla; no tardará en volar hasta la morada de los bienaventurados.

Luego, el joven salió de la habitación, y se dirigió hácia el parque á fin de mandar en seguida á varios criados en busca de los mejores médicos, pues aunque comprendía que la enfermedad de Fernanda era mortal, abrigaba aún esa esperanza consoladora que nos sostiene en medio de las situaciones más crueles de la vida, y nos acompaña hasta la tumba.

Cuando hubo llegado al vestibulo, dió las órdenes oportunas para que una berlina, enganchada inmediatamente á los caballos más ligeros, fuese en dirección á Madrid y trajesen á la Roca los doctores de más nota en la capital. Pero al oír el ruido del vehiculo perderse en la carretera, sintió abandonarle la energía que había conservado mientras su presencia fué necesaria, y atravesando rápidamente la sala penetró en la galería: allí, oculto entre las macetas, dió libre curso á sus pensamientos y á sus lágrimas.

Cuando Esperanza se vió de nuevo sola con la huérfana, su imaginación la retrazó los buenos tiempos que, unos años antes, habían pasado juntas, el día en que se conocieron, los proyectos infantiles que formaban, las lecciones que su hermana Enriqueta les daba con tanta bondad; y sobre todo, aquel día, el más dichoso de su vida en que recibieron juntas, por primera vez, al Dios que amaban tan de veras; y al recordar aquellas dulces horas que había considerado como eternas, sus hermosos ojos se llenaban de lágrimas y su movi-

fisonomía tomaba una expresión de indecible tristeza; pero muy pronto alejando de sí todos esos pensamientos tan dulces como amargos para ella, comprendió que no era hora de dejarse dominar por sus impresiones, y levantando su rostro cubierto de lágrimas, empezó á desnudar á su amiga tan querida.

¡Ay! ¡Con qué cuidado trataba de hacerlo! ¡Cuánto hubiera dado por poder aliviar en lo más mínimo á la pobre huérfana! pero el temor de hacerle daño no la dejaba ir de prisa. Su doncella, que acababa de entrar, se ofreció á ayudarla, y ella viéndose incapaz de desnudar sola á su amiga, aceptó por fin. Al cabo de cinco minutos habían concluido; entonces Fernanda empezó á volver en sí, y gracias á eso pudieron meterla en la cama más facilmente. La doncella de Esperanza, por orden de su ama, se retiró á un cuarto inmediato, donde podía oír en seguida si la necesitaba para algo.

La huérfana abrió los ojos, echó una mirada indiferente en torno suyo y preguntó con voz apagada:

—¿Dónde estoy?

—En mis brazos, contestó Esperanza estrechándola.

—¡Ah! Eres tú, siempre tú! ¡Cuánto te quiero! ¡Cuánto te debo!

Y la huérfana se llevó la mano á la cabeza dejando escapar de su garganta un ligero suspiro.

—¿Te duele la cabeza? preguntó Esperanza.

—Todo me duele; pero puesto que eres tan buena, quitame estas horquillas que me sostienen el pelo; cuando le tenga suelto me sentiré mejor.

La hija del Duque, con un cuidado dictado por el más profundo cariño, fué estendiendo la negra cabellera de su amiga, dejándola flotar libremente sobre los almohadones: cuando hubo concluido, Fernanda la dirigió una cariñosa mirada más elocuente que todas las pa-

labras, y estrechando la mano de Esperanza entre las suyas, murmuró con voz desfalleciente:

—Solo cuando esté en el cielo podré pagarte tantos favores.

La hija del Duque imprimió con toda la efusión de su alma un cariñoso beso sobre la pura frente de su amiga y permaneció inmóvil algunos instantes.

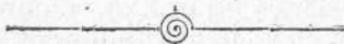
Luego se acercó á la ventana para ver si venía el médico, y no divisando ningún coche, volvió al lado de Fernanda: ésta tenía los ojos cerrados y parecía estar dormida; sus abundantes cabellos rodeaban su rostro, sellado ya por la muerte: Esperanza la contemplaba con admiración, cuando una cadenita de oro, enredada entre los negros bucles de su amiga, le llamó la atención; tiró de ella, y el medallón que Fernanda había contemplado tantas veces, cayó entre sus manos. La joven permaneció un instante como petrificada; pero luego, viendo las letras «A. C.» enlazadas y el blasón de su familia, dió un grito de asombro diciendo:

—¡Mi hermana! ¡Eres mi hermana! Y saliendo de su cuarto empezó á correr por todo el castillo exclamando:

—Fernanda es Angelines, Fernanda es mi hermana!

En aquel momento, la Duquesa, que había ido con Mariano y Luis á visitar una quinta, llegaba á la Roca: Esperanza, loca, fuera de sí, salió á su encuentro, y cogiéndola por un brazo, gritó llevándola al cuarto de la pobre huérfana:

—Ven á ver á tu hija; Fernanda es Angelines, Fernanda es mi hermana.



XV.

Lágrimas y sonrisas.

A Duquesa, sin explicarse lo que tenía su hija, llegó al cuarto donde Fernanda descansaba: ésta, no comprendiendo tampoco cuál era el motivo de la agitación de Esperanza, se había incorporado sobre la cama; de manera que el medallón quedaba completamente á descubierto: por eso sin duda fué este objeto lo que primero llamó la atención á Alicia de San Mauricio, que más pálida que la enferma, le cojió entre sus temblorosas manos, y después de haberle contemplado algunos segundos, quiso hablar; pero la palabra espiró en su garganta, y abrazando á la huérfana con una fuerza sobrenatural, empezó á derramar copioso llanto; por fin, clavando aún con más fuerza su mirada sobre Fernanda, gritó fuera de sí:

—¡Mi hija! ¡No me habia engañado el corazón!
¡Angelines! ¡mi hija!

La joven creyó por un instante que estaba soñando; pero luego un rayo de luz iluminó su rostro; acordóse de lo que Esperanza acababa de revelarla, y viendo que la Duquesa seguía repitiendo entre sollozos ¡mi hija! comprendió que era una realidad, y enlazandola con sus brazos dejó escapar de sus labios un nombre que jamás creyó pronunciar en este mundo,

—¡Madre mía! exclamó cubriéndola de besos.

A los pocos instantes, el brigadier y sus hijos penetraban en el cuarto de la enferma; la Duquesa, sin separarse un instante de Angelines, la apretaba cada vez con más fuerza, como si temiera que se la arrebatasen. Cuando vió entrar á su esposo, dirigió hácia él su mirada, apartándola por la primera vez del angel, que por decirlo así, no habia conocido, y sin dejarla de estrechar entre sus brazos, murmuró sofocada por los sollozos:

—Duque, ¡tu hija!

El brigadier no comprendió el sentido de estas palabras; pero muy pronto acordándose de Angelines, siempre presente á su memoria, cayó de rodillas ante el lecho de la enferma y levantando su triste mirada, ¡hija! exclamó con voz agitada por la emoción:

—¡Angelines! gritaron á la vez Enriqueta y Mariano.

—¡Hermana mía! murmuró Carlos, casi sin darse cuenta de lo que decia.

Y después de haber pronunciado estas palabras, el más profundo silencio reinó en la habitación; solo los sollozos le interrumpian. Aquellas lágrimas que todos derramaban hubieran sido muy dulces, si Angelines, al encontrarse con sus padres, no tuviese ya un pie en el sepulcro; pero al verla en tal estado, ¿cómo no se habia de temer una horrible desgracia en medio de tanta dicha?

Estos pensamientos se sucedieron rápidamente en la imaginación sobresaltada de la Duquesa, y comprendiendo que ella tenia la culpa de tantos males, cayó de rodillas ante el lecho de la enferma; inclinó su orgullosa frente, quizás por la primera vez, y con verdadero dolor gritó fuera de sí:

—Angelines, hija mía, no odies á una desgraciada madre que, sin saber lo que hizo, hirió al sér que tanto queria en este mundo; yo, yo te he conducido al sepulcro, pero perdo-

na una ceguedad imperdonable, si no quieres que espire de dolor á tus pies.

Angelines se incorporó de nuevo sobre el lecho, y reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, exclamó con emoción:

—Madre, madre mía; si no fuera por ti ¿dónde estaría ahora la que tanto tiempo se ha considerado como huérfana? ¿Olvidas que la arrancaste á la miseria, dejándola participar de las lecciones de tus hijos? ¡Ay! sin ti, sin mi padre, sin Esperanza, sin Enriqueta, ¿qué hubiera sido de la pobre Fernanda?

Y estenuada por el esfuerzo que acababa de hacer, Angelines cayó más abatida y más débil sobre las almohadas.

En aquel instante, la puerta se abrió; el médico de los Duques penetró en la habitación, se acercó á la enferma, la contempló algunos instantes, y se retiró de su lado murmurando:

—¡Pobre joven!

Entonces la Duquesa, cayendo á sus pies y cruzando las manos en ademán suplicante, le preguntó con exaltación:

—¿Salvará á mi hija?

—¿Quiere V. que la hable francamente, señora? dijo el doctor.

—¡Ah, sí! dígame la verdad, no me engañe.

—Pues, señora Duquesa, la ciencia es impotente contra un mal tan violento; su hija no vivirá más de dos ó tres días; siento decirselo.

—¡Ah! ¿Por qué me la arrebatas muerte cruel en el instante en que la encuentro?

Y la desgraciada madre se retorció las manos con profunda desesperación.

—Duquesa, dijo entonces el brigadier, acercándose: Angelines quiere ver á Casimira; mando á llamarla, ¿no es verdad?

—Sí, sí; ¡pobre Angelines! No seré yo quien la rehuse nada; que vayan en seguida á casa de la anciana; tenemos que darla las gracias de lo que ha hecho por nuestra hija.

Mientras el brigadier hablaba con el doctor

y con su esposa, Esperanza se había acercado á la enferma.

—Angelines, decia abrazándola; te quiero con toda mi alma; pero al saber que eres mi hermana, mi cariño hácia tí no ha crecido, porque creo imposible sea más sincero que antes; daría mi vida por tí; tambien la hubiera dado cuando aún ignoraba el lazo que nos unía.

Angelines estrechó con nueva fuerza la mano de Esperanza entre las suyas; pero no pudo contestar una palabra. Entonces Cárlos, acercándose también al lecho de la joven, la contempló con los ojos llenos de lágrimas; la enferma levantó hácia él una profunda mirada.

—¡Ah, yo tampoco puedo quererte más que antes! exclamó por fin el hijo del Duque: ¡todo lo que ha sucedido me parece un sueño. ¡Angelines! ¡Hermana mia!

—¡Angelines! repitieron á la vez Enriqueta y Mariano.

La enferma, visiblemente conmovida, quiso incorporarse de nuevo; pero siéndole imposible hacerlo, besó con toda la efusión de su alma las manos de Cárlos y Esperanza que tenía entre las suyas. Harriett, que habia guardado el silencio, se acercó también diciendo:

—¿Y á mi, Angelines, me has olvidado ya?

—No, no, murmuró por fin la joven: acércate; te quiero mucho.

—¡Hija mia! exclamó en aquel instante la Duquesa; hablas demasiado: el médico dice que no te conviene agitarte.

La enferma cerró los ojos, y dijo con voz apenas inteligible:

—Madre mia ¡si pudiera recibir al Rey de los Angeles antes de morir!

—¿Lo deseas?

—¡Oh, mucho!

—Pues bueno; si desgraciadamente llegases á ponerte peor, prometo darte ese gusto.



XVI.

La venganza.

CUANDO el criado mandado por los Duques llegó á la casita habitada por Casimira; ésta estaba en el cuarto de Fernanda; pues la joven tenía costumbre de escribir sus impresiones en un cuadernito que ocultaba luego cuidadosamente á toda mirada, porque allí solía descorrer el velo de su corazón: ¡velo estendido sobre los más nobles sentimientos!

La viejecita había observado lo que su nieta adoptiva deseaba; ocultarle, y en cuanto Fernanda salía de casa, ella corría á enterarse de las líneas trazadas por la joven en el cuadernito; pues solo de ese modo podría comprender verdaderamente su estado.

Aquel día estaba absorta en la lectura de la última hoja del cuaderno que llevaba por título: «Una página del corazón.»

Allí Fernanda hablaba de los Duques, de Carlos y de Esperanza, y se comprendía al leer aquellas palabras suaves, melancólicas, cariñosas, que la huérfana había debido derramar más de una lágrima al escribir las breves líneas que tan bien merecían el nombre de «Una página del corazón.»

Pero Casimira tardaba mucho; pues apenas sabía leer, y á pesar de los muchos deses-

que tenía de ver lo que affigia á su querida Fernanda, para tratar de consolarla, ocultándole, sin embargo, no la eran desconocidos hasta sus más íntimos pensamientos: avanzaba con gran dificultad y más de una vez tenía que pasar frases enteras por haberla sido imposible descifrarlas. Cuando estaba ya terminando esa interesante lectura, la criada entró precipitadamente diciendo:

—Señora Casimira, un sirviente de los Duques quiere hablar con V. á toda prisa.

El rostro de la anciana, ya tan amarillo, se cubrió de una lividez más pronunciada al salir del cuarto de Fernanda murmurando:

—Se habrá puesto peor?

Y viendo al vasallo de los Duques, preguntó con volubilidad:

—¿Qué sucede?

—Los señores Duques me mandan decir á V. que Fernanda ha encontrado á sus padres, que está mucho peor y no quiere morirse sin darle el último abrazo.

—¡Pobre hijita! bien sabía yo que me quería, exclamó la vieja entre sollozos: se acuerda de mí hasta cuando se halla en las puertas de la muerte.

Y mudando de acento repuso:

—¿Dice V. que ha encontrado á sus padres?

—La señora Duquesa así se ha expresado.

Casimira permaneció un instante pensativa.

—Bueno, vuelva V. al castillo, repuso en fin, dirigiéndose al criado, y diga á la noble Duquesa que en breves instantes estaré allí.

Y andando tan de prisa como se lo permitía el peso de sus setenta y nueve años, Casimira entró en su cuarto, buscó su manojó de llaves, entre las que se distinguió una mayor que las demás, y cogiéndola, dirigióse hácia su cómoda de nogal y abrió el cajón del medio.

Allí se veían toda clase de cajas, de estampas, de rosarios, de libros de misa que Fer-

nanda regalaba sin cesar á la pobre Casimira: esos objetos estaban perfectamente arreglados, y la anciana, al considerarlos, exclamó:

—Hija mia, todo cuanto poseo te lo debo, eras el consuelo de mi vejez.

Al decir estas palabras, había abierto una caja, y sacando de ella un sobre lacrado, murmuró:

—Sí; esta es la carta que me entregó mi hijo al morir.

Luego, volviendo á cerrar el cajón después de haber puesto cada cosa en su sitio, se dirigió á la Roca apoyada sobre un gruesísimo bastón y con el rosario enlazado en el brazo izquierdo.

Cuando llegó al castillo, Fernanda, á quien llamaremos ya Angelines, gozaba de un sueño bastante tranquilo, de manera, que al ver entrar á la pobre vieja, todos la mandaron guardar el silencio más profundo. Casimira se acercó entonces á la Duquesa, diciendo en voz baja:

—¿Es cierto que Fernanda ha encontrado á sus padres?

—Muy cierto, contestó la dama, y hoy se llama Angelines de Cristián.

—¿Será posible? Entonces es V. su madre.

—Sí, Casimira; su segunda madre, pues V. fué para ella la primera, y tanto el Duque como yo, al darla las gracias más expresivas, estamos dispuestos, no solo á considerarla como á una verdadera amiga, sinó como á nuestra mayor bienhechora.

La vieja, muy extrañada al oír hablar á la Duquesa, que por todas partes tenía fama de orgullosa, de esa manera, se inclinó respetuosamente exclamando:

—Señora Duquesa, mi hijo al morir me entregó esto diciendo:

—Si Fernanda, por casualidad, encuentra algún día á sus padres, dales esta carta; pero si no, te prohibo terminantemente que se la

enseñes á nadie y hasta que la abras tú misma. La Duquesa arrebató vivamente el sobre lacrado de las manos de Casimira, y después de haberle rasgado, se retiró con su esposo á la ventana del cuarto y leyó lo siguiente:

«Duquesa de Cristián.

»¿Te acuerdas de Benito Gómez? Di, ¿has
»olvidado aquel dia en que estando ausente el
»brigadier embargaste mi miserable choza
»porque no tenia con qué pagarte una suma,
»para tí insignificante, para mi muy considera-
»ble? ¿Has olvidado que cai de rodillas á tus
»piés pidiéndote solo un poco de compasión
»hacia el más pobre y el más sumido de tus
»vasallos? ¡Ah; entonces no tenias corazón!....
»Pero juré vengarme... ¡Me vengué!...

»Cuando esto sucedió, aún no había nacido
»tu hija la más pequeña; yo tampoco era padre;
»pero el mismo dia en que Dios te envió al
»angelito que ahora está en mi poder, también
»me mandó á mi una criatura, que no se murió
»de frio y de miseria cien veces porque la Pro-
»videncia, sin duda, velaba sobre ella.

»Yo vivia en Madrid con toda mi familia;
»mendigaba de puerta en puerta, porque no
»encontraba empleo; pero habia resuelto ven-
»garme de tí, Duquesa; queria arrebatarte á tu
»hija, lo logré. Es que el pobre también tiene
»poder en este mundo, sabe abrir llagas que
»ocasionan dolores incurables; sabe hacer ex-
»piar sus culpas al orgulloso. Quería arreba-
»tarte á tu hija, ya te lo he dicho: no podia ha-
»cerlo mientras estabas en la Roca; la justicia
»me hubiera perseguido; pero cuando supe que
»te marchabas á Suiza llevándote á Angelines,
»resolvi ir detrás de tí, arrancártela y volver á
»Madrid inmediatamente. Así lo hice. Quince
»dias antes de tu viage, sabia tus proyectos;
»poseia muy poco dinero, pero economicé du-
»rante ese tiempo privándome hasta de las co-
»sas más necesarias; empeñé la poca ropa que

»me quedaba y apenas haberte marchado de
»la Roca, tomé un wagón de tercera y fui á
»cumplir la venganza que tanto me sonreía.

»Una casualidad favoreció mis deseos. Ape-
»nas llegar á Ginebra me enteré de la calle en
»que habitábais, expié vuestras costumbres;
»y un día en que la niñera de Angelines salió
»á pasear con ella por las afueras de la ciudad,
»la seguí, cuando ya estaba lejos de Ginebra:
»ví que empezaba á ponerse mala; entonces
»me acerqué á ella, la di un puñetazo en la ca-
»beza que la quedó sin conocimiento; cogí á
»Angelines, y corriendo con todas mis fuerzas,
»tomé aquella misma noche el tren para volver
»á Madrid. Al llegar á mi miserable morada,
»oculté á todos el origen de Angelines; dije á
»mi mujer que había encontrado á esa niña
»abandonada, y como tenía un corazón mejor
»que el tuyo, duquesa, consintió á que partici-
»para de nuestra poca fortuna.

»Ahí tienes tu obra, orgullosa Alicia; hoy
»me muero, lo comprendo; pero he visto men-
»digar á la hija de la dama que despreció mis
»súplicas; muero satisfecho y deseo te encuen-
»tres un día con esa descendiente tan cercana
»para que te humille, te rebaje.

»Ahora tengo empleo, puedo volver á la
»choza de que me echaste con tanta crueldad,
»y el día en que deje de existir, mi familia y
»Angelines irán allí, pues hace cinco años que
»te la he arrebatado, ya no puedes conocerla.

»¡Quizás muchas veces te pida un pedazo
»de pan y se le rehuses! ¡Quizás te vuelvas el
»tirano de tu propia hija!»

.....
Imposible sería describir la impresión que
produjeron estas líneas sobre la infortunada
Duquesa: según iba avanzando en esa cruel
lectura, sus ojos se llenaban de lágrimas y su
voz se volvía de más en más temblorosa: por
fin concluyó; pero cuando quiso hablar, la pa-
labra expiró en su garganta, y no pudiendo

resistir á tantas emociones, cayó sin conocimiento sobre una butaca.

El brigadier, más pálido que un cadáver, permaneció aterrado algunos instantes, hasta que al fin, su natural energía, revelándose con más nobleza que nunca, dirigió una cariñosa mirada á Angelines, otra á su esposa murmurando:

—Pobre angel, ha expiado las culpas de su madre; pero mi querida Alicia también sufre cruelmente.



XVII.

Un angel en la tierra.

EN el precedente capítulo, hemos visto que Angelines gozaba de un sueño bastante tranquilo: todos, pues, concibieron alguna esperanza menos el doctor, que al ver morir á esa joven tan hermosa con tal conformidad, no podía menos de admirarla.

Cuando se despertó Angelines, Esperanza fué la primera persona que se presentó á su mirada.

Entonces la enferma, mandándola acercar, le dijo casi al oído, pues ya no podía hablar alto:

—Esperanza, moriré muy tranquila si veo que te resignas.

—¡Ah, hermana mia! exclamó la joven, no pronuncies siquiera esa palabra, no la pronuncies...

—Querida Esperanza, me voy con Dios; la muerte del cristiano pone fin á su destierro.

—Pero Angelines, de todos modos es una separación: ¿quieres dejarnos en el luto y las lágrimas y gozar tu sola?

—¡Ay, querida hermana! no puedes figurarte lo que sufro al veros sumergidas en el dolor por mí; pero considera que voy á ir con Dios...

Angelines permaneció silenciosa algunos instantes, y luego repuso:

—¡Cuánto te querré desde el cielo! ¡Cuánto rezaré por tí!...

—Comprendo que soy egoísta al desear que vivas... Angelines, pide siquiera á Dios que me muera yo también.

—No, Esperanza: ¿qué sería de nuestros padres al perder dos hijas de un golpe? Pero te protegeré desde el cielo; cuenta con ello.

Esperanza tenía los ojos llenos de lágrimas; la enferma le tendió sus manos que abrazaban y así enlazadas, permanecieron un corto rato.

La Duquesa pronto volvió en sí, y su primer pensamiento fué para Angelines: —¡Mi hija!— exclamó levantándose de la butaca y acercándose á la cama de la moribunda.

Entonces Angelines la abrazó murmurando:

—Madre mía: me has prometido dejarme recibir á Dios antes de morir.

—Si, si; mañana, contestó la desgraciada Duquesa loca de dolor, mañana.

—Madre: se equivocan sobre mi estado; te lo suplico, dame ese consuelo; no me quedan dos días de vida.

—¡Ah, no hables así! ¡No me hagas espirar de dolor! Pero si lo deseas, ahora mismo vendrá el capellan del castillo á confesarte.

—¡Ay! si, si; te lo agradeceré eternamente.

Media hora después, el sacerdote penetraba en el aposento de la pobre enferma; una sonrisa iluminó el semblante de Angelines al mismo tiempo que murmuraba:

—¡Gracias, Dios mio!

Todos salieron de la habitación, y cuando volvieron de nuevo al poco tiempo, encontraron á la joven radiante de alegría.

Es que iba á recibir á Dios por quien sufría con tanta resignación, y solo esa idea bastaba para animarla.

—Enriqueta, dijo Angelines al ver entrar á su hermana; que todo esté bien para cuando venga Dios á visitarme.

—Tranquilízate, querida; Cárlos y Esperanza

van á preparar un altar con las mejores cosas del oratorio.

—¡Ah, qué dulce es morir rodeada de su amante familia! murmuró la pobre enferma, dirigiendo una cariñosa mirada á su madre: ésta, sin poderse contener por más tiempo, empezó á sollozar amargamente.

—Madre mia! exclamó entonces Angelines, no llores de esa manera, no vuelvas amargos mis últimos momentos.

—¡Ah! llévame también, Angelines; ¿crees que podré vivir sin ti?

La enferma quiso contestar; pero ya había hablado demasiado y además no podía resistir á tantas emociones. De pronto palideció aún más; sus rasgos se descompusieron, y llevándose la mano al costado perdió por completo el conocimiento.

La Duquesa, creyendo que su hija había dejado ya de existir, lanzó gritos desgarradores.

—Angelines! exclamaba: hija mía! mi amor! mi vida! mírame, angel mio! sonriete siquiera una vez, llévate á tu madre: ¿cómo quieres que viva sin ti?

—Tranquílcese V., señora, dijo el doctor acercándose: su hija solo está desmayada, pronto volverá en sí.

Efectivamente; Angelines, rodeada de los más tiernos cuidados, abrió al poco tiempo los ojos diciendo:

—¿No soy huérfana? ¿Tengo familia?

Y luego, vuelta á la realidad por una tos áspera, exclamó:

—¡Ah! quiero recibir la Extrema-Unción..... que me la den en seguida... me muero...

En aquel instante Carlos y Esperanza concluían de preparar el altar que habían colocado en frente del lecho de su hermana.

—Ahora mismo viene Dios á visitarte, dijo el Duque: ¿no oyes á toda la gente del castillo que le acompaña?

Una celeste expresión iluminó el semblante de la pobre enferma.

—Cuando reciba al Rey de los reyes, murmuró, no tendré miedo á la muerte.

Pero ya se oían más distintamente las campanillas y los pasos de la gente que acompañaban al Divino Huésped; Angelines pidió á todos perdón por las faltas que habia cometido hácia ellos.

—¡Ah! exclamaron á la vez las personas presentes, ¿qué culpas puedes haber hecho tú, angel de bondad?

Apenas habían pronunciado estas palabras, cuando un vivo resplandor iluminó el aposento: las velas que acompañaban á la Divina Eucaristía, inundaban de luz en aquel instante el lecho de la enferma: entonces el capellan, adelantándose para dar de comulgar por la última vez á la que pocos años antes lo habia hecho por vez primera,

—Hija mia, dijo; aquí está ese Dios á quien siempre habeis amado tan de veras; viene á facilitaros el paso á la vida de la eternidad. Dentro de unos instantes poseeréis por siempre sin miedo de perderle ya jamás á vuestro Criador que murió por salvaros en una cruz, y que en este momento se digna venir á daros el último beso, el beso de paz y eterno cariño...

Y luego, acercándose á Angelines, cuyos ojos brillaban de amor y de esperanza, le dió al Dios de los enfermos.

La joven, después de comulgar, cayó dulcemente sobre las almohadas, y con las manos cruzadas, permaneció más de media hora sin darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo. ¿Quién pudiera adivinar lo que dijo en aquellos instantes á ese Dios por quien sufría con tan admirable paciencia?

Al poco tiempo recibió la Santa Unción, y entonces exclamó transportada de alegría:

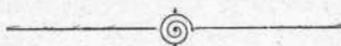
—Ahora, Dios mio, venid por mí; no deseo nada en este mundo.

Pero mientras administraban á Angelines el sacramento de los agonizantes; ¡ah! las esperanzas que aún todos conservaban, desaparecieron y sus corazones se desgarraron. Esperanza sollozaba de rodillas al lado de la cama; la pobre Duquesa ocultaba sus lágrimas en un ángulo del cuarto; Carlos parecía más abatido que nadie: estaba de pie en frente de Angelines con una expresión que destrozaba el alma. El Duque, Mariano y Enriqueta, también se dejaban dominar por una profunda tristeza, y mientras tanto, la enferma rezaba con una devoción que enternecía á todo el mundo: estaba tranquila, y una celeste expresión iluminaba su semblante angelical.

Casimira no apartaba los ojos de su nieta adoptiva y murmuraba sin cesar:

—¡Se muere, se muere!

Todos, en fin, parecían temer de más en más el instante en que la heroica joven volara al cielo; solo ella le deseaba con verdadero ardor.



XVIII.

Un angel en el cielo.

ANGELINES pasó el resto del día bastante tranquila; pero al anochecer, empezó á empeorar visiblemente: ningún habitante de la Roca quiso tomar el descanso que, sin embargo, hubiera sido para todos tan necesario; es que tenían en el corazón un triste presentimiento y creían oír una voz que les decía:

—No os separeis de Angelines; esta es la última noche que pasa á vuestro lado.

Sin embargo, hacía las cuatro de la madrugada, la enferma pareció tomar nuevas fuerzas, y abriendo sus hermosos ojos azules, que casi siempre tenía cerrados, miró una por una á todas las personas que la rodeaban; luego quiso despedirse de aquellos seres tan queridos; y empezando por su madre, murmuró:

—Madre mía, voy á morir, ¡ah! no llores, te lo suplico; no olvides que tu hija vuela hácia el cielo; considera en qué Dios la recibirá en sus brazos: adios madre... solo dos días... he podido darte este dulce nombre! ¡Adios!... hasta... la eternidad...

Y poniendo sus labios ardientes sobre la frente de la Duquesa, la imprimió un beso donde iba envuelto todo su cariño, ¡todo su amor!

La infortunada madre estrechó sobre su seno á aquella hija que Dios le arrebatava, y si no la sostuviesen entre Cárlos y Mariano, hubiera caido estenuada por la emoción. Angelines permaneció silenciosa algunos instantes y dijo de nuevo dirigiéndose al Duque:

—Me muero, padre; si te pidiera un favor antes de subir al cielo, ¿me le concederías?

—¿Puedes dudarle? contestó el pobre anciano secándose furtivamente una lágrima abrasadora; pide, pide lo que quieras; ¡ah, qué dichoso seré complaciéndote!

—Pero si fuera lo que más te costase en este mundo, ¿me lo concederías?

—Nada me cuesta tratándose de tu felicidad; habla, Angelines, no temas; todo lo que deseas te lo doy de antemano.

—Pues querido padre, dijo entonces la enferma mirando al brigadiér fijamente; perdona á Pilar...

Un vivo carmín coloreó la mejillas del venerable Duque. ¿Perdonar él á la hija que le habia desobedecido? ¿Abrir las puertas de la Roca á la que habia deshonrado el noble nombre de Cristián? Imposible. ¡Y sin embargo, Angelines, moribunda, se lo rogaba; tampoco podia negárselo! Terrible lucha se apoderó del desgraciado padre: por fin venció el cariño, y abrazando á la enferma, exclamó:

—Muere tranquila, angel mio; Pilar volverá á esta casa, te lo juro.

La joven dió las gracias más expresivas á su noble padre. Luego se despidió también de Casimira, dijo el último adios á Mariano y Enriqueta, dirigió algunas palabras cariñosas á Harriett y Juanita, y llamando por fin á Cárlos, murmuró:

—Leo en tu semblante, querido hermano, las impresiones que se agitan en tu alma; me has amado, Cárlos; yo también he sentido hácia ti un cariño sobrenatural, y te voy á dejar una prueba de ello: el medallón que llevo colgado al

cuello, es para mi madre; pero cojerás después de mi muerte este crucifijo del que no me separaré hasta que las fuerzas me falten para sostenerle. Él será tu amigo, Cárlos; Él te consolará; en Él encontrarás siempre un remedio á tus males.

El joven, más pálido que un cadáver, había escuchado las palabras de su hermana; pero cuando Angelines volvió á caer de nuevo casi desmayada sobre los almohadones, sintió desaparecer toda la energia que hasta entonces le había animado, y ocultándose el rostro entre las manos, empezó á llorar como un niño.

—Fernanda, nunca te olvidaré, exclamaba; ¡jamás!

Un silencio aterrador reinó por algunos instantes en la habitación; pues todos creían que Angelines iba á exhalar el último suspiro al verla tan pálida, tan inmóvil.....

Sin embargo, la enferma se incorporó por la última vez, y dirigiéndose á Esperanza, murmuró con voz apenas inteligible:

—En cuanto á ti, no encuentro palabras para expresarte mi agradecimiento; has sido mi mejor amiga, mi verdadera hermana.

La noche iba disipándose y el alba penetraba dulcemente en el aposento de la enferma al través de las cortinas de color rosa.

Entonces el doctor se acercó al brigadier diciendo:

—Angelines vá á espirar; trate V. de alejar de aquí á su esposa.

Pero la Duquesa lo había oído todo y exclamó:

—No; nadie me hará salir de este cuarto mientras viva mi hija; quiero contemplarla hasta el último momento.

Y luego acercándose al lecho de la moribunda, murmuró más bajo:

—¡Dios mio, Dios mio, salvadla! ¡Oh, Maria, compadeceos de una infortunada madre!

Pero cuando se aproximó el terrible instan-

te, no volvió á pronunciar una palabra; se hubiera creído contemplar á la estatua del dolor.

Enriqueta, con heróico valor, leía en voz alta las oraciones de los agonizantes, y Angelines mezclaba su voz desfalleciente con la de su hermana con tal devoción, que conmovia á todas las personas presentes. Sin embargo, la muerte se acercaba á grandes pasos á aquella hermosa joven que se marchaba dulcemente, como una lámpara que se apaga por falta de vida.

A cada instante, una tos siempre más violenta, desgarraba su pecho y se la veía caminar rápidamente hácia la tumba con la sonrisa en los labios. ¡Pobre Angelines! Ya no se daba cuenta de lo que sucedía en torno suyo; tenía la mirada clavada en el crucifijo y rezaba á ese Dios, con quien muy pronto gozaría eternamente, por todos los séres que la eran tan queridos.

Al poco tiempo, la enferma sonriéndose, abrió por la última vez sus ojos, tan dulces, tan hermosos; les fijó en los Duques y luego en el crucifijo que Esperanza le sostenía, pues á ella ya la era imposible hacerlo, y murmurando «¡Jesús!» desplegó sus blancas alas y voló al cielo.



XIX.

Adiós eterno.

 las doce del día, el gran salón de la Roca estaba tapizado de arriba abajo de terciopelo blanco, adornado con galones plateados. En el medio se levantaba un túmulo cubierto de terciopelo del mismo color y rodeado también de galones; al rededor, ardían numerosos cirios sostenidos por magníficos candeleros de plata que maciza.

«¡Angelines de Cristián! Devuelta á Dios, nos la habia dado.»

Esto podía verse en letras plateadas al pié de aquél catafalco sin más adorno que el blasón de los Duques. Sobre él, Angelines vestida de blanco, con sus tirabuzones completamente sueltos, sus manos cruzadas sobre el pecho y su semblante iluminado por una sonrisa angelical, parecia más bella que nunca; se hubiera creído verla dormida, soñando con algún encanto de la juventud, sonriendo el más brillante porvenir.

¡Estaba dormida, es cierto; dormida profundamente; dormida, pero del sueño de la muerte!...

El medallón que le habia hecho encontrar á sus padres, aún podía verse colgado de su

cuello, pues la Duquesa quiso que Angelines le llevase hasta la tumba.

Al pie de aquel alto catafalco, toda la familia de Cristián lloraba amargamente. El brigadier, Enriqueta y Mariano, arrodillados al lado izquierdo permanecían horas enteras rezando por aquel angel que Dios les había arrebatado.

La Duquesa, fuera de sí, murmuraba sollozando:

—Angelines! vida mía! mirame, sonríe á tu madre; llévatala! ¿Crees que puede vivir sin ti?

Y luego loca de dolor, exclamaba con frenesi:

—Te has muerto; no me oyes; tus manos están yertas ya; jamás posarás tus labios en mi frente.

Pero si este espectáculo desgarraba el corazón, no impresionaba menos el considerar á un joven cuya noble fisonomía llevaba el sello de la más profunda tristeza; cuyos ojos humedecidos por las lágrimas no se apartaban un instante del cadáver.

Era Carlos; la muerte de Angelines le había anonadado. Amó á Fernanda con locura; la quiso verdaderamente cuando descubrió en ella á su hermana, y al verla dormida para siempre, sintió heridas todas las fibras de su corazón.

Al pie de aquel alto túmulo, juró no olvidar jamás á su querida Fernanda, y fijando los ojos sobre el crucifijo que esta le había entregado antes de volar al cielo, exclamó:

—Tú, Dios, has destruido mis más arraigados afectos; tú has cortado con desapiadada tijera los lazos que me unían á la tierra; me vengaré, Rey de los reyes; me vengaré cristianamente; me has arrebatado la felicidad y yo me entrego á Ti sin reserva; huiré de mi querida pátria y recorreré los áridos desiertos de África ó las ciudades de China para conquistarte almas generosas, para sembrar tu divina

palabra en corazones impíos. ¡Sí; soy tuyo para siempre!

Esperanza, estenuada por la emoción, parecía haber perdido el juicio; tan pronto lloraba sin consuelo como empezaba á reirse de una manera que desgarraba el alma; tan pronto permanecía en una insensibilidad horrorosa, como daba mil vueltas; andaba de un lado para otro; recorría repetidas veces aquel salón inmenso.

En fin, hasta la pobre Casimira, oculta en un ángulo de la sala, repasaba con angustia en su imaginación los postrimeros momentos de la heroica joven, y al pensar que dentro de poco no podría contemplar aquella fisonomía que tantas veces la habia sonreido, aquellos rasgos que en mil ocasiones habia considerado con admiración, se sentía presa de la más profunda tristeza.

Sin embargo, la gente se sucedía rápidamente en la mortuoria sala: todo Madrid sabía la desgracia ocurrida á los Duques, y aunque varios ignoraban las verdaderas circunstancias que habian hecho reconocer á Fernanda como hija de los de Cristián, acudían, ya por cumplir, ya por satisfacer á cierta curiosidad que sentían dentro de sí; pero cuando la inanimada joven se presentaba á sus miradas antes indiferentes, no habia persona alguna que no sintiese un respeto superior hácia aquella bella criatura, ya dormida para siempre: por eso, muchos seres acudidos sin más intención que la de tratar de enterarse de lo que sucedía, caían instintivamente de rodillas y no volvían á levantarse hasta que habian rezado por aquel angel ideal.

Las más distinguidas personas no cesaron, pues, de sucederse en la Roca durante todo el dia; pero á la mañana siguiente, cuando se celebró el entierro, hubo una verdadera manifestación: pobres y ricos, afortunados y desgraciados, todos acudieron á dar la última prueba

de un eterno cariño á la nieta de Casimira, que habia enjugado tantas lágrimas, socorrido tantos infortunios!

Seis jóvenes de frac y guante blanco, entre los cuales se hallaba el Marquesito del Sauce, transportaron el ataud donde descansaba Angelines, desde la sala hasta el oratorio de los Duques: allí estaban enterrados todos los héroes de Cristián, ¡allí ocuparía también su lugar una joven de diez y siete años!

Si me fuera posible describir el dolor de los Duques, la desesperación de Carlos y Esperanza, la emoción de Enriqueta y Mariano, las simpatías que la hermosa Angelines dejó tras sí, lo haría; pero no podría traducir los sentimientos que agitaron á aquellas almas diversas: sé que en algunas ocasiones la pluma no encuentra palabras bastante elocuentes para reproducir cuadros como éste.

Pero el instante más crítico fué de seguro aquel en que la Duquesa, que habia querido absolutamente asistir á la triste ceremonia, arrodillándose ante la hija adorada, desató con mano temblorosa el medallón que colgaba de su cuello y luego, colocando sobre la cabeza de Angelines una corona de rosas blancas, murmuró sofocada por los sollozos:

—¡Adios, hija de mi alma! ¡Adios! Quiero abrazarte por la última vez. Antes de morir, me prometiste velar sobre nosotros desde el cielo; si así lo haces, reza, para que anonadada por el dolor, no quede huérfanos á tus hermanos, ¡Adios!...

Y al pronunciar estas palabras, cayó sin conocimiento sobre las gradas del altar.

Ya la losa mortuoria se habia cerrado sobre la hermosa Angelines; pero los recuerdos que quedaba no se borrarían hasta dentro de muchos años; pues la virtud triunfa, no solo en el cielo; en la tierra también recibe recompensa.



XX.

Morir para vivir.

Los Duques de Cristián ocupaban en Madrid una posición demasiado importante para que al encontrar á su hija perdida, no hablase toda la prensa de tan extraño acontecimiento.

Por otra parte, la pobre Fernanda habia adquirido numerosas simpatías; su talento musical era admirado por toda la ciudad y la modestia con que siempre acogió los elogios que la dirigian aumentaba la admiración general.

La muerte, pues, de Angelines y las circunstancias que la habían acompañado, formaron el tema de todas las conversaciones; pero lo que nadie supo fué porqué Benito Gómez robó á la hija más pequeña de los Duques y porqué éstos dijeron á todo el mundo que aquella niña habia muerto.

Lo cierto es, que Angelines fué la heroína de mil cuentos; los pintores de fama tomaban siempre por modelo aquella cara ideal que immortalizaban bajo su pincel; los periodistas contaban hasta los hechos más insignificantes de su vida al lado de Casimira; los poetas celebraban con versos sencillos y juveniles su hermosura, sus virtudes, su talento; todos en fin, estaban de común acuerdo para ensalzar

las cualidades extraordinarias de Angelines. Su muerte fué para ella el principio de la gloria, y si es verdad que dejó de existir la pobre huérfana, la hija de los nobles Duques vivió en todas las imaginaciones, reinó en todos los corazones.

Mil piezas de música fueron dedicadas á la ilustre pianista; mil romanzas compuestas en memoria suya, todas tituladas: *La voz del cielo*, *Ecos de un angel*, *Acentos de un serafín*, etcétera. Porque Angelines cantaba con tal melodía, tocaba con un talento tan superior, que al oirla, se hubiera creído escuchar un concierto celeste dado por las harpas de los querubines.

En fin, todas las que en otro tiempo tuvieron la honra de ser discípulas de Fernanda, regalaron á los Duques, para su hija, multitud de coronas y cruces donde se leían afectuosas dedicatorias. El mundo más elegante de Madrid, hizo lo mismo, y muy pronto la tumba de Angelines reunió un sinnúmero de cariñosos recuerdos, todos de un gusto sumamente distinguido.

Esto mitigaba algún tanto el dolor de los Duques en medio de su horrible desgracia; pero la infortunada Duquesa no podía ahogar la voz tirana de sus remordimientos que la decían sin cesar: «Tú has matado á Angelines; tu orgullo desenfrenado ha sido la causa de su muerte.»

Así es que la pobre madre no volvió á tomar parte en ninguna reunión; dijo adios para siempre á ese mundo tan admirador de su belleza, y retirada por completo, pasó el resto de su vida haciendo buenas obras y recordando el pasado.

El entusiasmo con que todo Madrid ensalzaba las gracias excepcionales de Angelines no fué una impresión pasajera; de dia en dia iba creciendo, y por fin llegó un instante en que la hija de los Duques era, por decirlo así,

EPÍLOGO.

¡Qué triste es tenerse que separar de las personas á quienes se ha querido verdaderamente!

Ahora que habíamos simpatizado con la traviesa Esperanza, admirado á la heroica Angelines, querido á Carlos, compadecido á Pilar, y, por decirlo así, entrado hasta en los detalles más íntimos de la vida de los Duques y su familia, nos vemos obligados á despedirnos de ellos para siempre, sin que la simpatía que nos habian inspirado puedan endulzar algún tanto una separación inevitable. Pero antes trazaré rápidamente el porvenir de nuestros amigos para acompañar hasta la tumba á los que saludamos en la aurora de la existencia.

Pilar, el día mismo de recibir la carta en que su padre la mandaba volver á la Roca, se puso en camino para Madrid, donde fué recibida por todos con los brazos abiertos.

Aurorita, cada vez más bella, cada vez más virtuosa, volvía locos de alegría á su madre y á sus abuelos que la querian con pasión.

Mariano, después de la muerte del Duque, residió en el gótico castillo de sus antepasados y allí pudo saludar con entusiasmo á un heredero de su título y de su fortuna que Dios le envió al poco tiempo.

Cárlos, desilusionado del mundo, cumplió fielmente su promesa, y renunciando á todos los honores pasajeros, tomó el hábito blanco de misionero Dominicó, atesorando de ese modo riquezas inapreciables para el cielo.

¡Ay, cómo debió de premiar Dios á aquel joven tan noble como heróico, tan virtuoso como enérgico, que despreció los honores más halagüenos por ir á buscar el martirio al país de los infieles! Por eso, cuando el Conde de Santa Cruz atravesaba el África y recorría la China, un entusiasmo general reinaba en los corazones de los salvajes: las conversiones que operaba eran innumerables; parecía que una suerte extraordinaria guiaba sus pasos.

Y sin embargo, aquellos hombres inhumanos, olvidando un día todo lo que debían á su generoso bienhechor, colocaron sobre su frente la corona del martirio que él había ambicionado con tanto ardor desde que Dios, para atraerle á Él, rompió los lazos que le unían á la existencia.

Enriqueta, tomó por único esposo al Rey de los ángeles, y el día en que cumplió veinticinco años, profesó en el convento de la Asunción, desde donde rezaba constantemente por su querida familia.

Pero ¿y Esperanza? ¿Qué había sido de ella? Esperanza unió su suerte á la del Marqués del Sauce que la amaba con locura, y ambos fueron á vivir en una deliciosa *villa* cerca de Madrid, donde muy pronto dos gemelas encantadoras les dieron el dulce nombre de padres.

La Marquesa del Sauce llamó á una de sus hijas Fernanda y á la otra Angelines, en recuerdo de aquella amiga á quien había querido con toda su alma, de aquella hermana que viviría eternamente en su corazón. Porque Esperanza nunca olvidó á la compañera con quien pasaba las dulces horas de la infancia; y siempre dedicó una lágrima á su memoria y una plegaria á su tumba.

La Duquesa, no habiendo querido morar bajo otro techo que el que cubria la tumba de su adorada Angelines, quedóse á vivir con Mariano; pero á los pocos meses de morirse su esposo, sucumbió ella también no pudiendo sobrevivir á tantas pérdidas.

En fin; la pobre Casimira, después de haber visto su triste vejez consolada y embalsamada por la protección de los Duques, también habia dejado de existir, asistida en sus últimos momentos por los socorros espirituales.

Y para no olvidar á nadie, le diré á V. que Casilda, á quien perdimos de vista desde su marcha á Madrid, ejercía el oficio de costurera cuando un honrado carpintero, sin más patrimonio que su habilidad en esta profesión, le ofreció su mano.

A los pocos años, Casilda pudo acariciar á siete hijas tan feas como virtuosas, que la ayudaban á limpiar la casa y á coser ropa blanca para fuera.

.....
¡Todo pasa en este mundo!

Muchos años después de la historia que acabo de referirle á V., Esperanza y el Marqués del Sauce, Carlos y Angelines, Mariano y Juanita, el Marqués de Sarins y Harriett Bytonn, en fin, los Duques y Pilar, Casimira y Casilda, habian dejado de existir y gozaban, sin duda, en el cielo, de la recompensa debida á sus heroicas virtudes.

En cuanto á Teresa, es de esperar que Él, que desea sinceramente la conversión del pecador y murió por salvarnos, no la retiró su gracia en la última hora del combate decisivo, y que, en cambio de una confesión hecha con verdadera contrición, le abrió la puerta del Paraiso; pues el arrepentimiento es hermano de la inocencia.

FIN.

INDICE

PRIMERA PARTE

1	1
2	2
3	3
4	4
5	5
6	6
7	7
8	8
9	9
10	10
11	11
12	12
13	13
14	14
15	15
16	16
17	17
18	18
19	19
20	20
21	21
22	22
23	23
24	24
25	25
26	26
27	27
28	28
29	29
30	30
31	31
32	32
33	33
34	34
35	35
36	36
37	37
38	38
39	39
40	40
41	41
42	42
43	43
44	44
45	45
46	46
47	47
48	48
49	49
50	50
51	51
52	52
53	53
54	54
55	55
56	56
57	57
58	58
59	59
60	60
61	61
62	62
63	63
64	64
65	65
66	66
67	67
68	68
69	69
70	70
71	71
72	72
73	73
74	74
75	75
76	76
77	77
78	78
79	79
80	80
81	81
82	82
83	83
84	84
85	85
86	86
87	87
88	88
89	89
90	90
91	91
92	92
93	93
94	94
95	95
96	96
97	97
98	98
99	99
100	100

SEGUNDA PARTE

101	101
102	102
103	103
104	104
105	105
106	106
107	107
108	108
109	109
110	110
111	111
112	112
113	113
114	114
115	115
116	116
117	117
118	118
119	119
120	120
121	121
122	122
123	123
124	124
125	125
126	126
127	127
128	128
129	129
130	130
131	131
132	132
133	133
134	134
135	135
136	136
137	137
138	138
139	139
140	140
141	141
142	142
143	143
144	144
145	145
146	146
147	147
148	148
149	149
150	150
151	151
152	152
153	153
154	154
155	155
156	156
157	157
158	158
159	159
160	160
161	161
162	162
163	163
164	164
165	165
166	166
167	167
168	168
169	169
170	170
171	171
172	172
173	173
174	174
175	175
176	176
177	177
178	178
179	179
180	180
181	181
182	182
183	183
184	184
185	185
186	186
187	187
188	188
189	189
190	190
191	191
192	192
193	193
194	194
195	195
196	196
197	197
198	198
199	199
200	200

ÍNDICE.

PRIMERA PARTE.

<i>Caps.</i>		<i>Página</i>
I	La familia del Duque.	5
II	Una <i>soirée</i> en casa de los Duques.	7
III	Las huérfanas.	10
IV	Historia atrasada.	13
V	Una visita.	17
VI	Teresa y Pilar.	21
VII	Lord William.	25
VIII	Las dos amigas.	31
IX	La enfermedad.	38
X	Risueños proyectos.	45
XI	La convalecencia	50
XII	Las lecciones de Enriqueta.	54
XIII	Una boda.	57
XIV	Una ilusión.	62
XV	Muerte del Vizconde.	69-b
XIV	Un paso hácia atrás.	75-b
XVII	Fin trágico.	81-b
XVIII	La primera comunión.	89-b
XIX	Pilar en su casa.	94-b
XX	La influencia de una hermana.	100-b

SEGUNDA PARTE.

I	El santo de Esperanza.	69
II	El ruiseñor del bello sexo.	75
III	Miss Harriett.	81
IV	Confidencias íntimas.	84
V	A caballo.	88
VI	Sin fortuna y sin belleza.	93
VII	¡No!.	97
VIII	La expiación.	101
IX	Orden absoluta.	105
X	Una carta.	109
XI	Síntomas alarmantes.	114
XII	La reconciliación.	119
XIII	Un paso hácia la tumba.	123
XIV	Angelines de Cristián.	129
XV	Lágrimas y sonrisas.	133
XVI	La venganza.	137
XVII	Un angel en la tierra.	143
XVIII	Un angel en el cielo.	148
XIX	Adios eterno.	152
XX	Morir para vivir.	156

Autop.

506

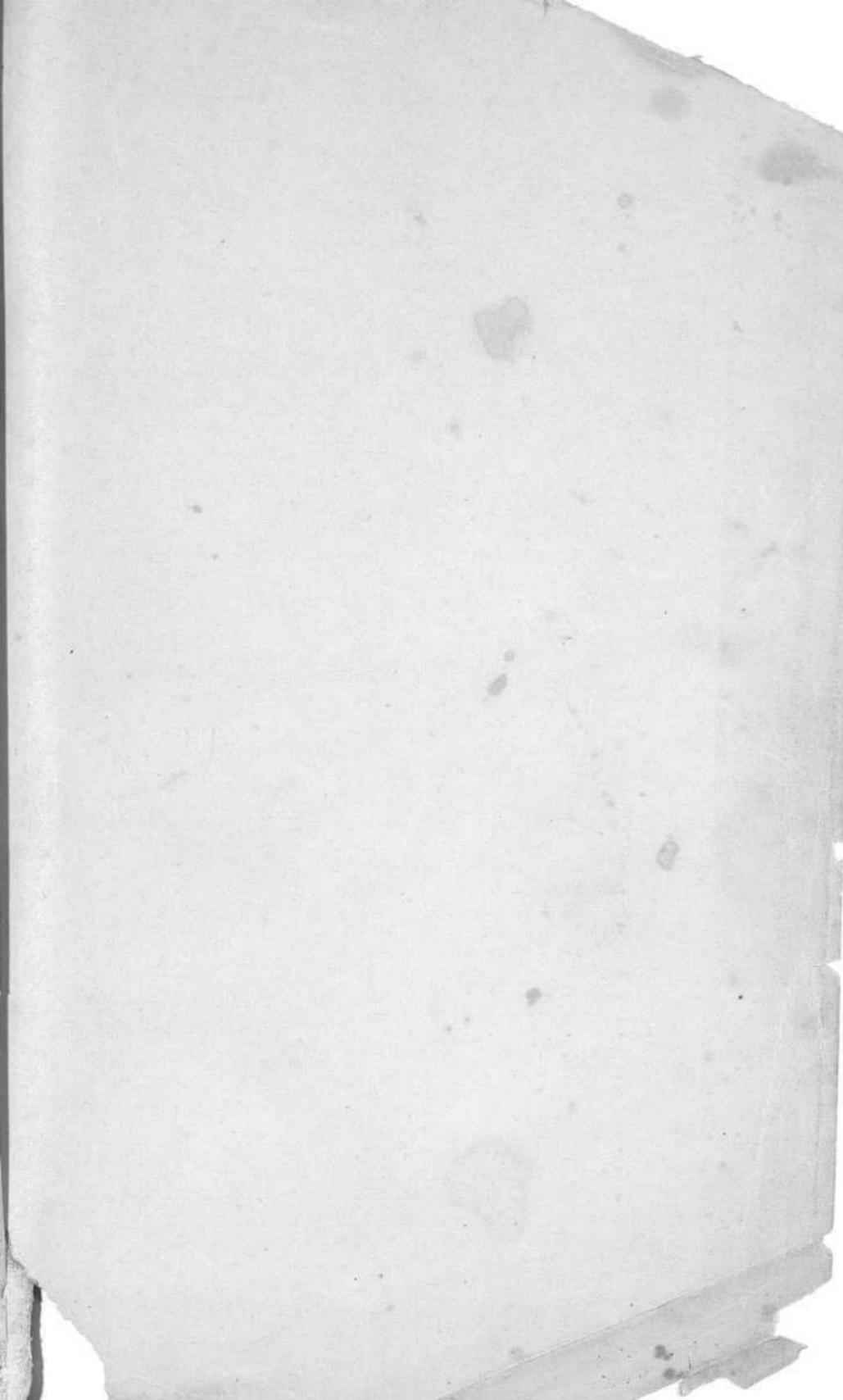
INDICE

PRIMERA PARTE

1	1
2	2
3	3
4	4
5	5
6	6
7	7
8	8
9	9
10	10
11	11
12	12
13	13
14	14
15	15
16	16
17	17
18	18
19	19
20	20
21	21
22	22
23	23
24	24
25	25
26	26
27	27
28	28
29	29
30	30
31	31
32	32
33	33
34	34
35	35
36	36
37	37
38	38
39	39
40	40
41	41
42	42
43	43
44	44
45	45
46	46
47	47
48	48
49	49
50	50
51	51
52	52
53	53
54	54
55	55
56	56
57	57
58	58
59	59
60	60
61	61
62	62
63	63
64	64
65	65
66	66
67	67
68	68
69	69
70	70
71	71
72	72
73	73
74	74
75	75
76	76
77	77
78	78
79	79
80	80
81	81
82	82
83	83
84	84
85	85
86	86
87	87
88	88
89	89
90	90
91	91
92	92
93	93
94	94
95	95
96	96
97	97
98	98
99	99
100	100

SEGUNDA PARTE

101	101
102	102
103	103
104	104
105	105
106	106
107	107
108	108
109	109
110	110
111	111
112	112
113	113
114	114
115	115
116	116
117	117
118	118
119	119
120	120
121	121
122	122
123	123
124	124
125	125
126	126
127	127
128	128
129	129
130	130
131	131
132	132
133	133
134	134
135	135
136	136
137	137
138	138
139	139
140	140
141	141
142	142
143	143
144	144
145	145
146	146
147	147
148	148
149	149
150	150
151	151
152	152
153	153
154	154
155	155
156	156
157	157
158	158
159	159
160	160
161	161
162	162
163	163
164	164
165	165
166	166
167	167
168	168
169	169
170	170
171	171
172	172
173	173
174	174
175	175
176	176
177	177
178	178
179	179
180	180
181	181
182	182
183	183
184	184
185	185
186	186
187	187
188	188
189	189
190	190
191	191
192	192
193	193
194	194
195	195
196	196
197	197
198	198
199	199
200	200



Autog.

Nicolas Payon.

455

$\frac{5}{2275}$

446

$\frac{5}{2225}$

G 265554